

Libros del Asteroide



# Seicho Matsumoto

## La chica de Kyushu

Traducción de Marina Bornas



**Seicho Matsumoto**

La chica de Kyushu

Traducción del japonés de Marina Bornas

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

La chica de Kyushu

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Colofón

Título original: *Kiri no hata*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

KIRI NO HATA by MATSUMOTO Seicho

Copyright @ 1961 MATSUMOTO Yoichi

All rights reserved.

First Japanese edition published in 1961 by Chuuokoron-sha Publishing Co., Tokyo

Secondly Japanese Edition published in 1972 by Shinchosha Publishing Co., Tokyo

This Spanish language edition is published by arrangement with

Shinchosha Publishing Co., Ltd., Tokyo in care of Tuttle-Mori Agency, Inc., Tokyo

© de la traducción, Marina Bornas, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Erin Nicholls

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-04-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*This book is partially funded by Grant of Books from Japan by Japanese Literature Publishing and Promotion Center.*

La editorial agradece la ayuda a la traducción de la Japan Foundation.



# 1

Kiriko Yanagida salió de su *ryokan* en Kanda a las diez de la mañana.

Habría salido antes, pero había oído decir que los abogados de renombre nunca llegaban a sus bufetes a primera hora. Por eso había decidido esperar hasta las diez. El abogado al que Kiriko había ido a ver expresamente desde Kyushu se llamaba Kinzo Otsuka. Kiriko, una mecanógrafa de veinte años, no tenía por qué saber que Otsuka era el mejor abogado en derecho penal. De hecho, no lo sabía hasta que ocurrieron los hechos que le cambiaron la vida para siempre.

Kiriko había salido dos noches antes de la ciudad de K, en el norte de Kyushu, y había llegado a la estación de Tokio la noche anterior. Había ido directamente a aquella pensión de Kanda porque ya se había alojado en ella con sus compañeros de clase durante un viaje de instituto, y el hecho de conocerla le daba cierta tranquilidad. Además, un establecimiento donde se alojaban grupos de estudiantes no podía ser muy caro.

A pesar de que no lo conocía personalmente, Kiriko afrontaba con optimismo su inminente reunión con Kinzo Otsuka, pues estaba convencida de que el abogado aceptaría su caso. A fin de cuentas, había hecho un incómodo viaje de veinte horas en tren de vapor desde Kyushu. Aunque fuera un primer encuentro, Otsuka no podría menos que reconocer su determinación.

Se había levantado al amanecer. Su capacidad para despertarse tan temprano después de un viaje de veinte horas en tren no se debía solo a su juventud, sino también a los nervios que la atenazaban.

En la colina donde se encontraba la pensión reinaba tanta tranquilidad por la mañana que no parecía que estuviera en Tokio. Sus sensaciones eran distintas a la última vez porque, en esta ocasión, no compartía habitación con nadie. Justo debajo de la ventana había un colegio de primaria. Cuando se había despertado al amanecer el patio estaba vacío, pero poco a poco iban llegando algunos niños que parecían pequeñas semillas de soja negra. Cuando

el alboroto del grupo empezó a ser audible, entró una camarera para arreglar la habitación. —Buenos días —la saludó la anciana empleada, con una sonrisa que le realzaba las arrugas del contorno de los ojos—. Debe de estar cansada. ¿Por qué no duerme un poco más?

—No tengo más sueño —respondió Kiriko mientras se trasladaba al porche, donde había una silla de mimbre. —Se nota que es joven. No diría lo mismo si tuviera mi edad...

La noche anterior, Kiriko le había explicado que venía de Kyushu.

La mujer le ofreció té y un platito de ciruelas rojas encurtidas, pequeñas y arrugadas. Kiriko se quedó mirándolas, distraída.

—Me gustaría ir a Kyushu algún día. Beppu tiene que ser muy bonito.

—Así es.

La camarera pasó un trapo blanco por la mesa barnizada con laca granate.

—¿Es la primera vez que viene a Tokio?

Kiriko no le respondió.

—¿Ha venido a hacer turismo?

La mujer había llegado a la conclusión de que una chica joven que se alojaba sola en un *ryokan* no tenía familiares ni conocidos en la capital, así que debía de haber venido por placer o en busca de trabajo.

—No, no he venido por eso —respondió Kiriko, sentándose en la silla de mimbre.

La camarera empezó a repartir las tazas encima de la mesa. Las tazas blancas se reflejaban en la superficie granate. Luego se arrodilló y colocó los platos en el otro lado de la mesa, sin dejar de observar en todo momento a la joven cliente.

Kiriko sacó la libreta donde tenía anotada la dirección del despacho de Kinzo Otsuka.

—Despacho XX, edificio X, anexo M, Marunouchi Ni-chome, distrito de Chiyoda, Tokio —leyó en voz alta, y le preguntó a la camarera si sabía dónde estaba. —Al lado de la estación de Tokio, enfrente de la salida de Yaesu. —La mujer le explicó cómo llegar en transporte público y luego añadió en tono inquisitivo—: Allí solo hay oficinas, ¿va a visitar a algún conocido?

—Sí, por así decirlo. Tengo que ir al despacho de un abogado.

—¿Un abogado? —exclamó sorprendida la camarera, que había dado por sentado que la joven estaba en Tokio buscando trabajo—. ¿Por eso ha venido expresamente desde Kyushu?

—Pues sí.

—Ya veo —dijo entonces la camarera, inspeccionándola con la mirada de arriba abajo.

Aquella chica tan joven se encontraba en apuros, pues. La mujer ardía en deseos de satisfacer su curiosidad, pero se reprimió.

—¿Conoce bien la zona? —le preguntó Kiriko.

—Sí, suelo pasar por allí. Es una calle llena de edificios de ladrillo rojo que parecen todos iguales, con placas en los portales que anuncian los nombres de las empresas. ¿Cómo se llama el abogado al que quiere ver?

—Kinzo Otsuka.

—¿Kinzo Otsuka? —exclamó la mujer—. Es muy famoso.

—¿Lo conoce?

—Personalmente no, pero en mi trabajo conoces a toda clase de clientes, y he oído hablar de él. —La mujer esbozó una leve sonrisa—. ¡Vaya! Hay que tener agallas para pedirle una reunión a un abogado tan bueno —añadió a continuación, mirando a Kiriko con respeto—. ¿No hay buenos abogados en su ciudad?

—Sí, por supuesto. —Kiriko bajó la mirada—. Pero he preferido venir a hablar con un buen abogado de Tokio. —Claro. No encontrará a nadie mejor. —La camarera miró intrigada a aquella joven que había viajado sola a Tokio con semejante propósito—. ¿Es un asunto muy grave? —insistió, con la intención de averiguar más detalles.

—Ajá —respondió Kiriko vagamente, atajando abruptamente cualquier intento de alargar la conversación. Se levantó de la silla de mimbre y se arrodilló ante las tazas alineadas encima de la mesita. A pesar de que su cara aún conservaba algunos rasgos infantiles, su expresión extraordinariamente fría era como un muro infranqueable para la camarera.

El anexo M del edificio X de Marunouchi estaba situado en una zona de altos edificios de ladrillo rojo que se erigían a ambos lados de la calle, de modo que el transeúnte tenía la sensación de estar paseando por una antigua ciudad extranjera. Parecían las típicas casas de estilo occidental que se ven en los cuadros de finales del siglo XIX. Bajo la intensa luz del sol de principios de verano, muchas de las partes de los edificios quedaban en sombra. Los estrechos portales daban paso a oscuros pasillos. De no haber sido por las brillantes hojas verdes de los árboles que bordeaban la calle, el paisaje habría parecido un triste grabado en una lámina de cobre.

En el portal de cada edificio había una placa cuadrada negra con los nombres de las empresas incrustados en caracteres dorados, que sobresalían con un ligero relieve sobre el fondo oscuro y encajaban a la perfección con el ambiente de la zona. No habría sido extraño ver carruajes tirados por caballos en lugar de coches recorriendo la calle.

Siguiendo las indicaciones de un transeúnte, Kiriko al fin encontró la placa del despacho de Kinzo Otsuka. Había imaginado que, si el famoso abogado era conocido incluso en Kyushu, en Tokio lo conocería todo el mundo. De ahí su sorpresa al ver que a nadie le sonaba su nombre. Las personas a las que había preguntado ladearon la cabeza con cara de desconcierto o agitaron la mano con una sonrisa, indicando que tenían prisa.

Al final, después de haber preguntado a cinco personas, un estudiante la acompañó hasta el portal del edificio.

—Es aquí —le indicó señalando la entrada, donde también había una placa negra.

Kiriko se detuvo frente al portal para recuperar el aliento. El objetivo para el cual había estado ahorrando y había viajado veinte horas en un tren de vapor estaba al otro lado de un portal cuadrado y oscuro como la boca de un lobo.

Dos jóvenes salieron del interior del edificio, bajaron con determinación las escaleras de piedra y le lanzaron una breve ojeada a Kiriko. Acto seguido, uno de ellos tiró al suelo la colilla de su cigarrillo y ambos siguieron su camino.



Kinzo Otsuka estaba al fondo de la oficina, hablando con un cliente fastidioso. La oficina estaba dividida por estanterías de libros que hacían la función de paredes. La zona más amplia la ocupaban cinco jóvenes pasantes, un taquígrafo del juzgado que llevaba mucho tiempo allí trabajando de administrativo y las secretarias. Las mesas de los pasantes estaban dispuestas en forma de U, de espaldas al despacho de Otsuka. La mesa del administrativo y las sillas donde se sentaban los clientes que acudían a exponer un caso se encontraban en el mismo espacio.

Aun así, desde su asiento Kinzo Otsuka no veía toda la oficina. Su despacho privado ocupaba el cubículo más pequeño, y en él solo tenía un amplio escritorio, una silla giratoria grande, una mesa sencilla para reuniones y una silla para recibir a los clientes. Lo más antiguo eran las paredes.

El cliente estaba sentado en la silla y hablaba sin cesar, riéndose de sus propias palabras. Ocupaba un alto cargo en la fiscalía del Estado, así que ni siquiera Otsuka podía librarse de él. El abogado, de cincuenta y dos años, tenía las sienes plateadas, las mejillas coloradas y carnosas y el mentón caído separado en dos mitades, rasgos que reforzaban su aspecto de hombre de mediana edad.

En realidad, Kinzo Otsuka estaba preocupado. A pesar de que pronto estaría listo para sentencia un caso complejo e importante, no había logrado reunir pruebas suficientes. Inmerso como estaba en sus propias cavilaciones, apenas prestaba atención a las historias del fiscal. Aun así, no podía quedar mal con un cargo tan relevante, por lo que asentía de vez en cuando con una sonrisa en los labios.

Mientras las palabras del fiscal le entraban por un oído y le salían por el otro, el abogado se obligaba a sí mismo a no pensar en el trabajo. De repente, se acordó de que Michiko Kono lo había invitado a jugar al golf en Kawana aquella misma tarde, a las dos. Lo había olvidado porque al principio había rechazado la invitación. Era un poco tarde, pero si salía justo en ese momento podría llegar a tiempo. Le pareció un plan excelente, y empezó a consultar el reloj con impaciencia.

El fiscal comprendió que el abogado tenía prisa y al fin se levantó para irse. Aliviado, Otsuka lo acompañó hasta la puerta. Entonces advirtió que su administrativo, Okumura, estaba hablando con una chica joven sentada en

una silla delante de su mesa. Llevaba un traje blanco que llamaba la atención en aquella oficina.

Solo quedaban dos pasantes, ambos sentados de espaldas y enfrascados en gruesos fajos de documentos extendidos sobre sus mesas. Cuando Otsuka se disponía a regresar a su despacho, Okumura se volvió hacia él. «No vengas», deseaba Otsuka en su fuero interno mientras empezaba a despejar la mesa de papeles. Pero Okumura entró despacio en su despacho.

—Ha venido a verte una clienta —anunció el administrativo, observando cómo el abogado metía varios fajos de documentos en su maletín negro.

—Ajá.

Debía de ser la joven del traje blanco que había visto sentada fuera.

—¿Le digo que pase? —preguntó Okumura.

—¿No puede atenderla nadie más? —preguntó Otsuka a su vez mientras cerraba con llave el maletín atestado de papeles.

—Tres de los pasantes han salido, y los otros dos están ocupados.

Otsuka tenía por principio entrevistarse con sus clientes personalmente, salvo cuando estaba ocupado. Entonces, alguno de sus pasantes se encargaba de tomar nota de los detalles de cada caso. En aquella ocasión, le correspondía a él atender a la muchacha.

—¿De qué se trata? —preguntó, mirando a Okumura. —¿No ibas a salir? —dijo Okumura en tono de reproche, al ver que Otsuka se disponía a irse.

—No, puedo quedarme un rato más.

Otsuka, que se sentía un poco culpable por abandonar la oficina para ir a jugar al golf con una mujer, se encendió un cigarrillo.

—Es un caso de homicidio. La señorita es la hermana del acusado —resumió Okumura mientras leía con indiferencia las anotaciones que había hecho en una libreta. —¿Dónde ocurrió? —quiso saber el abogado, rebuscando mentalmente en la hemeroteca de su memoria. —En la ciudad de K, en Kyushu.

—¿Kyushu? —exclamó Otsuka, mirando fijamente a Okumura—. Eso está muy lejos.

—Dice que ha venido expresamente para pedirte ayuda. El abogado tiró la ceniza del cigarrillo y se masajeó la nuca con los dedos de una mano. Tenía clientes que acudían de todas partes a solicitar sus servicios, pero Kyushu estaba muy lejos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Te refieres a si voy a entrevistarme con ella?

—No, no es eso. —Okumura inclinó su delgado tronco hacia Otsuka y le susurró—: Se ve que no tiene dinero. El abogado no respondió.

—Se llama Kiriko Yanagida y trabaja de mecanógrafa en una pequeña empresa de la ciudad de K. Su hermano mayor, que está detenido como sospechoso de un crimen, es maestro. Viven los dos juntos, solos. Tienen un tío, pero no les puede ayudar económicamente.

—¿Y le has hablado de nuestra tarifa estándar?

Kinzo Otsuka dejó de masajearse la nuca y empezó a tamborilear con los dedos en el borde de la mesa. Ante sus ojos apareció la silueta de Michiko Kono blandiendo un palo de golf en una verde pendiente bajo un sol espléndido. A su lado había otros hombres que hablaban con ella y la hacían reír.

—Sí, se lo he comentado. Le he dicho que habría que calcular el coste de los desplazamientos en avión hasta Kyushu, además del alojamiento en un buen *ryokan*, los gastos derivados de la investigación y las fotocopias, todo esto en cuanto a material y logística. Aparte, habría que añadir los honorarios de la primera instancia de un caso penal en un juzgado local, que en nuestro caso ascenderían a más de quinientos mil yenes. También le he dicho que, cuando trabajamos fuera de Tokio, aparte de los gastos del viaje cargamos un suplemento diario de ocho mil yenes. Y, si ganamos el caso, esperamos una compensación económica, naturalmente.

Otsuka dio una calada al cigarrillo.

—Se ha quedado bastante sorprendida. Me ha preguntado a cuánto ascendería la factura total y le he dicho que dependía de cada caso en particular, pero que la primera parte del procedimiento, excluyendo provisionalmente los gastos de segundas o terceras instancias e incluyendo el coste del viaje a Kyushu, saldría por unos ochocientos mil yenes. Según mis cálculos aproximados, por supuesto. Y le he comentado también que los

honorarios se cobran por adelantado en el momento de aceptar el caso. Ella se ha quedado cabizbaja, pensativa y silenciosa, y luego me ha respondido que no tiene tanto dinero y me ha pedido un descuento del treinta por ciento. Es joven, pero tiene las ideas claras.

—¿El treinta por ciento? —repitió Otsuka, esbozando una amarga sonrisa.

—Y, por si fuera poco, nos pide también que aceptemos solo la mitad del anticipo de los honorarios. Dice que, al fin y al cabo, ha venido expresamente desde Kyushu, y quiere suplicarte que aceptes el caso.

—No ganaremos nada con este caso, ¿verdad? —dijo Otsuka, hablando por experiencia.

—Ni un céntimo —le confirmó el administrativo, que también sabía de lo que hablaba—. Parece un caso interesante, eso sí. Tú decides si quieres aceptarlo, aunque sea perdiendo dinero.

—La gente viene a verme sin saber cuánto dinero les cobraré. Vienen porque han oído hablar de mí, pero no saben nada más.

—¿Vas a rechazar el caso, entonces? —preguntó Okumura—. Hay trabajo suficiente, no tienes ninguna necesidad de meterte en algo así.

—Antes quizá lo habría aceptado. Pero ahora estoy demasiado ocupado, y ya no tengo entusiasmo suficiente para encargarme de un caso con el que sé que voy a perder dinero. Supongo que debería decirle que no. Otsuka consultó su reloj de pulsera.

—Entonces le diré que se vaya.

—Un momento. Ya que ha venido expresamente desde Kyushu, se lo diré yo mismo. Dile que pase.

Okumura salió del despacho e hizo entrar a la chica joven del traje blanco, la misma que Kinzo Otsuka había visto antes de reojo. De cerca, se notaba que el traje era de confección barata.

Al ver a Otsuka, la joven le dedicó una educada reverencia. Tenía la cara estrecha y las facciones bien definidas. Su mirada era directa e intensa, y a Otsuka le dio la impresión de que sus ojos se clavaban en él.

—Así que ha venido de Kyushu, ¿no es así? —le preguntó, sonriente.

—Sí, de la ciudad de K. Me llamo Kiriko Yanagida. La joven hablaba con claridad, aguantándole firmemente la mirada. El contorno de su rostro,

desde las mejillas hasta el mentón, tenía una forma todavía infantil.

—¿Y qué motivo la ha traído hasta mi despacho?

—He oído decir que es usted uno de los mejores abogados de Japón —respondió ella sin vacilar.

—En Kyushu también hay buenos profesionales —objetó Kinzo Otsuka, llevándose un cigarrillo a los labios—. No debería haberse tomado la molestia de venir hasta Tokio.

—Creo que usted es el único que puede salvar a mi hermano —alegó ella, utilizando palabras directas que denotaban su extrema juventud. Su penetrante mirada se clavó en Kinzo Otsuka.

—¡Caramba! ¿Tan complicado es el caso?

—Mi hermano ha sido acusado de robo y homicidio. La víctima es una mujer de sesenta y cinco años. Cuando la policía lo detuvo, confesó, pero...

—¿Su hermano confesó?

—Sí, confesó ante la policía. Pero luego, ante el fiscal, se echó atrás y retiró la confesión. Yo estoy convencida de su inocencia, por supuesto, y creo que lo que declaró ante el fiscal es la versión real de los hechos, pero el abogado de Kyushu que se encarga de su defensa opina que eso no es más que un pequeño detalle, y que sería muy difícil demostrar su inocencia. A mí no me convencen sus explicaciones. Entonces me hablaron de usted y decidí venir.

—¿Dónde oyó mi nombre?

—En el tribunal local de Kyushu. Me dijeron que, de vez en cuando, ayudaba a las personas acusadas injustamente en casos parecidos.

Otsuka empezó a impacientarse de nuevo por la hora. —Bueno, eso era antes —respondió—. Hoy en día hay abogados brillantes en todas partes, con un nivel técnico altísimo. Apenas hay diferencia entre los abogados de Tokio y los de otras provincias.

—Pero escucharé lo que he venido a decirle, ¿verdad? Una sombra de desesperación oscureció por primera vez la mirada de Kiriko Yanagida.

Kinzo Otsuka tuvo la impresión de que, si escuchaba la historia de aquella joven, no podría rechazar el caso. Además, lo irritaba la imagen de Michiko charlando y riendo con otros hombres en el campo de golf.

—Mis honorarios son bastante elevados. Tengo entendido que mi compañero la ha puesto al corriente de ello, ¿verdad?

—Sí —admitió Kiriko—. Y yo le he preguntado si sería posible que me hicieran un descuento. No tengo mucho dinero. Mi nómina es bastante baja, y lo único que tengo es lo que he podido ahorrar de las pagas extras. —Lo que pide es imposible —intentó disuadirla Otsuka—. No puedo implicarme en su caso. Quizá no sea muy elegante que lo diga yo mismo, pero los abogados de mi nivel tenemos una trayectoria profesional y unos honorarios más elevados que cualquier abogado joven. Los costes del litigio, que incluyen el viaje, las dietas y los gastos derivados de la investigación, serían desorbitados. Y aparte habría que añadir mis honorarios. Sería la ruina para usted. Lamento que se haya tomado tantas molestias, pero le aconsejo que no pierda más tiempo explicándome su historia.

—¿No puedo pedirle que acepte el caso?

Kiriko Yanagida clavó su penetrante mirada en el abogado. En su frente apareció una pequeña vena azul. Sus labios finos y delicados se cerraron con fuerza.

—Sintiéndolo mucho, debo insistir —respondió Otsuka, que empezaba a sentirse acorralado—. No creo que sea necesario encargarle este caso a un abogado tan caro como yo. Parte de mis elevados honorarios se debe a mi reputación, pero la verdad es que no somos diferentes de otros bufetes. Seguro que fuera de Tokio también hay excelentes profesionales.

—Pero he venido expresamente de Kyushu para hablar con usted...

—Me temo que ha sido un error. No es cierto que los abogados de Tokio seamos mejores que el resto.

—¿Está rechazando mi caso porque no puedo pagarle?

Era una pregunta muy directa para venir de una mujer tan joven. Tal y como había dicho Okumura, la chica parecía tener las ideas muy claras.

—En parte, sí —admitió Otsuka, optando por hablarle sin tapujos—. Pero, además, en estos momentos llevo otros casos que me tienen muy ocupado y me impiden viajar fuera de Tokio. Para aceptar su caso necesitaría tiempo para investigar a fondo y asistir a la vista pública. Es el deber de cualquier abogado, naturalmente. Por desgracia, no tengo tiempo para

hacerlo. El dinero también influye, para qué negarlo, pero el principal motivo es que no estoy disponible.

Kiriko Yanagida estuvo un rato cabizbaja, reflexionando. Se quedó en silencio, sin mover ni un músculo. A pesar de su frágil constitución, en ese momento a Otsuka le pareció dura como el acero.

—De acuerdo.

La joven agachó la cabeza y se dispuso a marcharse. No lo hizo con un movimiento abrupto, pero Otsuka tuvo la sensación de que se había levantado un vendaval delante de sus ojos.

—No insistiré más. —Se levantó y le dedicó una educada reverencia—. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

El abogado se quedó ligeramente desconcertado. Aunque fuera un gesto vacío de significado, la acompañó hasta la puerta.

—¿Sabe? Puede que a mi hermano lo condenen a pena de muerte — murmuró la chica antes de salir. Entonces se fue sin volverse hacia Otsuka, y su silueta blanca desapareció engullida por la oscuridad de las escaleras. Sus hombros hundidos se quedaron grabados en la retina del abogado durante un buen rato.

Okumura, el administrativo, salió de la oficina y se quedó al lado de Otsuka. Solo se oían los pasos ligeros de Kiriko mientras bajaba las escaleras.

## 2

Kiriko Yanagida se despertó a las siete de la mañana. Había dormido de manera poco profunda y había tenido muchos sueños, todos fragmentados, incoherentes y oscuros. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama.

Notaba un martilleo en la cabeza. Los párpados le pesaban por la falta de sueño, pero estaba completamente desvelada. Tanto, que los ojos le dolían.

Se levantó. Al descorrer la cortina los rayos del sol irrumpieron en la habitación, vívidos y centelleantes.

Como aún no le apetecía asearse, se sentó en la silla de mimbre. En dos días tenía que reincorporarse al trabajo. Si no cogía el tren aquella noche, como muy tarde, no llegaría a tiempo. Había llegado a Tokio dos noches atrás y volvería en el tren de aquella noche, pero notaba un vacío en el corazón. El sol de la mañana le calentaba una de las mejillas y le producía una sensación desagradable, así que se levantó.

Se quitó la bata de la pensión y se enfundó de nuevo el traje. Estar encerrada en la habitación sin hacer nada la ponía demasiado nerviosa, y decidió salir a dar un paseo. Con un poco de suerte, se le calmaría el dolor de los ojos.

Cuando salió al pasillo se encontró con la camarera, que le traía la bandeja del desayuno.

—¡Uy! —exclamó la mujer, y le dedicó una sonrisa que puso de relieve las arrugas que le rodeaban los ojos. Era la misma mujer que la había atendido el día anterior—. Buenos días. ¿Va a salir?

—Sí, pero solo un rato.

Kiriko la saludó inclinando levemente la cabeza.

—Hasta luego, entonces. Le dejaré el desayuno preparado —dijo la camarera, y se arrodilló ante la puerta corrediza de papel de otra habitación.

Kiriko se puso unos zuecos de madera y salió a la calle. Era muy temprano y había poca gente. La calle era empinada y estaba adoquinada. En el pavimento había una muesca, formada por dos adoquines superpuestos,



donde se había colado una colilla corta y ennegrecida. Aquella colilla aplastada y llena de barro le hizo pensar en la situación de su hermano.

Las hojas de los árboles tenían un color fresco, como si estuvieran húmedas. El sol solo iluminaba los tejados de las casas, y había muy pocas tiendas abiertas.

Más adelante, la pendiente se suavizaba hasta llegar a la estación. Los únicos negocios abiertos eran los de las ancianas que vendían periódicos y revistas semanales. Las tiendas aún tenían las puertas cerradas. Nadie salía de la estación, pero se veían varios oficinistas dirigiéndose a paso rápido hacia la entrada. Allí también vendían periódicos, pero a Kiriko no le apetecía comprar ninguno.

El andén de la estación, paralelo al río, se veía largo y estrecho desde el puente. Kiriko contempló a vista de pájaro los trenes y los pasajeros, que pululaban ajetreados como pequeños insectos. El paisaje de los alrededores era el único reducto de sosiego matutino. Se veía el extenso tejado de un templo, con las tejas ornamentales llenas de cardenillo.

Mientras contemplaba el paisaje, Kiriko se sintió como si estuviera en un sueño. Nada le parecía real. Tokio era de color gris plomizo, como un esbozo.

Durante el camino de vuelta encontró más gente, pero sus caras parecían todas iguales.

—Bienvenida —le dijo la camarera, que había entrado a servirle el desayuno. El menú era el mismo que el día anterior. Al ver la bandeja, a Kiriko le pareció una prolongación del desayuno del primer día, como si su incómoda entrevista con el abogado Otsuka hubiera sido una simple y extraña interrupción en el tiempo.

—Tiene los ojos un poco enrojecidos —dijo la anciana, levantando la vista para mirarla mientras Kiriko cogía los palillos.

—¿De veras?

—¿No ha dormido bien?

—Sí, he dormido bastante bien.

Apenas tenía hambre, así que solo tomó una cucharada de sopa de miso.

—¿Por qué no come? ¿No tiene hambre? —se sorprendió la mujer.

—No, no mucha.

—Ah, ya veo. Pero usted es joven, debería comer más. —Ya tengo suficiente —la interrumpió Kiriko, y bebió un sorbo de té.

—Se nota que es la primera vez que viene a Tokio. Parece cansada —continuó la camarera mirando fijamente a Kiriko, que no respondió—. ¿Pudo visitar la ciudad? Anoche libré y no tuve ocasión de preguntárselo.

—No, no vi nada —repuso Kiriko, dejando la taza de té—. Gracias por el desayuno.

La camarera la miró con estupor. La muchacha había vuelto a dejarla con la palabra en la boca. La intensa mirada de sus jóvenes ojos le indicaba que no quería seguir hablando, y la anciana no se atrevió a insistir más. —Retiraré esto, entonces —dijo con resignación, acercando la bandeja intacta hacia sí—. Es una lástima que no haya aprovechado el viaje, ya que ha venido expresamente —añadió mientras recogía los platos. En cierto modo sonó como una última advertencia.

—Es una lástima —murmuró Kiriko en cuanto se quedó a solas. Aunque había salido a tomar el aire a primera hora de la mañana y había estado contemplando las idas y venidas de los trenes desde el puente, seguía arrastrando la sensación de vacío con la que se había levantado, y las últimas palabras de la camarera le resonaban en la mente como un eco lejano que no conseguía disipar por mucho que lo intentara.

Suplicar le parecía humillante, y era algo que no soportaba. Su hermano mayor, el mismo que estaba detenido bajo la sospecha de haber cometido un asesinato pendiente de resolver, a menudo le decía que era demasiado terca.

Una vez, cuando era pequeña, se había peleado con un chico y lo había hecho llorar. En el trabajo nunca permitía que su jefe ni sus compañeros fueran indulgentes con ella, como hacían las demás chicas. Pedía las cosas una vez, y si le decían que no, no insistía más. Kiriko no consideraba que su comportamiento fuera inusual, pero se había ganado la fama de espíritu indomable entre los que la rodeaban.

Así pues, tras la negativa que había recibido el día anterior por parte de Kinzo Otsuka, tenía la intención de subir al expreso del mediodía y regresar a Kyushu. Incluso tenía el billete comprado. Era su forma de hacer las cosas.

Pero las palabras de la camarera la habían ayudado a darse cuenta de por qué estaba allí. «Ya que ha venido expresamente...» No había ido a visitar la

ciudad, desde luego. Había ido expresamente a Tokio para reunirse con Kinzo Otsuka.

Por extraño que pudiera parecer, aquella idea le infundió de nuevo el coraje que había perdido. Era la primera vez que sentía la profunda necesidad de suplicar. Incluso le pareció que el monótono paisaje de los alrededores se llenaba de color.

Kiriko salió de la pensión. No quería utilizar el teléfono del alojamiento por miedo a que la telefonista de la recepción se sintiera tentada a escuchar la conversación. En la empresa donde trabajaba, la operadora de la centralita conocía los secretos de todos los empleados. Eran las diez y media. Kinzo Otsuka ya debía de haber llegado a la oficina. La misma calle que había recorrido a primera hora estaba llena de gente, y los negocios cerrados hasta entonces hervían de actividad.

Vio una cabina telefónica y se encaminó hacia ella, pero entonces se dio cuenta de que estaba ocupada por un hombre de mediana edad que reía despreocupadamente con el auricular pegado a la oreja. La conversación se alargaba tanto que parecía imposible que pudiera aguantar de pie sin cansarse. Cada vez que parecía a punto de extinguirse, la charla se reavivaba y continuaba. Al fin se abrió la puerta y el hombre salió sin siquiera mirar a Kiriko, que esperaba fuera. Ella descolgó el auricular recalentado. Sacó la agenda y marcó el número del despacho de Kinzo Otsuka.

Le respondió un hombre de voz áspera.

—¿Podría hablar con el señor Otsuka, por favor?

—¿De parte de quién? —le preguntaron enseguida.

—Soy Kiriko Yanagida, nos conocimos ayer —dijo con cautela. Su interlocutor vaciló unos instantes, como si estuviera haciendo memoria.

—Ah, ¿la señorita de Kyushu? —preguntó a continuación.

Kiriko evocó el rostro del bajito administrativo. Se llamaba Okumura, si no recordaba mal.

—La misma. Me gustaría volver a reunirme con el señor Otsuka.

—¿Es por el asunto de ayer? —preguntó Okumura, tras una breve pausa.

—Sí, exacto.

—Tengo entendido que el señor Otsuka ya le dio una respuesta.

—Sí, pero... —Kiriko tuvo la sensación de que Okumura le cortaba el paso—. No puedo aceptarla. He venido expresamente desde Kyushu para pedirle ayuda al señor Otsuka, por eso me gustaría reunirme con él otra vez. Por favor, pregúntele a qué hora le va bien que nos veamos.

—Ahora mismo no está —respondió el administrativo—, y no sé si vendrá en todo el día.

A Kiriko le flaquearon las piernas.

—Tengo que verlo hoy. Si pierdo el tren de esta noche, tendré problemas en el trabajo. ¿Me podría decir dónde está el señor Otsuka? —preguntó, con la intención de ir a buscarlo personalmente.

—En Kawana —respondió Okumura. Kiriko no conocía el lugar y se quedó en silencio. El administrativo se dio cuenta y añadió—: Está lejos de Tokio. Cerca de Izu, en la prefectura de Shizuoka.

Kiriko Yanagida esperó seis horas, que pasó deambulando por las calles de la ciudad. Era una pérdida de tiempo irritante, tediosa y absurda.

Los edificios y la gente de Ginza la agobiaron. Todo era tal y como había imaginado antes de llegar: no había nada que despertara su interés ni tenía nada en común con la gente que la rodeaba. Todos parecían llevar vidas acomodadas y sin apuros. Las mujeres sonreían como si no tuvieran ningún tipo de preocupación. Y, a juzgar por sus caras y su ropa, si se encontraran en un apuro podrían permitirse el lujo de contratar a un abogado por ochocientos mil yenes.

Más tarde, se alejó del bullicio de la ciudad y estuvo paseando por una extensa zona de verdes parques y pinos que extendían sus ramas con elegancia. En una dirección había una hilera de edificios que parecían sacados de una fotografía antigua, mientras que en la otra dirección se veía un viejo castillo. Los coches circulaban como la corriente de un río. Grupos de turistas caminaban en fila hacia el Palacio Imperial, blandiendo sus banderitas.

«No creo que pueda quedarme en la empresa mucho más tiempo», pensó Kiriko mientras contemplaba el paisaje con la mirada ausente. La pequeña ciudad donde vivía estaba conmocionada por lo ocurrido. Un día, la policía se

había presentado en su casa y se había llevado a su hermano. Lo habían detenido sin ningún tipo de ceremonia, como si fueran amigos invitándolo a salir. Pero la vida que ella llevaba con su hermano había terminado ese día, al mismo tiempo que el mundo de Kiriko cambiaba para siempre. La gente había empezado a tratarla con frialdad.

Al final dieron las cuatro y media. Estaba físicamente agotada y tenía la moral por los suelos. No obstante, regresó al centro de la ciudad. Vio un teléfono público rojo al lado de un estanco, y su llamativo color la ayudó a reunir las últimas fuerzas que le quedaban.

Cuando estaba a punto de descolgar, un hombre alto se acercó al teléfono con la misma intención que ella y estuvieron a punto de chocar.

—Usted primero —le ofreció el hombre con una sonrisa, haciéndose a un lado para franquearle el paso.

—Gracias —dijo Kiriko con un hilo de voz. A continuación, introdujo una moneda de diez yenes en el teléfono—. ¿Es el despacho del señor Kinzo Otsuka?

—Sí —le respondió la voz áspera de Okumura.

—Soy Kiriko Yanagida. —La muchacha estaba de espaldas al hombre que le había cedido el turno—. ¿Ha tenido noticias del señor Otsuka?

Aquella mañana, cuando habían hablado por teléfono, el administrativo le había dicho que volviera a llamar a las cuatro y media.

—Sí, ya he hablado con él —le comunicó Okumura con voz monótona.

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó Kiriko, con el pulso acelerado.

—Lo lamento, pero no ha cambiado de opinión. Dice que ya le dio su respuesta —dijo el hombre con indiferencia—. El señor Otsuka ya le dijo ayer que no podía aceptar su caso.

Kiriko sintió que las fuerzas abandonaban su puño cerrado. Al mismo tiempo, sin embargo, su cuerpo empezó a arder de indignación.

—Entonces no aceptará mi caso porque no tengo dinero, ¿no es así?

—El señor Otsuka ya le explicó sus razones ayer.

—Hay un hombre sufriendo, acusado de falsos delitos. Incluso puede que acaben condenándolo a muerte. ¿Y me está diciendo que el señor Otsuka no va a ayudarme porque no puedo pagarle?

Okumura se quedó callado, atónito ante la dureza que destilaba la voz de Kiriko.

—Verá —empezó entonces—, eso depende del señor Otsuka. Yo no sé por qué tomó esa decisión. No le servirá de nada reprochármelo a mí.

—Soy pobre, sí. Saben que no puedo pagar los honorarios que usted me comentó ayer. Pero he venido expresamente desde Kyushu para suplicarle al señor Otsuka que aceptara mi caso. Estaba convencida de que me ayudaría, por eso pedí cuatro días libres en la empresa donde trabajo y me las arreglé para costearme el viaje hasta aquí.

—Por mucho que insista, no hay nada que hacer, le ruego que no siga por este camino. Seguro que en Kyushu también hay buenos abogados. De todas formas, el señor Otsuka está muy ocupado en estos momentos.

—¿Es un no definitivo?

—Me temo que sí —respondió el hombre, como si estuviera a punto de colgar.

—¡Espere! —exclamó Kiriko, gritando sin querer—. He oído hablar de abogados que defienden las causas justas sin preocuparse por sus honorarios, y vine convencida de que el señor Otsuka era uno de ellos. ¿No puede ayudarme de ninguna forma?

—Le ruego que no intente presionarnos en nombre de la justicia —repuso Okumura sin alterarse—. Somos libres de tomar las decisiones que consideremos oportunas. Permítame que le diga que tal vez se precipitó al acudir a nuestro bufete sin saber que los honorarios del señor Otsuka eran superiores a los de cualquier otro abogado. Además, su disponibilidad es muy limitada.

—Lo entiendo —dijo Kiriko—. Esta noche tengo que coger el tren de vuelta a Kyushu. Si me quedara un día más sin el permiso de mi empresa, tendría problemas. De todos modos, desde que detuvieron a mi hermano ya no me miran con buenos ojos. Si viviera en Tokio, le pediría ayuda al señor Otsuka tantas veces como fuera necesario, pero no puedo permitírmelo. Esta mañana usted me ha dicho que volviera a llamar a las cuatro y media, y esta era mi última esperanza.

Okumura guardó silencio. Kiriko oyó ruido de pasos detrás de ella. El hombre que esperaba junto al teléfono empezaba a impacientarse. Vio pasar

el humo de su cigarrillo junto a su mejilla.

—Por favor —continuó—, dígale al señor Otsuka que no sé si podré salvar a mi hermano. Si tuviera ochocientos mil yenes tal vez lo conseguiría, pero por desgracia no dispongo de tanto dinero. Eso me ha ayudado a ver que los pobres estamos indefensos ante la justicia. Lamento las molestias que les he ocasionado. Y descuide, no insistiré más.

No obtuvo respuesta. Kiriko colgó el auricular mudo. El chasquido del teléfono parecía indicarle que no solo se había cortado la línea, sino también su última brizna de esperanza.

La joven se alejó del teléfono. El paisaje que la rodeaba no significaba nada para ella. Era descolorido y estaba desprovisto de matices; plano y carente de toda perspectiva.

Tenía la garganta seca, pero no le apetecía sentarse a tomar un refresco. Solo pensaba en el viaje de vuelta a Kyushu aquella noche. Caminaba en paralelo a la vía del tren, y los transeúntes que venían en dirección contraria la molestaban. Sintió el repentino deseo de huir de la ciudad, hacia un campo donde no hubiera nadie. Oyó una voz detrás de ella.

Al principio no comprendió que la estaban llamando, y no se dio por aludida hasta que el dueño de la voz la alcanzó.

—Disculpe —le dijo desde su lado.

Al volverse vio a un chico joven, de veintiséis o veintisiete años, que la saludó con una sonrisa y una pequeña reverencia.

Era el chico que la había dejado llamar por teléfono antes que él. Tenía el pelo descuidado y desgredado, y llevaba una chaqueta desgarrada con la corbata torcida. El pantalón sin raya se le abombaba en torno a las piernas. No parecía preocuparse lo más mínimo por su indumentaria. —Me gustaría hablar con usted —dijo, mirándola sonriente pero con prudencia.

—¿De qué se trata? —quiso saber ella.

—Verá, sé que ha sido una indiscreción por mi parte, pero no he podido evitar escuchar la conversación que ha mantenido con el bufete de ese abogado. En realidad, la he oído casi sin querer.

El chico sacó una libreta del bolsillo de la chaqueta y le alargó su tarjeta de visita, que estaba intercalada entre las hojas.

—No soy ningún bicho raro, no se preocupe.

Ella leyó la tarjeta, que rezaba: «Keiichi Abe. Departamento Editorial, *Ronso*».

Kiriko levantó la vista hacia él.

Mientras esperaba junto al teléfono, Keiichi Abe estuvo pendiente de la voz de aquella joven. Las mujeres solían mantener charlas interminables, riendo y hablando de trivialidades. Cuando empezaba a arrepentirse de haberla dejado pasar, se dio cuenta de que aquella conversación era muy diferente.

Al parecer, la mujer había llamado al bufete de un abogado, un tal Otsuka. El abogado no estaba, así que se había puesto a hablar con la persona que atendía las llamadas.

Dijo que había venido expresamente desde Kyushu para pedirle ayuda a ese abogado. El hombre ya se la había denegado anteriormente, pero ella quería insistir una vez más.

La mujer hablaba cada vez más alto. Decía que su hermano había sido acusado injustamente y podría ser condenado a muerte. Que el abogado no quería aceptar el caso porque ella no tenía dinero para pagarle. Que los pobres estaban indefensos ante la justicia.

Abe había empezado a escuchar atentamente a media conversación. Aunque tenía cosas que hacer, cuando ella había colgado el teléfono él había renunciado a su llamada y la había seguido.

Al verla de espaldas, su forma de andar le reveló lo abatida que estaba. Caminaba a paso rápido, como si tuviera prisa, con la vista fija al frente y sin desviar la cabeza a los lados. Sin embargo, sus estrechos hombros estaban hundidos. Abe supo que no eran imaginaciones suyas motivadas por la conversación telefónica que acababa de oír.

Cuando él la había llamado, la joven lo había mirado con perplejidad. Y cuando Abe le había dado su tarjeta de visita, su cara no había mostrado ninguna reacción, tal vez porque no conocía la revista *Ronso* ni la editorial que la publicaba.

Parecía muy cansada.

Abe la invitó a tomar algo, pero ella se mostró reticente. Al final, después de varias reverencias, la convenció y entraron en una acogedora



cafetería cercana.

La joven pidió un zumo y lo apuró de un trago. Abe se abstuvo de fumar por miedo a despertar su recelo. Ella tenía la cabeza un poco gacha y los labios apretados, como si se los estuviera mordiendo. Su nariz era fina y respingona.

—Así que viene de Kyushu, ¿no? —preguntó Abe, procurando dar un tono intrascendente a la conversación. —Sí —respondió ella. Los hombros se le agarrotaron. —No quisiera parecer impertinente, pero he oído que su hermano estaba en apuros.

La chica asintió ligeramente sin decir nada. La suave curvatura de su rostro recordaba aún el de una niña.

—¿De qué se trata? No lo digo por entrometerme, solo por si le apetece hablar de ello. —Ella levantó la mirada. A Abe le pareció ver un destello de desconfianza en sus ojos y se apresuró a añadir—: Descuide, no tengo la intención de escribir ningún artículo para mi revista ni nada por el estilo. Simplemente me ha conmovido su caso.

Ella volvió a bajar la mirada. Tenía las pestañas pobladas y el cutis blanquísimo, casi translúcido. Esos detalles, junto con la curvatura de su rostro, acentuaban su expresión infantil.

—Hoy en día hace falta mucho dinero para contratar a un abogado. Al menos un abogado de primer nivel. Tiene toda la razón al decir que la gente pobre está indefensa ante la justicia. Es cierto que algunos abogados trabajan por amor al arte y pagan las costas de su propio bolsillo, pero depende de cada uno. No todos son así. Si no quieren aceptar un caso, no tienen por qué hacerlo —dijo Abe—. También me ha parecido oír que se refería a un tal Otsuka. ¿No será el abogado Kinzo Otsuka? —aventuró a continuación.

La joven no abrió la boca. A Abe le pareció que había asentido con la cabeza, pero no estaba seguro. Sin embargo, sabía que había acertado.

—Si se trata de Kinzo Otsuka, es el mejor abogado de Japón. Pero es muy caro. ¿Le preguntó cuáles eran sus tarifas?

Aquella pregunta tampoco obtuvo respuesta. La muchacha se mordía el labio. En la frente le apareció una fina vena azul.

Sin saber qué hacer, Keiichi Abe intentó abordar la cuestión desde otro ángulo.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en Tokio?

—No —respondió ella inmediatamente—. Tengo que volver en el tren de esta noche.

Abe no esperaba aquella respuesta.

—Es un poco precipitado, ¿no? ¿En qué parte de Kyushu vive?

—En la ciudad de K —dijo ella sin vacilar.

—Entonces, ¿ha renunciado definitivamente a convencer a Otsuka?

—Tengo que volver al trabajo, no puedo quedarme. Para Abe, aquella respuesta era la clave. Significaba que volvía a casa porque había perdido toda esperanza.

—¿Y qué hay del caso? —insistió—. ¿No quiere hablarme de él? A lo mejor puedo ayudarla.

—No puedo —rehusó ella claramente, haciendo ademán de levantarse.

—¿Cómo se llama? —intentó detenerla Abe.

—Discúlpeme —dijo ella, levantándose y despidiéndose con una educada reverencia. Abe se quedó boquiabierto, mudo de asombro, como si una fuerte ráfaga de viento le hubiera hecho perder el equilibrio.

Pagó la cuenta a toda prisa y salió de la cafetería. Los hombros de la mujer se veían cada vez más pequeños en la calle abarrotada. Algo en su forma de andar hizo que Abe renunciara a seguirla.

Al regresar al trabajo, Abe acudió directamente a un compañero experto en prensa escrita.

—¿Sabes cuál es el principal periódico de la ciudad de K, en Kyushu? —le preguntó.

—Supongo que será el *N* —respondió el compañero. —¿Y dónde podría consultarlo?

—Tiene una sucursal en Tokio. Si vas, te dejarán consultar la hemeroteca. ¿Qué estás buscando?

—Nada, quiero averiguar una cosa —respondió Abe sin concretar, y volvió a la calle.

Fue a la sucursal del periódico *N*, enseñó su tarjeta de visita y pidió que le dejaran consultar ejemplares atrasados. —¿De qué fecha?

—Pues... —dudó, rascándose la cabeza—. No estoy seguro. Busco información sobre un caso importante que ocurrió en la ciudad de K.

—¿Qué tipo de caso?

—Eso tampoco lo tengo claro, lo sabré en cuanto encuentre lo que busco.

—Entonces le dejaré ver las copias del año pasado y de este. Sígame, por favor.

El empleado del periódico era muy amable. Lo acompañó hasta un rincón rodeado de estanterías y empezó a bajar ejemplares de periódicos atrasados archivados en abultadas carpetas polvorientas.

—Aquí tiene. Tómese su tiempo.

—Gracias.

Los periódicos estaban atados en fajos según los meses del año. Encima de los fajos figuraba el nombre de cada mes escrito en tinta roja.

En aquella sala polvorienta y pobremente iluminada, cuyas ventanas daban directamente al edificio de enfrente, el periodista empezó a hojear febrilmente los periódicos atrasados.

### 3

Keiichi Abe empezó consultando los ejemplares del año en curso. Al tratarse de un periódico de Kyushu, había muchos artículos de interés local.

El edificio de enfrente obstruía el paso de gran parte de la luz que entraba por la ventana. Abe empezó hojeando los ejemplares del mes de enero.

En enero no había ocurrido ningún hecho remarcable. Leyó detenidamente todos los periódicos, hasta el artículo más insignificante de las páginas de sociedad, pero no encontró nada relevante.

Pasó al mes de febrero. Habían ocurrido varios incidentes con heridos, pero ninguno que le llamara la atención.

A continuación, abrió la carpeta del mes de marzo, que tampoco parecía contener ninguna referencia a lo que buscaba. Los días habían transcurrido plácidamente, sin sobresaltos. Había varios reportajes sobre los ciruelos de Dazai, que estaban en pleno florecimiento, ilustrados con fotografías de gran tamaño.

Cuando ya había revisado la mitad del fajo y se encontraba leyendo la sección de noticias generales, ante sus ojos saltó un gran titular que le llamó poderosamente la atención: «Anciana prestamista asesinada a golpes ayer por la noche en la ciudad de K».

«Eso es», pensó Abe, conteniendo el aliento. De repente, en su mente apareció el rostro de la joven que había llamado desde el teléfono rojo; la mujer que más tarde, en la cafetería, se había negado tercamente a responder a todas sus preguntas.

El artículo venía acompañado de una gran fotografía que mostraba una casa normal y corriente. Frente a la puerta se había congregado una multitud que intentaba atisbar el interior. Había varios agentes de policía apostados alrededor de la vivienda. A la derecha del artículo había una foto oval donde aparecía el rostro de la anciana víctima. Estaba borrosa, como si la hubiera

tomado un aficionado, pero en ella se veía a una mujer delgada y sonriente de pelo ralo.

Keiichi Abe se sumergió en la lectura de la noticia:

Poco después de las ocho de la mañana del día 20 de marzo, Tokie Watanabe (30 años), esposa de Ryutaro Watanabe (35 años), empleado de una empresa local, fue a visitar a su suegra Kiku Watanabe (65 años), con domicilio en el barrio de XX de la misma ciudad. Le llamó la atención que, aunque todas las puertas correderas exteriores estuvieran cerradas, la puerta de entrada no tuviera la llave echada. Al entrar en la casa encontró a la señora Watanabe muerta en el suelo de la sala de estar, con un charco de sangre alrededor de la cabeza. Llamó a la policía inmediatamente.

Varios agentes de la policía local, entre ellos el comisario Otsubo y el inspector Ueda, jefe del Departamento de Investigación Criminal, se personaron de inmediato en el lugar de los hechos. Tras inspeccionar el escenario del crimen, determinaron que la víctima había muerto delante de la cómoda situada en la pared oeste de la casa, con el cuerpo inclinado en dirección sur. Había recibido varios golpes en la cabeza con un arma contundente y estaba cubierta de sangre.

Según el análisis del cadáver previo a la autopsia, la muerte se había producido entre ocho y nueve horas antes, de modo que el crimen tuvo lugar el día anterior, 19 de marzo, entre las once y las doce de la noche. La posición del cuerpo parecía indicar que la señora Watanabe opuso una resistencia considerable. Durante el forcejeo que mantuvo con su agresor, la tetera de hierro cayó en el interior del brasero y el agua hirviendo levantó una nube de cenizas que se esparció encima del tatami. A la hora de la agresión, la víctima aún no se había cambiado para acostarse y llevaba ropa de calle. Solía acostarse relativamente temprano, por lo que no se descarta que el crimen se produjera antes de la hora estimada. Además, junto al brasero se encontraron dos tazas de té, una tetera y una lata de té, lo que parece indicar que esperaba una visita. La señora Watanabe llevaba treinta años viviendo en la misma casa. Desde que perdió a su marido, quince años atrás, se dedicaba a

prestar dinero y vivía de los intereses que cobraba por ello. Llevaba cinco años viviendo sola, desde que su hijo Ryutaro y su esposa se mudaron a su propio domicilio. Por ese motivo las autoridades carecen de información detallada sobre los bienes y posesiones de la víctima y son incapaces de determinar si el culpable entró en la casa con el objetivo de perpetrar un robo. En el escenario del crimen hay indicios de que el autor del asesinato estuvo buscando algo en concreto, pues algunos de los cajones de la cómoda estaban medio abiertos y su contenido, revuelto.

No se ha encontrado el arma homicida, pero cada vez parece más probable que se tratara de un ajuste de cuentas. La señora Watanabe prestaba dinero a intereses elevados a toda clase de gente, y era muy estricta a la hora de reclamar el pago de sus deudas. Solía abordar a sus deudores en mitad de la calle para increparlos, por lo que es muy probable que el autor del crimen sea uno de sus clientes. Además, las autoridades siguen investigando si algún sospechoso fue visto en las inmediaciones de la casa a la hora de los hechos.

El barrio de XX está alejado del bullicio del distrito comercial. Es una tranquila zona residencial donde todavía viven familias de antiguo linaje, de la época en la que el barrio era un pueblo congregado en torno al antiguo castillo. La mayoría de los habitantes se acuesta temprano y nadie oyó gritos ni otros ruidos.

La noche de autos, la señora Watanabe no se había cambiado para acostarse, sino que había puesto una tetera de hierro en el brasero encendido y estaba preparando el té, de lo que se deduce que esperaba una visita cuya identidad sigue siendo un misterio.

El artículo también incluía la declaración de Tokie, la nuera de la víctima:

La mañana del 20 de marzo fui a ver a mi suegra para organizar la visita al cementerio el día del *setsubun*, el equinoccio de primavera. Me pareció extraño encontrar la puerta de entrada abierta, pues ella tenía la costumbre de cerrarla siempre con llave. La puerta corredera de papel sí

que estaba cerrada. Debido a sus negocios, mi suegra siempre cerraba con llave por la noche. Al entrar me llevé un buen susto cuando la encontré muerta delante de la cómoda, en un charco de sangre. No sé si le robaron algo, debería comprobarlo. Mi suegra era una mujer con un fuerte carácter, muy insistente a la hora de reclamar sus deudas. Puede que más de uno estuviera resentido con ella. Mi marido es hijo único, pero no soportaba los negocios de su madre, por eso nos mudamos a nuestra propia casa. Sin embargo, debo decir que mi suegra también podía ser muy generosa y prestar grandes cantidades de dinero a deudores que no podían asegurarle el pago, conmovida por sus circunstancias personales.

Así terminaba el primer artículo. Keiichi Abe lo leyó por segunda vez y anotó los puntos principales en una libreta.

Luego pasó al siguiente, un artículo de tres columnas titulado: «El asesinato de la anciana de la ciudad de K: El arma homicida fue una vara de roble».

Según el Departamento de Investigación Criminal de la comisaría de la ciudad de K, que investiga la muerte de la anciana prestamista, dos días después del homicidio, el 21 de marzo, se encontró una vara de roble, presuntamente utilizada por el asesino, en la zanja de un descampado situado junto a un templo de los alrededores, dos calles al norte del domicilio de la señora Watanabe. El lugar en cuestión es un terreno de más de seiscientos metros cuadrados cubierto de maleza. En el lado este, junto al cercado del templo, hay una zanja de unos sesenta centímetros de ancho llena de aguas residuales. La policía, que estaba peinando el vecindario en busca del arma homicida, se fijó en la zanja y dragó las aguas residuales hasta encontrar una vara de roble de setenta centímetros de largo en el fondo. La vara aún conservaba restos de sangre ennegrecida en el extremo.

Ryutaro (35 años), hijo de la víctima, ha confirmado que la vara era la que usaba su madre para atrancar la puerta, cosa que hacía todas las noches por precaución. El Departamento de Investigación Criminal se

ha mostrado muy esperanzado ante la aparición de esta nueva prueba, y el inspector Ueda ha asegurado que se trata del arma homicida. La policía científica está analizando el instrumento en busca de huellas dactilares, operación que puede resultar compleja al haber estado sumergido durante dos días. Se sospecha que los restos de sangre del extremo de la vara coinciden con el grupo sanguíneo de la víctima.

El siguiente artículo se titulaba: «Se confirma que la vara de roble es el arma homicida», y decía así:

Tras haber analizado la vara de roble que apareció el 21 de marzo en la zanja del solar situado a dos calles del domicilio de la víctima, la policía ha podido determinar que la sangre incrustada en el extremo del objeto corresponde al grupo O y, por tanto, coincide con el de la fallecida Kiku Watanabe. Al haber estado sumergida en aguas residuales, el arma no presenta huellas dactilares suficientemente claras para su análisis. En cuanto al crimen, el hijo de la víctima y su esposa han confirmado que el agresor no sustrajo ningún objeto de valor de la casa, por lo que cobra fuerza la teoría del ajuste de cuentas. Además, la señora Watanabe no tenía relaciones sentimentales, hecho que descarta el crimen pasional. El Departamento de Investigación Criminal confía en identificar y detener al culpable en las próximas horas. Según el inspector Ueda, jefe del departamento, la investigación se centra en la teoría de la venganza personal. A pesar de que en la casa no falta ningún objeto de valor, según las declaraciones del hijo y la nuera de la víctima, el asesino dejó sus huellas dactilares en la cómoda. Además, la policía ha descubierto unos hechos trascendentales que no ha querido revelar en esta fase de la investigación. La detención del culpable puede ser cuestión de horas.

Keiichi Abe pasó página rápidamente y se encontró ante el siguiente titular: «Un profesor de primaria mató a la prestamista ante su insistencia al reclamarle el pago de una deuda».



Era un artículo de cuatro columnas. Antes de leerlo, Abe echó un vistazo a la fotografía que lo acompañaba. Era el retrato de un joven trajeado de unos veintisiete o veintiocho años que guardaba un asombroso parecido con Kiriko Yanagida.

Abe respiró hondo, levantó la vista del periódico y la dirigió al edificio de enfrente. En la ventana vio a tres empleadas de una oficina que charlaban y reían animadamente. Un empleado del periódico pasó por detrás de él y lo miró con curiosidad.

Keiichi Abe retomó la lectura con renovado interés:

El Departamento de Investigación Criminal de la comisaría de policía de la ciudad de K, que ha realizado una exhaustiva investigación sobre el asesinato de la anciana prestamista, ha anunciado con gran satisfacción que al fin ha detenido al culpable. Se trata de Masao Yanagida (28 años), profesor del colegio de primaria XX de la misma ciudad. La detención del sospechoso ha conmocionado a sus vecinos.

La policía sospechaba que el culpable era alguien a quien la víctima había prestado dinero a un interés elevado y había reclamado el pago de la deuda con insistencia, por lo que albergaba cierto rencor hacia ella, y todas las investigaciones se habían dirigido en esa dirección. Al registrar los objetos personales de la señora Watanabe, su hijo y la nuera encontraron una libreta en la que figuraban los nombres de todos sus deudores. Al comparar esa lista con el fajo de pagarés que la víctima guardaba en un pequeño armario de puerta corredera, descubrieron que faltaba un pagaré a nombre de Masao Yanagida, profesor del colegio de primaria XX del barrio de XX, que había contraído una deuda de cuarenta mil yenes el 8 de octubre del año pasado. Según la lista de la señora Watanabe, la deuda vencía a finales del año pasado y estaba sujeta a un interés mensual del diez por ciento, que Yanagida solo había pagado en dos ocasiones. Ante semejante hallazgo, la policía empezó a investigar discretamente al sospechoso y averiguó que vivía en un piso de alquiler del barrio de XX con su hermana menor, Kiriko, de 20 años y mecanógrafa de una empresa local.

Tras perder a sus padres, Masao Yanagida tuvo que trabajar muy duro para costearse la matrícula de la universidad y obtener su empleo actual. Últimamente tenía problemas económicos que no habían pasado desapercibidos a sus compañeros de trabajo; algún testigo ha declarado incluso que recibía presiones constantes por parte de Kiku Watanabe para que liquidara la deuda. La señora Watanabe había ido a su casa algunas veces y, al final, lo abordaba en plena calle, mientras Yanagida se dirigía al colegio, para reclamarle que le devolviera el dinero. Así pues, últimamente Yanagida se encontraba en un estado de angustia considerable.

Cuando el Departamento de Investigación Criminal citó a Yanagida en comisaría para interrogarlo, el sujeto palideció y se puso a temblar. Durante el interrogatorio, los agentes le tomaron discretamente las huellas dactilares y comprobaron que coincidían con las que habían encontrado en la cómoda de la víctima. Una vez llegaron a la conclusión de que Yanagida era el culpable, emitieron inmediatamente una orden de detención y fueron a buscarlo.

Durante el interrogatorio, el sospechoso negó los hechos repetidamente.

El inspector Ueda, el responsable de la investigación, asegura que Yanagida es el asesino. Sus huellas coinciden con las del escenario del crimen y no tiene coartada. Tenía un buen móvil para cometer el crimen: Kiku Watanabe le exigía sin cesar el pago de la deuda e incluso había llegado a increparlo en plena calle, así que estaba resentido con ella. Fue a su casa, cogió la vara de roble que la anciana utilizaba para atrancar la puerta y la golpeó en la cabeza hasta matarla. Entonces quizá se le ocurrió que el pagaré a su nombre podía hacer que las sospechas recayeran sobre él, así que sacó el fajo de pagarés del armario inferior de la cómoda, donde había visto que la anciana los guardaba en alguna visita anterior, cogió el suyo y huyó. Solo se detuvo para deshacerse de la vara de roble que había utilizado como arma homicida, tirándola en la zanja de un descampado. Como la mayoría de sospechosos, Yanagida ha negado de entrada los hechos, pero se cree que pronto confesará.

El director del colegio de primaria XX ha declarado: «Me sorprendió mucho saber que Yanagida había sido acusado del homicidio de la anciana. Es un profesor responsable y muy querido por sus alumnos. Desconozco el motivo por el que pidió prestados esos cuarenta mil yenes. Me parece todo muy inverosímil, pero el colegio tomará medidas inmediatas ante esta detención. Si Yanagida acaba confesando, yo mismo asumiré parte de la responsabilidad».

Un testigo ocular afirmó lo siguiente: «Vi a la difunta Kiku Watanabe abordar a Yanagida en la calle en dos ocasiones. La señora Watanabe le hizo duros reproches y Yanagida le pidió disculpas con aire compungido».

La hermana menor del acusado, Kiriko Yanagida (20 años), ha declarado: «Estoy convencida de que mi hermano no ha cometido semejante atrocidad. Es cierto que la señora Watanabe venía a verlo a menudo, pero él siempre salía a hablar a la calle para no hacerlo delante de mí. Por eso yo ignoraba que le debía dinero. Jamás habría imaginado que mi hermano hubiera pedido un préstamo tan cuantioso, pero aun suponiendo que lo hubiera hecho y que tuviera dificultades para pagar la deuda, estoy segura de que no mató a nadie».

Al leer la declaración de la muchacha, a Keiichi Abe le pareció ver la cara de Kiriko Yanagida entre la tinta del periódico. Mordiéndose el labio, con los hombros rígidos y la mirada fija en un punto lejano.

A pesar de su severa expresión, el contorno de su cara seguía siendo tierno e infantil. También recordó su silueta de espaldas mientras caminaba en línea recta entre la multitud, con la mirada al frente, como si luchara por resistir.

El sol empezaba a declinar y la luz procedente del exterior menguaba por momentos. Keiichi Abe abrió la libreta y reanudó la lectura del periódico.

#### YANAGIDA CONFIESA PARCIALMENTE EL ASESINATO DE LA ANCIANA

La noche del 27 de marzo, el exprofesor de primaria Masao Yanagida (28 años), actualmente bajo custodia en la comisaría de la ciudad de K,

al fin confesó parcialmente los hechos que había negado con tanta insistencia. Según el sospechoso, a principios de septiembre del año pasado perdió un depósito de treinta y ocho mil yenes que habían recaudado sus alumnos para financiar una excursión escolar mientras lo llevaba a casa para custodiarlo. Como no tenía forma de restituir el dinero perdido, visitó varias a veces a Kiku Watanabe, de quien había oído decir que concedía préstamos a intereses elevados. Al final consiguió que le prestara cuarenta mil yenes, que debía devolverle a finales de año. Sin embargo, su modesto salario no le permitía afrontar el pago de la deuda, y aún menos a un interés mensual del diez por ciento.

En febrero de este año, una vez superado el plazo de vencimiento de la deuda, la señora Watanabe empezó a reclamarle con insistencia la devolución del dinero, acudiendo a su domicilio o abordándolo en plena calle de camino al colegio. Desesperado, Yanagida le prometió para tranquilizarla que la noche del 19 de marzo le traería los intereses de dos meses. Eso explica por qué la señora Watanabe, que normalmente se acostaba temprano, aún no se había cambiado y estaba preparando el té como si esperase a alguien. A las once de la noche del 19 de marzo, cuando Masao Yanagida se presentó en casa de la víctima, solo encontró cerrada la puerta corredera, que abrió sin dificultad. Una vez en el recibidor llamó a la señora Watanabe, pero no obtuvo respuesta. Entonces abrió la puerta de acceso a la vivienda y enseguida vio a la anciana muerta en el suelo, asesinada. Horrorizado, Yanagida quiso llamar a la policía, pero pensó que cuando descubrieran que le debía dinero su reputación como profesor saldría perjudicada y, además, mientras existiera un pagaré a su nombre la familia de la víctima podría seguir reclamándole la deuda. Con la intención de quitarse esa presión de encima, y como sabía que la señora Watanabe guardaba los pagarés dentro de una bolsa en el armario inferior de la cómoda, decidió coger el suyo y huir.

El sospechoso asegura que dejó sus huellas cuando se agachó frente a la cómoda, junto al cadáver de la señora Watanabe, para buscar la bolsa que contenía los pagarés. En cuanto encontró el documento extendido a

su nombre, lo cogió y salió corriendo. Al día siguiente, quemó el pagaré. Hasta aquí llega la confesión del acusado, que sigue negando con insistencia su implicación en el asesinato.

Sin embargo, el Departamento de Investigación Criminal asegura que Yanagida es culpable y considera que el acusado confesó parte de los hechos por desesperación al ver que existían pruebas irrefutables en su contra, como las huellas dactilares detectadas en la cómoda y las manchas de sangre de la víctima adherida a los bajos del pantalón que el sospechoso llevaba la noche del 19 de marzo y que la policía encontró en un armario al registrarle la casa. En el pantalón también había restos de ceniza, idéntica a la que se esparció en el escenario del crimen.

La policía cree que es cuestión de tiempo que el acusado acabe confesando el crimen.

El inspector Ueda, responsable de la investigación, ha declarado lo siguiente: «Yanagida ha admitido a regañadientes que tenía un móvil y ha confesado su participación parcial en el crimen. Es un burdo intento por su parte de librarse de un grave cargo por asesinato, por eso afirma que la señora Watanabe ya estaba muerta cuando él llegó a su casa. Esperamos que pronto confiese».

Keiichi Abe pasó las siguientes tres o cuatro páginas hasta que volvió a encontrar un titular escrito en grandes caracteres: «Yanagida confiesa que mató a la anciana a golpes».

Masao Yanagida, sospechoso del asesinato de la anciana prestamista, confesó hace poco haber robado el pagaré extendido a su nombre, pero seguía negando con insistencia su implicación en el homicidio de la anciana. Sin embargo, la noche del 30 de marzo se desmoronó durante el riguroso interrogatorio de la policía y confesó el asesinato de la señora Watanabe. Así pues, once días más tarde, al fin se ha resuelto el crimen que ha conmocionado a la región de Kita-Kyushu. A continuación encontrarán un resumen de la confesión de Masao Yanagida.

Con la libreta abierta a su lado y el lápiz en la mano, Keiichi Abe se dispuso a leer la confesión. La luz que se filtraba a través de la ventana era cada vez más débil:

Yanagida confesó que Kiku Watanabe le exigía constantemente el pago de la deuda, llegó incluso a increparlo en mitad de la calle mientras iba de camino al colegio, y que empezó a albergar un fuerte resentimiento que derivó en el deseo de deshacerse de ella. Así pues, una vez hubo decidido que cometería el crimen el 19 de marzo, el día anterior le prometió a la anciana que iría a verla a las once de la noche y le traería el dinero.

A las once, cuando llegó a casa de la señora Watanabe, ella lo estaba esperando despierta. Mientras preparaba el té, inclinada encima del brasero, el acusado se le acercó por detrás y le golpeó la cabeza con la vara de roble. La anciana cayó al suelo, pero no se rindió e intentó defenderse. Entonces fue cuando tumbó la tetera, que estaba encima del brasero, derramó el agua caliente y levantó una nube de ceniza. Yanagida siguió golpeando a la víctima en la cabeza hasta que la mató. Después de haber comprobado que estaba muerta, abrió el armario de la cómoda, sacó la bolsa que contenía los pagarés, cogió el que estaba a su nombre y abandonó tranquilamente el escenario del crimen. De camino a su casa, se deshizo de la vara de roble arrojándola en la zanja de un solar abandonado, y a la mañana siguiente quemó el pagaré que lo comprometía. Pero Yanagida se equivocó al pensar que sería buena idea llevarse únicamente su pagaré, pues ignoraba que la señora Watanabe tenía una lista con los nombres de sus deudores en una libreta aparte. Al comparar los pagarés con la información que contenía esa libreta, la policía no tardó en averiguar que solo faltaba el de Yanagida. Fue el primer paso de la investigación que culminó con la detención del profesor.

El inspector Ueda, jefe del Departamento de Investigación Criminal, ha afirmado: «Aunque esperábamos que Yanagida acabara confesando, me sentí aliviado cuando al fin se rindió y decidió admitir lo que había

hecho. Su confesión coincide punto por punto con nuestro análisis del escenario del crimen. La simple existencia de pruebas físicas —las huellas dactilares que encontramos en la cómoda y la sangre adherida al pantalón que Yanagida llevaba aquella noche, que coincide con el grupo sanguíneo de la víctima; además de los restos de ceniza del brasero que también aparecieron en el pantalón— hacían muy difícil que el acusado pudiera negar su autoría».

Keiichi Abe dejó el lápiz y pasó cuatro o cinco páginas más. Más adelante encontró en una esquina un breve artículo de dos párrafos titulado así: «Yanagida se retracta de su confesión ante el fiscal: “Yo no maté a la anciana”».

El 5 de abril, Masao Yanagida, sospechoso del asesinato de la anciana prestamista de la ciudad de K, fue enviado a declarar a la fiscalía e interrogado por Masuo Tsutsui, fiscal del distrito. Yanagida, que había admitido su culpabilidad unos días antes, negó todos los hechos que había confesado ante la policía de la ciudad de K. Si bien admitió que había entrado en la casa de la víctima y había robado el pagaré que lo comprometía a devolver los cuarenta mil yenes, insistió en que no había matado a la señora Watanabe, sino que esta ya estaba muerta cuando él llegó, ciñéndose de nuevo a la versión que había dado a la policía antes de su confesión completa.

El inspector Ueda, el responsable de la investigación, asegura: «Ya imaginaba que Yanagida negaría el asesinato ante el fiscal, es propio de su carácter y no me sorprende. Estaba claro desde el principio que su intención era esquivar una condena por asesinato. Por eso, después de haberse visto obligado a reconocer temporalmente los hechos ante la policía, ahora vuelve a hacer un intento desesperado para declararse inocente ante el fiscal. Según las autoridades, había suficientes pruebas para enviarlo a la oficina del fiscal, y ahora, en vista de su reacción, estamos aún más convencidos de su culpabilidad».

Kiriko Yanagida, la hermana del acusado, ha declarado lo siguiente: «Estoy muy contenta de que mi hermano, que había confesado el asesinato de la señora Watanabe ante la policía, se haya retractado de su confesión ante el fiscal. Creo que su última versión es la verdadera y sigo creyendo en su inocencia».

Keiichi Abe volvió a visualizar el rostro de la joven, con la mirada clavada en un punto de la pared y las manos firmemente entrelazadas sobre el regazo.

La luz que el sol arrojaba encima del periódico abierto iluminaba cada vez menos. Abe leyó el último artículo y cerró la pesada carpeta.

#### EL JUICIO: YANAGIDA SIGUE DEFENDIENDO SU INOCENCIA

Masao Yanagida, sospechoso del asesinato de la anciana prestamista de la ciudad de K, fue formalmente imputado el 28 de abril, tras haber sido interrogado por el fiscal Masuo Tsutsui.

Por el tono enardecido de los artículos del periódico se deducía que el caso había provocado un auténtico revuelo. Una columna censuraba a algunos personajes influyentes de la región, que parecían haber condenado a Masao Yanagida antes de tiempo porque decían que el hecho de que el sospechoso de un crimen tan atroz fuera profesor de un colegio era un claro indicio del deterioro de los principios morales. El director del colegio donde trabajaba Yanagida dimitió.

Keiichi Abe salió de la hemeroteca mientras las luces empezaban a encenderse, y abandonó las oficinas de la sucursal del periódico *N* después de darle las gracias al conserje. Las escaleras del edificio estaban pobremente iluminadas. Cuando salió del vestíbulo, el cielo aún estaba teñido de un azul muy pálido, pero la ciudad ya se había transformado en un mundo de luces de neón. Keiichi Abe se sumergió en el bullicio de la hora punta. No le apetecía ir en taxi ni en tren.

Mientras caminaba, pensó que Kiriko Yanagida tal vez fuera la única que creyera en la inocencia de su hermano. Solo había leído los artículos del



periódico, pero todo parecía indicar que Masao Yanagida era culpable. El hecho de haber confesado el crimen ante la policía y haberlo negado todo ante el fiscal sonaba como un burdo intento de librarse de la condena. Además, las pruebas físicas que habían aparecido en su contra parecían irrefutables.

Kiriko había venido a Tokio para pedirle al abogado Kinzo Otsuka que defendiera a su hermano. Otsuka era un abogado de primer nivel, pero cobraba unos honorarios desorbitados. Probablemente había rechazado la petición de la joven al ver que ella no tenía recursos para pagarle.

A Keiichi Abe todavía le parecía oír la voz de Kiriko hablando por teléfono. Había oído la conversación por casualidad, mientras esperaba su turno para hacer una llamada: «Hay un hombre sufriendo, acusado de falsos delitos. Incluso puede que acaben condenándolo a muerte. ¿Y me está diciendo que el señor Otsuka no va a ayudarme porque no puedo pagarle?». Y luego, inclinada encima del teléfono: «He oído hablar de abogados que defienden las causas justas sin preocuparse por sus honorarios, y vine convencida de que el señor Otsuka era uno de ellos. ¿No puede ayudarme de ninguna forma?». Hasta que, al final, había gritado: «No sé si podré salvar a mi hermano. Si tuviera ochocientos mil yenes tal vez lo conseguiría, pero por desgracia no dispongo de tanto dinero. Eso me ha ayudado a ver que los pobres estamos indefensos ante la justicia. Lamento las molestias que les he ocasionado. Y descuide, no insistiré más».

Mientras subía las escaleras de la estación de Yurakucho mezclado entre la multitud, a Abe se le ocurrió la idea de escribir en su revista un reportaje sobre el caso. Fue una especie de arrebato. O quizá su instinto le dijo que debía confiar en la intuición de aquella muchacha de expresión dura.

Al día siguiente, al mediodía, Abe encontró la ocasión de hablar con Tanimura, el editor jefe. Tanimura llegó a la redacción poco después de las once, pero se puso a leer inmediatamente la correspondencia que se le había acumulado encima del escritorio. Cada mañana recibía más de treinta cartas de sus lectores y las leía con atención, cosa que le llevaba bastante tiempo. Tiraba las cartas poco importantes en una gran caja de cartón que hacía las veces de papelera. Las demás, las que podían servirle de referencia, las

guardaba y llenaba de anotaciones en lápiz rojo. Luego las hacía circular entre los subeditores.

El editor jefe estuvo media hora leyendo cartas y luego hizo cuatro o cinco llamadas consecutivas. Como hablaba con colaboradores de la revista, eran llamadas largas. Estuvo unos cuarenta minutos al teléfono. Después reanudó la lectura de las cartas al editor, reduciendo poco a poco el abultado montón de sobres. Era un hombre de constitución robusta.

Keiichi Abe se levantó resueltamente y se dirigió al escritorio del editor jefe.

—Disculpe, ¿está ocupado?

Tanimura levantó la vista y miró a Abe con los ojos muy abiertos detrás de los cristales brillantes de sus gafas. —¿De qué se trata? —preguntó con una voz áspera y gruesa.

—Me gustaría comentarle una idea que he tenido para un reportaje.

—¿Ah, sí? —El editor jefe dejó a un lado la carta que estaba leyendo y añadió—: Tú dirás. —A continuación, cogió un cigarrillo del escritorio y se reclinó en su silla, dispuesto a escuchar la idea de Abe.

Keiichi Abe sacó la libreta del bolsillo.

—Ya veo. —Con el cigarrillo humeante entre los dedos, el editor jefe Tanimura cruzó los brazos y ladeó ligeramente la cabeza. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios después de haber escuchado la historia de Abe—. Veamos... —Sus ojos lo miraron con escepticismo desde detrás de las gafas—. Esa clase de historias no encajan en nuestra revista. —Se balanceó ligeramente—. Son más adecuadas para las publicaciones sensacionalistas. *Ronso* era una influyente revista de carácter generalista. Sus colaboradores, que para otras publicaciones escribían sin complejos, cuando redactaban algún artículo para *Ronso* tendían a ser mucho más estrictos. La revista no había visto la luz hasta después de la guerra, pero se estaba convirtiendo en una publicación de referencia.

Y todo gracias a los extraordinarios esfuerzos de Tanimura. Decían que se había pasado dos años enteros durmiendo solo tres horas cada noche para que la revista gozara de su actual prestigio. Corrían muchas historias acerca

de Tanimura. Había discutido con varios de sus colaboradores, e incluso habían llegado a las manos. La tenacidad y la impaciencia corrían por sus venas.

El editor jefe era un hombre de firmes principios. Era capaz de cualquier cosa para mejorar la revista. Se podría decir que su entusiasmo y vitalidad eran lo que definía *Ronso* en el presente. Incluso sus detractores no podían hacer menos que concederle aquel mérito.

Cuando Tanimura dijo que aquella historia era más adecuada para una revista sensacionalista, Keiichi Abe perdió toda esperanza.

—El problema sería —insistió— que ese hombre fuera inocente. Su hermana vino expresamente desde Kyushu para pedirle ayuda al abogado Otsuka, que rechazó el caso al ver que ella no podía pagarle. Ella dijo que su hermano podría ser condenado a muerte porque no podía permitirse un buen abogado. Es una historia que da mucho que pensar sobre la actual organización del sistema judicial.

—Aunque Otsuka llevara el caso, no habría ninguna garantía de que pudiera ganarlo —objetó el editor, balanceando el cuerpo hacia atrás con ímpetu—. Además, los abogados tienen que ganarse la vida. No pueden aceptar casos a cambio de nada. No me parece apropiado cargar contra el abogado.

—No se trata de un ataque personal contra Otsuka —replicó Abe—, solo es un caso que serviría como punto de partida para explicar que la gente sin recursos no puede tener un juicio justo.

—No es mala idea. —El editor jefe desplegó los brazos cruzados y dio una calada al cigarrillo—. ¿Y propones tomar como referencia el asesinato de Kyushu para desarrollar el tema?

—Exacto.

—Para que tu artículo tenga fundamento, tendrás que partir de la base de que el profesor de primaria acusado del crimen es inocente. Si al final lo declaran culpable, nuestro prestigio como revista quedará en entredicho. ¿Te atreverías a defender su inocencia?

—Precisamente por eso me gustaría investigar los hechos.

—¿Y cómo lo harías? —preguntó Tanimura, con una sonrisa burlona que le hizo entornar los ojos detrás de las gafas.

—Me desplazaría hasta el lugar de los hechos, leería los informes de la investigación y visitaría el escenario del crimen. Hablaría con toda la gente posible e intentaría recopilar información que la policía ignoró o descartó por accidente.

—Será mejor que lo olvides —dijo Tanimura sin pensárselo—. No quiero arriesgar nuestra reputación por un caso semejante.

Keiichi Abe estaba de pie frente a la mesa del editor jefe cuando este dejó de balancearse repentinamente.

—¿No estás de acuerdo? Es un simple caso de robo y asesinato, sin ningún interés social. Si tuviera un trasfondo ideológico como aquel otro caso que publicamos, pase, pero no es así. Nuestros lectores tendrán la impresión de que nos hemos dejado llevar por la moda de criticar el sistema judicial y cuestionar a la fiscalía.

—Pero —objetó Abe, quemando los últimos cartuchos— el problema sigue siendo que la gente sin recursos no puede acceder a una defensa legal en condiciones.

Tanimura lo miró con una expresión que parecía decir: «Aún no lo entiendes, ¿verdad?».

—Y tú quieres utilizar ese caso concreto para ilustrar el problema, lo sé. Pero insisto en que no me parece apropiado. Además, quieres ir al lugar de los hechos para investigar, lo que supondría un gasto considerable y te haría perder varios días de trabajo, incluso semanas, precisamente cuando más ocupados estamos. Supondría un gran esfuerzo económico para una editorial como la nuestra. Y no tenemos la certeza de que asumir ese riesgo merezca la pena.

«Merece la pena», pensó Abe, pero no lo dijo en voz alta. No tenía la seguridad de que Masao Yanagida fuera inocente y era poco probable que pudiera demostrarlo, aunque se desplazara hasta el lugar de los hechos e investigara sobre el terreno. Además, era posible que solo encontrara pruebas incriminatorias.

Lo único que respaldaba su débil convencimiento en la inocencia de Yanagida era la determinación que había visto en los ojos de su hermana y había escuchado en su voz mientras hablaba a través de un teléfono rojo. No

tenía ni una prueba objetiva. Sintió que su propia convicción se le escurría entre los dedos y se apartó de la mesa del editor.

Tanimura dejó que se fuera sin tratar de impedirselo y se inclinó de nuevo sobre los papeles que colmaban su mesa con el cigarrillo entre los labios. Abe no supo si entornaba los ojos para evitar que le escocieran con el humo del tabaco o si lo hacía porque se sentía satisfecho.

Aquella noche, al salir de la redacción, Abe entró en la taberna que solía frecuentar.

—¡Buenas! —lo saludó sonriente uno de sus compañeros de trabajo, llamado Sutekichi Hisaoka—. ¿De qué hablabas con el jefe este mediodía? —le preguntó después de dar el primer sorbo a su bebida, entornando los ojos con curiosidad hasta adoptar la expresión de un elefante.

—De nada.

Abe no tenía ganas de hablar del asunto. Su compañero no preguntaba solo por preguntar, estaba verdaderamente interesado en la respuesta. Sin duda había visto desde su mesa cómo el editor jefe rechazaba su propuesta y él se retiraba descorazonado.

Hisaoka era un tipo inteligente, pero nunca se implicaba en nada y todo lo observaba desde cierta distancia. Solía criticar el trabajo de los demás a sus espaldas, y siempre lucía una media sonrisa en los labios. Tenía una habilidad especial para quitarse de encima las tareas más engorrosas.

—Cuéntamelo, anda —insistió, dándole una palmadita en el hombro.

Abe empezó a hablar a regañadientes. La insistencia de su compañero no era lo que lo había hecho ceder. Necesitaba desahogar la frustración que sentía tras la negativa del editor jefe.

—Ya lo entiendo —dijo Hisaoka después de escucharlo, apartándose el vaso de los labios.

—¿Te parece interesante? —le preguntó Abe.

—Bueno, hasta cierto punto. No me parece apasionante, la verdad —opinó Hisaoka, con cara de decepción—. No me sorprende que Tanimura no te haya dado luz verde. Esta clase de historias no le interesan. Yo en su lugar también habría tumbado tu propuesta. —¿Por qué?

—La historia es bastante interesante, pero le falta valor. Que a ti te parezca apasionante no significa que lo sea. Yo tampoco creo que merezca la

pena el esfuerzo económico de enviarte a Kyushu. Una revista de carácter general no debería jugar a detectives. No tiene sentido.

Keiichi Abe se arrepintió de habérselo contado a Hisaoka. Sin embargo, su compañero añadió unas palabras que se le quedaron grabadas:

—Pero si quieres investigar el caso de todas formas, puedes pagarte el viaje a Kyushu de tu propio bolsillo. Abe se despidió de Hisaoka sin dejar de pensar en lo que este le había dicho. Ir a Kyushu. «Quiero ir a la ciudad de K. Pagaré el viaje con mi dinero y reuniré la información que necesito.» Aquel sueño lo hizo hervir de excitación. Pero solo era un sueño. No disponía de los diez o veinte mil yenes que necesitaría para el viaje, ni contaba tampoco con el tiempo necesario. Podría pedir unos días libres con cualquier otro pretexto, pero no tenía ningún sentido investigar sin el consentimiento de su jefe. Su trabajo tenía que ver la luz. Su objetivo como periodista era dar a conocer aquella historia.

Keiichi Abe sacó la libreta y repasó los detalles del caso.

Según la prensa, Masao Yanagida era sin lugar a dudas el asesino de la anciana. Tenía un móvil. Le había pedido un préstamo de cuarenta mil yenes a un interés elevado y no podía devolverle el dinero. La anciana le reclamaba la deuda con insistencia, visitándolo en su casa o increpándolo de malos modos en plena calle mientras él iba de camino al colegio. Solo había pagado dos meses de intereses, así que no podía defenderse de los ataques de la usurera. Abe imaginaba perfectamente la cara de angustia del joven profesor.

Las pruebas eran concluyentes. Sus huellas estaban en la cómoda del escenario del crimen. En los bajos del pantalón que llevaba aquella noche habían encontrado manchas de sangre que coincidía con el grupo sanguíneo de la víctima y restos de ceniza del brasero que se había esparcido por el suelo de tatami. Las pruebas físicas eran irrefutables. No era de extrañar que el jefe de la investigación, un tal inspector Ueda, estuviera convencido de que el culpable estaba entre rejas. El fiscal estaba a punto de formular los cargos en su contra.

Keiichi Abe sacaba la libreta todos los días y releía sus propias anotaciones. Su confianza fue menguando poco a poco. Empezó a darse cuenta de que, aunque se desplazara hasta el lugar de los hechos, difícilmente lograría desmontar las pruebas contra el acusado.

Acabó pensando que su jefe, Tanimura, tenía razón al rechazar su propuesta de publicar un reportaje sobre el caso. Quizá en aquel momento se había dejado llevar por el entusiasmo y no había sido capaz de valorarlo fríamente. Si se hubiera mantenido en sus trece y hubiera decidido ir a Kyushu a pesar de todo, probablemente habría fracasado estrepitosamente. Puede que su exceso de confianza fuera consecuencia de la impresión excepcional que le había provocado Kiriko Yanagida. Quizá lo único que aún le hacía confiar en Masao Yanagida fuera el motivo por el que había pedido prestados los cuarenta mil yenes. Había perdido el depósito de treinta y ocho mil yenes que sus alumnos habían recaudado para una excursión escolar. Para restaurar la pérdida, había pedido un préstamo a Kiku Watanabe. Sus alumnos habrían ido de excursión sin sospechar nada. Yanagida los habría acompañado, aliviado al ver sus caras de alegría mientras las llamas del infierno que viviría a partir de entonces empezaban a arder en su pecho. Sin embargo, aquel noble gesto no era lo bastante convincente para absolver al joven del crimen del que estaba acusado.

Keiichi Abe decidió escribirle una carta a Kiriko Yanagida y enviársela a la dirección que figuraba en los periódicos:

Nos conocimos cuando vino a Tokio, hace un tiempo. Le di mi tarjeta de visita, así que puede que recuerde mi nombre cuando lo vea escrito en el sobre. Escuché la conversación que mantuvo desde un teléfono público con el despacho del abogado Otsuka y luego insistí en que me acompañara a tomar algo. Ahora me doy cuenta de que fue una impertinencia por mi parte. Aquel día no quiso explicarme su historia, pero más adelante tuve la oportunidad de leer en los periódicos locales de la ciudad de K la desafortunada situación que estaba viviendo su hermano. Yo también quiero creer en su inocencia, por eso me gustaría saber cómo evoluciona el juicio. Tiene todo el derecho de rechazar mi petición, pero quiero que sepa que no le escribo por simple curiosidad, sino movido por un sincero interés, profundamente conmovido por su firme convicción en la inocencia de su hermano. Por eso me intereso por el desarrollo del juicio. Le agradecería sobremanera que me proporcionara más detalles al respecto.

Abe envió la carta y estuvo varios días esperando respuesta, pero Kiriko Yanagida no dio señales de vida.

Después de la primera carta le envió cuatro más, que tampoco obtuvieron respuesta. Como las cartas no le eran retornadas, tuvo que suponer que la dirección era correcta y que la muchacha no se había mudado.

Abe recordó la cara de Kiriko en la cafetería, mordiéndose el labio en silencio. Cada vez que le enviaba una carta que no obtenía respuesta se sentía como si ella le cerrara la puerta delante de las narices, tal y como había hecho al levantarse y dejarlo plantado en la cafetería aquel día.

Pasaron los días. Keiichi Abe se centró en sus quehaceres diarios en la revista. A pesar de sus largas jornadas de trabajo, no olvidó a Kiriko Yanagida ni dejó de pensar en ella.

Llegó el mes de diciembre.

Una mañana, Kinzo Otsuka se presentó en la oficina exhalando volutas blancas de vaho.

Tres de los jóvenes abogados, que estaban trabajando en sus escritorios, se levantaron para darle los buenos días en cuanto entró.

—Buenos días —respondió Otsuka, y pasó junto a ellos para dirigirse a su despacho. La estufa estaba encendida. Una estantería repleta de libros separaba su despacho del espacio donde trabajaban los demás.

Okumura, el administrativo, apareció detrás de él.

—Qué frío —comentó mientras le recogía el abrigo. —Sí, esta mañana ha bajado la temperatura —respondió Otsuka.

—Ha llegado una postal muy rara para ti —anunció entonces Okumura, cambiando de tema bruscamente. —¿Una postal?

—Te la he dejado encima de la mesa.

—Bien.

En aquella profesión, los abogados solían recibir cartas de amenaza según el caso en el que estuvieran involucrados. No era nada insólito. Lo que le sorprendió fue que Okumura le llamara la atención sobre ello.

Kinzo Otsuka se sentó detrás de su amplia mesa, donde lo esperaba la correspondencia del día. Okumura clasificaba las cartas todas las mañanas.



Separaba las que llegaban a nombre del bufete y solo le dejaba en su despacho las que iban dirigidas a él personalmente. Había dos montoncitos: uno estaba formado por libros de regalo y el otro, por cartas. La postal estaba encima del último montón.

«Debe de ser esto», pensó Otsuka, alargando la mano hacia la postal. El remitente era Kiriko Yanagida, distrito de XX, ciudad de K, prefectura de F. El nombre no le decía nada, pero era normal que no recordara los nombres de todas las personas que le escribían a diario. Volvió la postal y leyó el reverso:

Señor Otsuka. Mi hermano fue condenado a muerte en primera instancia. Presentó un recurso de apelación, pero murió en la cárcel de F el 21 de noviembre mientras estaba pendiente de una segunda vista. Además, el abogado de oficio que le asignaron fue incapaz de defender su inocencia y solo solicitó una reducción de la condena alegando circunstancias atenuantes. Así pues, mi hermano murió con deshonra, como un ladrón y un asesino.

La postal estaba escrita a pluma, con una caligrafía firme.

Sin embargo, Kinzo Otsuka no había entendido el significado del mensaje porque no sabía a qué caso se refería. —Okumura.

El administrativo se levantó casi en el acto y acudió hacia él. El abogado levantó la postal para enseñársela. —¿Sabes qué significa esto?

—Creo que sí —respondió Okumura mientras se acercaba a su mesa—. En el mes de mayo, si no recuerdo mal, vino a vernos una señorita de Kyushu.

—¿De Kyushu?

—Sí. Se llamaba Kiriko Yanagida, tú también estuviste hablando con ella. Era muy joven, debía de tener unos veinte años. Vino expresamente desde Kyushu para pedirte que defendieras a su hermano, al que habían acusado de asesinato.

—¡Ah, sí! —exclamó Otsuka, como si las palabras se le hubieran escapado a través de la boca abierta—. Ya me acuerdo.

Tenía buena memoria, y se acordó enseguida.

Había ido a verlo porque le habían dicho que era el mejor abogado de Japón. Era una chica joven y tenía un hermoso rostro de facciones casi infantiles, pero su mirada era penetrante. Él le había dicho que en Kyushu también había buenos abogados, pero ella había insistido en que era el único que podía salvar a su hermano. Recordaba la rígida expresión de su boca.

Había rechazado el caso. Principalmente por falta de tiempo, pero también porque Okumura le había insinuado que ella no podría pagarle. En otros tiempos, Otsuka había llegado a costear de su propio bolsillo algún caso que le interesaba especialmente, pero eso había sido cuando era joven. Actualmente estaba demasiado ocupado con casos más importantes y no tenía tiempo ni motivación suficiente para hacerlo.

«Tendré que resignarme», había dicho la joven. Cuando ya se iba, había añadido en un susurro: «Puede que a mi hermano lo condenen a pena de muerte». Entonces había bajado las escaleras con un ligero repiqueteo de zapatos.

—Así que murió en la cárcel —murmuró Otsuka, con la mirada fija en la postal.

Pero, en realidad, estaba reflexionando sobre su contenido: «El abogado de oficio que le asignaron fue incapaz de defender su inocencia...», «mi hermano murió con deshonra, como un ladrón y un asesino». Según cómo se leyera, se podría interpretar que aquel desenlace había sido culpa suya, por haber rechazado la defensa de su hermano. De hecho, la postal estaba redactada en tono de reproche e impregnada de rencor.

A Otsuka le remordía un poco la conciencia saber que había rechazado el caso por dinero.

El abogado levantó la vista hacia Okumura, que esperaba de pie delante de su mesa.

—¿Recuerdas si la chica volvió a llamar en algún momento mientras yo no estaba?

—Sí, llamó mientras estabas en Kawana —respondió el administrativo—. Preguntó si había alguna forma de convencerte para que aceptaras el caso y le dije que no. Entonces me reprochó que rechazáramos el caso por cuestiones económicas, y dijo que le habían hablado de abogados que defendían una causa justa sin preocuparse por el dinero. Yo me ofendí y le

pedí que no nos presionara en nombre de la justicia. Era joven, pero tenía mucho carácter.

—Hum —murmuró Otsuka, ligeramente abatido—. Ya lo creo.

Estaba preocupado. Recordó que ese día había estado jugando al golf con Michiko Kono en Kawana y luego habían ido a Hakone. El día anterior, cuando había recibido la visita de aquella joven, Michiko ya estaba esperándolo en Kawana y él estaba impaciente por reunirse con ella. Por eso ni siquiera había querido escuchar la historia de la joven. Tenía prisa por salir de la oficina. La joven había tenido mala suerte. Si hubiera venido en otro momento, probablemente él habría escuchado el resumen del caso y le habría encargado a uno de sus empleados que lo investigara. Incluso puede que, al final, lo hubiera aceptado a sabiendas de que no le reportaría ningún beneficio.

«Aun así —pensó—, aunque hubiera aceptado el caso, si su hermano era culpable no habría podido hacer nada.» Pero aquel argumento no sirvió para aplacar sus remordimientos.

No podía evitar preguntarse qué habría pasado si...

Llevaba muchos años cosechando éxitos y se enorgullecía de haber conseguido en varias ocasiones la absolución de un acusado al que todo el mundo consideraba culpable. Aquellos éxitos le habían procurado la fama de mejor penalista de todo Japón y habían sido como una inyección de confianza en sí mismo.

«Incluso la chica de Kyushu habría aceptado la derrota si yo hubiera defendido a su hermano y hubiera perdido. Pero tuvo que confiar en un abogado de oficio porque no podía contratar a otro.» De repente, le pareció oír la voz de la joven gritándole al oído: «Los pobres estamos indefensos ante la justicia». Era una voz mucho más fuerte de la que parecía surgir de entre las líneas de la postal.

Además, su hermano había muerto en la cárcel. Había presentado un recurso de apelación, pero había muerto con una condena a sus espaldas. Incluso el abogado de oficio parecía convencido de su culpabilidad. Se podría decir que la muerte del joven había provocado el mismo efecto en la sociedad

que si hubiera sido ajusticiado por el Estado. La muchacha parecía especialmente resentida con ese hecho.

—Okumura —dijo Otsuka, levantando el mentón que tenía apoyado en las manos—. Horita está en la ciudad de F, ¿no es así?

Horita era uno de los pasantes de Otsuka.

—Así es —confirmó Okumura.

—Envíale una carta urgente. Dile por favor que consiga una copia del sumario del caso Yanagida y me lo mande.

—¿Perdón? —exclamó Okumura, con los ojos como platos—. Pero el acusado está muerto.

—Hazlo de todas formas —insistió el abogado con brusquedad—. Quiero echar un vistazo al sumario.

## 4

El abogado que se encontraba en Kyushu le envió a Kinzo Otsuka el sumario del caso Yanagida.

El juicio estaba en fase de apelación, pero como el acusado había fallecido en la cárcel, el caso se había cerrado y Otsuka recibió el sumario completo. El abogado que se lo había enviado era Horita, catorce o quince años más joven que Otsuka.

Otsuka leyó todos los documentos relacionados con el caso, tanto en su casa como en la oficina. Los llevaba siempre consigo, en el maletín negro, que ahora pesaba más de lo habitual.

Los cargos contra el acusado eran robo y asesinato. Masao Yanagida, profesor de primaria, había asesinado a una anciana prestamista y le había robado un pagaré extendido a su nombre.

El escrito de acusación del fiscal decía lo siguiente:

Domicilio del acusado: número X del distrito de XX, ciudad de K.  
Profesión: maestro de primaria. Nombre completo: Masao Yanagida.  
Fecha de nacimiento: día X del mes X de 19XX.

Circunstancias de la acusación:

El día X de septiembre de 19XX, el acusado, con domicilio en el distrito de XX de la ciudad de K y profesor de primaria del colegio XX, perdió de camino a su casa un depósito de treinta y ocho mil yenes recaudado por sus alumnos y destinado a financiar una excursión escolar. El acusado, que carecía de recursos para restituir el importe extraviado, tuvo la idea de pedir un préstamo a la señora Kiku Watanabe (65 años), con domicilio en el distrito de XX de la misma ciudad, que se dedicaba a prestar dinero a intereses elevados. Desde finales de septiembre hasta principios de octubre, el acusado visitó a la víctima en varias ocasiones para solicitarle un préstamo. Finalmente, el 8 de

octubre recibió la cantidad de cuarenta mil yenes (por un importe real de treinta y seis mil yenes menos una deducción de un mes de intereses) en concepto de préstamo, que vencía a finales de diciembre. El acusado extendió un pagaré a su nombre por valor de cuarenta mil yenes y se lo entregó a la víctima. Sin embargo, el señor Yanagida percibía un salario mensual de tan solo once mil yenes que no le permitió devolver el importe de la deuda antes de que venciera a finales de año, y mucho menos abonar los intereses. Así pues, a partir del mes de febrero del año siguiente, empezó a recibir presiones constantes por parte de la señora Kiku Watanabe que lo sumieron en un estado de angustia permanente. Entonces tomó la decisión de matarla y robar el pagaré que lo obligaba a devolver la deuda. El 18 de marzo de 19XX le prometió a la víctima que iría a verla la noche del día siguiente para devolverle el dinero, y el 19 de marzo se presentó en su casa alrededor de las once de la noche y entró por la puerta principal. La señora Watanabe estaba despierta, esperándolo en la sala de ocho tatamis de la planta baja. Cuando se inclinó encima del brasero para servirle un té, el acusado cogió una vara de roble de setenta centímetros que había visto junto a la puerta y golpeó a la víctima en la nuca. El impacto derribó a la anciana, que intentó defenderse desde el suelo. El acusado siguió golpeando el lateral izquierdo de la frente de la víctima, la sien izquierda y la parte izquierda del torso hasta provocarle la muerte.

Según el artículo 240 del Código Penal, se le imputan los cargos de robo y asesinato.

Kinzo Otsuka leyó la transcripción de la declaración inicial del fiscal, pero solo era un resumen del escrito de acusación. Entre la ingente cantidad de documentación que conformaba el sumario del caso había un informe sobre la inspección del escenario del crimen, informes de expertos, el informe de la autopsia, el informe de la investigación policial, el informe de la investigación criminal, las transcripciones de los interrogatorios, las actas, las declaraciones de los testigos, la sentencia del tribunal y un resumen de la defensa que había preparado el abogado de oficio.

Kinzo Otsuka leía en su casa, con la mano libre al calor del brasero, fumando un cigarrillo. En la oficina, mientras trabajaba en los otros casos que lo ocupaban, de vez en cuando sacaba los papeles del maletín y les echaba un vistazo.

Era un caso del que no obtendría ningún beneficio, naturalmente. Nadie le había encargado que lo investigara. Además, el acusado había fallecido.

En la oficina, cada vez que entraba en su despacho, Okumura miraba de reojo los papeles del caso Yanagida que Otsuka tenía encima de la mesa, pero nunca hacía ningún comentario al respecto. El abogado sospechaba que Okumura se burlaba de él a sus espaldas y les decía a los jóvenes pasantes: «El viejo empieza a preocuparme. Como si no tuviéramos suficiente trabajo, ahora le ha dado por perder el tiempo con ese caso de fantasmas».

Empezó a recelar un poco de Okumura, así que cada vez dedicaba más tiempo a revisar los detalles del caso en el estudio de su casa.

Cuando su mujer le traía el té, siempre le decía: «Qué ocupado estás últimamente».

Su mujer, Yoshiko, era la hija del difunto mentor de Otsuka. El hombre había sido una importante figura en el mundo de los juristas, así que ella estaba acostumbrada a ver trabajar a su padre y nunca hacía preguntas sobre los casos que llevaba su marido. Se limitaba a mirar discretamente el rostro concentrado de Otsuka mientras leía y se retiraba en silencio. No sabía que su marido estaba enfrascado en el caso de un acusado que había fallecido y que, por tanto, nunca le pagaría sus servicios.

A Kinzo Otsuka aún le parecía oír el ruido seco de los pasos de la joven de Kyushu mientras bajaba, abatida, las escaleras oscuras del edificio. Recordaba su rostro pálido al murmurar: «Puede que a mi hermano le condenen a pena de muerte».

Pero ese no era el motivo por el que había decidido analizar el abultado sumario que había recibido desde Kyushu.

«Mi hermano fue condenado a muerte en primera instancia. Presentó un recurso de apelación, pero murió en la cárcel de F el 21 de noviembre mientras estaba pendiente de una segunda vista.»

Aquellas palabras le habían roto el corazón. Era como si la chica le estuviera diciendo a gritos que, al haber fallecido su hermano estando

condenado a muerte, era como si lo hubieran ejecutado. Parecía recriminarle a Otsuka que el caso hubiera tenido un desenlace tan trágico porque él se había negado a aceptarlo por una cuestión de dinero.

Era evidente que él no era responsable de nada, pero la defensa había caído en manos de un abogado de oficio que, según le había dicho Horita, no era especialmente competente. Aquel hecho agravaba la herida de Kinzo Otsuka. Tenía el presentimiento de que, si hubiera aceptado el caso, habría podido salvar al acusado. Era como el mal sabor de boca que le queda a un buen médico que rechaza a un paciente y, más adelante, descubre que este ha muerto en manos de un médico mediocre.

Además, aquel día estaba impaciente porque había quedado con Michiko Kono en Kawana. Por eso había rechazado el caso de la joven sin siquiera escucharlo. Si no hubiera tenido tanta prisa, tal vez le habría pedido que le hiciera un breve resumen de la historia. Quizá habría descubierto alguna contradicción y se habría aventurado a investigar. Así era como habían empezado la mayoría de los casos que había llevado sin retribución y que tanto prestigio le habían otorgado.

Sin embargo, no tenía ninguna certeza de que el hermano de la muchacha fuera inocente. Había querido leer el sumario del procedimiento para confirmar que no existía ninguna incoherencia y aplacar sus remordimientos de una vez por todas. El acusado estaba muerto, y él no tenía tiempo para volar hasta Kyushu e interrogar a los testigos. En realidad, analizar el sumario del caso era a todas luces insuficiente para averiguar la verdad, pero tendría que conformarse con eso. Le bastaba con que sirviera para aplacar su mala conciencia, aunque solo fuera en parte. Estaba convencido de que así conseguiría silenciar la voz de la mujer, que le reprochaba mentalmente que su hermano hubiera muerto en la cárcel porque él no había querido defenderlo.

Al menos quería comprobar que su negativa a aceptar el caso no pesara también sobre la conciencia de Michiko Kono.

Así pues, Kinzo Otsuka buscaba a tientas la clave del caso entre una montaña de documentos.

Informe del análisis del escenario del crimen.



En relación con los delitos de robo y asesinato que se le imputan al sospechoso Masao Yanagida, he realizado la siguiente inspección del escenario del crimen.

20 de marzo de 19XX. Comisaría de K.

Hiro Fukumoto, sargento de la policía judicial.

Fecha y hora de la inspección: 20 de marzo de 19XX, de 11:00 a 12:50.

Lugar de la inspección: distrito de XX de la ciudad de K, residencia de Kiku Watanabe y alrededores.

Objetivo de la inspección: recoger pruebas relacionadas con el crimen y esclarecer las circunstancias de los hechos.

Personas presentes durante la inspección: 1) Ryutaro Watanabe, primogénito de la víctima. 2) [...]

Detalles de la inspección:

Descripción de la sala de estar de Kiku Watanabe, escenario del crimen.

1. Observaciones generales:

El escenario del crimen se encuentra en una casa de dos plantas orientada al sur. Es una vivienda con estructura de madera que ocupa una superficie de X metros de ancho por X metros de profundidad. La puerta principal da a la calle, mientras que la puerta trasera da a la valla de madera de la casa vecina. Entre la puerta y la valla hay un estrecho callejón de medio metro de ancho que pasa por delante de otras tres casas y desemboca en la calle principal.

A la hora de la inspección, la puerta trasera estaba atrancada por dentro con un cerrojo. La entrada principal consta de una puerta corredera de papel y otra de madera. A la hora de la inspección, la puerta de madera estaba abierta y la corredera, cerrada. [...]

2. Descripción del interior:

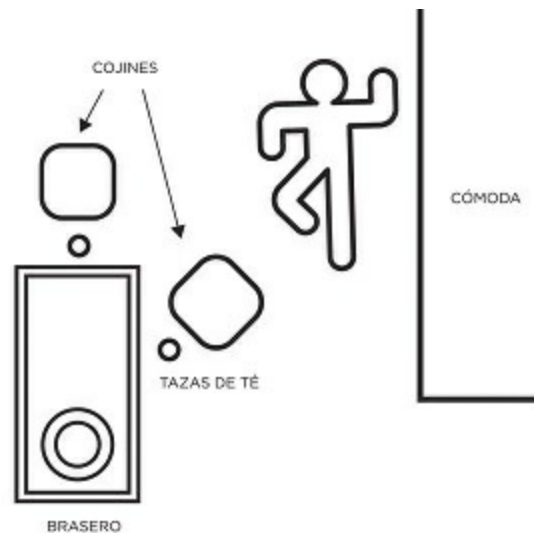
Junto a la pared oeste de la sala de estar de ocho tatamis hay una cómoda. A la hora de la inspección, el segundo y el tercer cajón estaban medio abiertos y la ropa que contenían estaba revuelta. El lateral

izquierdo de los cajones abiertos sobresalía diez centímetros más que el derecho. La puerta izquierda del pequeño armario situado en la parte inferior de la cómoda tenía la cerradura rota y estaba abierta, mientras que la puerta derecha seguía cerrada.

A unos cuarenta centímetros de la cómoda, encima del tatami, había manchas de sangre. Aproximadamente en el centro de la sala había un brasero, al sur del cual, y a unos cincuenta centímetros de distancia, también se observaban manchas de sangre.

Encima del brasero había una tetera de hierro tumbada en un ángulo de treinta grados en dirección oeste. La ceniza del interior del brasero estaba húmeda, y parte de ella se había esparcido por el tatami. El reguero de ceniza estaba ligeramente difuminado, como si alguien lo hubiera pisado.

En el momento del registro, el cadáver ya había sido trasladado a la sala de autopsias y no se encontraba en el lugar de los hechos.



Kinzo Otsuka leyó con interés el informe de la inspección del escenario del crimen y, a continuación, pasó al informe del forense:

Nombre del difunto: Kiku Watanabe (65 años).

Examen externo: ciento cincuenta centímetros de altura, de complejión débil. Se observan indicios de malnutrición. Presenta

livideces cadavéricas en la espalda.

No se observan lesiones en nuca, pecho, abdomen ni piernas.

Se observan las siguientes lesiones externas: contusión de unos diez centímetros de largo en el parietal derecho que se extiende hasta el periostio; contusión de unos cuatro centímetros de largo en el frontal izquierdo que se extiende en diagonal, de izquierda a derecha y de arriba abajo; contusión de tres centímetros de largo en la mejilla izquierda que se extiende hasta el rabillo del ojo en diagonal, de arriba abajo.

Examen interno: al practicar una incisión y retirar la piel que cubre el cráneo de la víctima, se observa una ligera fractura hundida, del tamaño de un huevo, correspondiente a la contusión en el parietal derecho anotada durante el examen externo. En el frontal izquierdo se aprecia una mancha del tamaño de un pulgar correspondiente a una hemorragia subcutánea, sin signos de fractura. En la mejilla izquierda también se observan restos de una hemorragia entre la piel y el músculo. Al retirar el cráneo aparece un hematoma epidural en el hemisferio derecho de 10 x 8 x 2 centímetros, correspondiente a la fractura hundida. Al retirar el cerebro se descubre un fuerte golpe en la base del hemisferio izquierdo.

La apertura de la cavidad abdominal, tras una incisión practicada a lo largo del tórax, ha revelado una fractura parcial en la tercera costilla izquierda e indicios de una hemorragia leve en los músculos intercostales. No se aprecian otras lesiones en la caja torácica. [...]

Causa de la muerte: el hematoma epidural en la parte trasera de la cabeza debido a una contusión exterior provocó un aumento de la presión en el cerebro que derivó en la muerte de la paciente.

Conclusión: homicidio.

Tiempo transcurrido desde la hora de la muerte: unas diecisiete horas hasta el inicio de la autopsia (20 de marzo a las 15.35).

Arma homicida/método de agresión: en cuanto al arma homicida, las lesiones apreciadas en el parietal derecho de la cabeza, el frontal izquierdo y la mejilla izquierda fueron provocadas con un arma roma de superficie relativamente plana, como una barra de hierro o un garrote de madera. En cuanto al método de agresión, la lesión observada en el

parietal derecho del cráneo que provocó la fractura hundida es compatible con un fuerte golpe mientras la víctima estaba de espaldas. Las lesiones presentes en la frente y la mejilla izquierda, así como la fractura parcial de la tercera costilla, fueron probablemente provocadas por golpes asestados frontalmente, cuando la víctima se volvió para defenderse de su agresor.

Grupo sanguíneo: O. Otras observaciones: sin comentarios.

Fecha: 20 de marzo de 19XX.

Doctor Sakae Suzuki, médico forense. Comisaría de policía de F.

Había dos informes más redactados por expertos. Uno de ellos determinaba, en primer lugar, que las manchas de sangre del pantalón que Masao Yanagida llevaba la noche del 19 de marzo coincidían con el grupo sanguíneo de la víctima, y que las huellas dactilares de la cómoda correspondían al acusado. En segundo lugar, el informe concluía que los restos de ceniza adheridos en el mismo pantalón habían salido del brasero del escenario del crimen.

El segundo documento era un informe psiquiátrico que certificaba que el acusado se encontraba en plenas facultades mentales a la hora del crimen.

Kinzo Otsuka encendió un cigarrillo y reflexionó. Tanto las huellas dactilares encontradas en el escenario del crimen como las manchas de sangre en el pantalón que el acusado llevaba aquella noche y que coincidían con el grupo sanguíneo de la víctima eran factores claramente desfavorables para Masao Yanagida. Era imposible negar que, aquella noche, había entrado en casa de Kiku Watanabe y había estado en contacto de algún modo con la sangre de la víctima. El escrito de acusación y la declaración inicial del fiscal parecían presentar un caso irrefutable contra el acusado.

¿Y qué había alegado el acusado, Masao Yanagida, en su defensa? En la primera vista oral había declarado lo siguiente:

Acta de la primera vista oral.

Cargos: robo y asesinato.

Acusado: Masao Yanagida (presente).

Declaración del acusado en relación con el caso que ocupa a este tribunal.

El acusado señala que los siguientes puntos escrito de acusación son incorrectos:

1. Es cierto que, en octubre de 19XX, Kiku Watanabe me concedió un préstamo de cuarenta mil yenes (treinta y seis mil, una vez deducidos los intereses de un mes) a un interés mensual del diez por ciento que vencía a finales de diciembre. Me comprometí a devolver el préstamo extendiendo un pagaré a mi nombre. Sin embargo, solo pude pagar dos meses de intereses y no fui capaz de devolver la deuda a tiempo. A partir del mes de febrero de este año, Kiku Watanabe empezó a acosarme para que le devolviera el importe del préstamo.

2. También es cierto que el 19 de marzo, a las once de la noche, fui a casa de la señora Watanabe porque la noche anterior le había prometido que le pagaría dos meses más de intereses. Admito que no había encontrado la forma de reunir el dinero, pero fui a verla de todas formas para disculparme y pedirle que fuera comprensiva con mi situación. No tenía la menor intención de matarla y robar el pagaré a mi nombre.

3. Cuando llegué a casa de Kiku Watanabe, la puerta principal estaba abierta. A través de la puerta corredera de papel, que estaba cerrada, vi luz en el interior de la vivienda. Pensé que la señora Watanabe me estaba esperando y dije «buenas noches» en voz alta dos o tres veces, pero nadie me respondió. Por su edad, imaginé que se habría quedado dormida y abrí. La puerta corredera de la izquierda, la que daba a la sala de estar de ocho tatamis, estaba abierta. Al fijarme con más atención, vi a Kiku Watanabe tumbada de espaldas en el suelo, frente a la cómoda, y pensé que dormía de verdad. Pero la llamé y no se despertó. La tetera que había encima del brasero estaba tumbada y supuse que el agua caliente se había derramado, porque el tatami estaba lleno de ceniza. Me pareció extraño y observé con más detenimiento. Vi una mancha roja en el tatami y me di cuenta de que era sangre. Cuando vi que la señora

Watanabe también tenía la cara ensangrentada, me alarmé y pensé en avisar a la policía de inmediato, pero entonces, y al ver que no se movía, llegué a la conclusión de que la habían asesinado. Cuando la policía empezara a investigar encontraría el pagaré a mi nombre, todo el mundo sabría que había pedido un préstamo y quedaría mal ante el colegio, los padres de mis alumnos y todos mis amigos y conocidos. Así pues, me dejé llevar por un impulso y decidí robar el pagaré. Me descalcé y entré en la sala de estar. La visión de la señora Watanabe muerta era espeluznante. Alguien había llegado antes que yo y la había matado, pero yo estaba preocupado por mi propia situación y solo pensaba en salir de allí cuanto antes. Pensaba que aquel pagaré podía complicarme aún más las cosas. Supuse que la señora Watanabe guardaba los pagarés en el pequeño armario inferior de la cómoda, donde tenía los objetos de valor. Encontré la cerradura del armario rota y la puerta izquierda, abierta. Cogí mi pagaré, salí por la puerta principal y me fui. Aquella misma noche quemé el documento frente a mi casa.

Estos son los hechos. Yo no golpeé a la señora Watanabe con una vara de roble hasta matarla, como dice el escrito de acusación. Tampoco abrí los cajones ni revolví su contenido para simular que se trataba de un robo. En cuanto a la sangre y la ceniza que encontraron en los bajos de mi pantalón, debí de mancharme al ir desde la puerta hasta la cómoda y volver.

Vi una tetera, dos tazas y una lata de té junto al brasero, así como dos cojines. Supongo que la señora Watanabe me estaba esperando.

Magistrado: ¿Recuerda haber visto esta vara de roble? (El juez le enseña la prueba número dos al acusado.)

Acusado: No.

Magistrado: ¿Recuerda haber visto esto? (El juez le enseña al acusado el fajo de pagarés que guardaba Kiku Watanabe, catalogado como prueba número tres.)

Acusado: Sí. Son los pagarés que Kiku Watanabe guardaba en el armario de la cómoda. Saqué el fajo del armario, cogí el pagaré que yo mismo había extendido por un importe de cuarenta mil yenes y volví a dejar los demás en su lugar.

Magistrado: ¿Y esto? ¿Lo había visto alguna vez? (El juez le enseña al acusado el pantalón que llevaba el 19 de marzo, confiscado durante el registro que se practicó en su domicilio.)

Acusado: Es mío. Es el pantalón que llevaba el 19 de marzo, cuando fui a ver a Kiku Watanabe. Al día siguiente me di cuenta de que los bajos estaban manchados de sangre y pensé que podría resultar sospechoso, así que lo escondí en el techo de mi habitación, donde la policía lo encontró más adelante y lo confiscó.

Así decía la declaración jurada del acusado, Masao Yanagida, en la primera vista oral del proceso.

Lo primero que pensó Kinzo Otsuka fue que su declaración parecía coherente. Es decir, que Kiku Watanabe había sido asesinada por otra persona y ya estaba muerta cuando Yanagida llegó a su casa a las once de la noche del 19 de marzo. También explicaba cómo se había manchado el pantalón de sangre y ceniza.

Sin embargo, todo parecía demasiado casual. En el informe de la autopsia, el forense fijaba la hora de la muerte a las once de la noche del 19 de marzo, la misma hora en la que Masao Yanagida había llegado a casa de la víctima, según su propia declaración. Era bastante inverosímil que otra persona hubiera llegado unos minutos antes y hubiera matado a Kiku Watanabe. Todo parecía indicar que, dada la naturaleza irrefutable de las pruebas en su contra —sus huellas en la cómoda y los restos de sangre y ceniza en su pantalón—, Masao Yanagida había hecho todo lo posible para que su historia sonara plausible. Otsuka sabía por experiencia que los delincuentes más listos a menudo intentaban eludir la condena de aquella forma.

A continuación, Otsuka leyó la transcripción de la declaración que Masao Yanagida había prestado ante la policía el primer día, cuando lo

habían detenido, y resultó ser idéntica a la versión que había dado ante el tribunal.

No fue hasta más tarde, concretamente durante el sexto día de interrogatorios, cuando el joven finalmente cambió su declaración y confesó el crimen.

En aquella ocasión declaró lo siguiente:

Noveno informe de interrogatorio.

Sospechoso: Masao Yanagida.

Hasta hoy he sostenido que el asesino de Kiku Watanabe era otra persona, pero ahora que parece que la investigación ha finalizado quisiera declarar la verdad. En realidad, fui yo quien la mató.

Tal y como he declarado anteriormente, en septiembre del año pasado perdí un depósito de treinta y ocho mil yenes que mis alumnos habían recaudado para una excursión escolar. Al no tener forma de restituir el dinero, pedí un préstamo de cuarenta mil yenes a Kiku Watanabe que luego no pude devolver, así que ella empezó a presionarme de forma asfixiante para que le devolviera la deuda.

La señora Watanabe era una mujer avara que, además de cobrar un interés mensual del diez por ciento, me increpaba en plena calle y me abordaba en mi propia casa porque no había podido devolverle el dinero dentro del plazo acordado. Me hizo pasar mucha vergüenza, no podía concentrarme en clase y sufría ataques de ansiedad. Cuando pensaba que la señora Watanabe era la responsable de mi estado mental, la sangre me hervía de rabia y tenía ganas de deshacerme de ella.

El 18 de marzo me puse en contacto con ella sobre las seis de la tarde para decirle que al día siguiente, a las once de la noche, le llevaría los intereses acumulados y parte del importe de la deuda. Ella pareció satisfecha. La noche del 19 de marzo, a las once, entré sigilosamente en su casa. Ella me esperaba despierta. Una tetera de hierro humeaba encima del brasero y a su lado había dos tazas, una pequeña tetera de cerámica y una lata de té.



Cuando Kiku Watanabe me vio, dijo: «Así que al final has venido», y se levantó para acercarse al brasero y servirme un té. Yo ya me había fijado en la vara de roble que la anciana tenía en su casa para protegerse, y había pensado que sería una buena arma. En un santiamén cogí la vara, que estaba apoyada contra la pared del recibidor, la sujeté fuertemente con ambas manos y golpeé a Kiku Watanabe en la cabeza. La mujer cayó al suelo momentáneamente, pero enseguida se levantó y se abalanzó sobre mí, así que cogí la vara con la mano derecha y le golpeé la frente y la cara. Ella soltó un grito desgarrador, cayó al suelo de espaldas y ya no volvió a moverse. Entonces rompí la cerradura del pequeño armario inferior de la cómoda, lo abrí, saqué el fajo de pagarés, cogí el mío y salí corriendo por la puerta principal. Tiré la vara de roble en la zanja de un descampado cercano y regresé a mi casa.

Nadie me vio salir de casa de la señora Watanabe, y no me crucé con nadie en todo el camino. Cuando la señora Watanabe cayó al suelo por primera vez, la tetera de hierro que había encima del brasero se volcó con la vibración del impacto y el agua caliente se derramó y levantó una nube de ceniza. Una vez delante de mi piso, cogí una cerilla y prendí fuego al pagaré que me obligaba a devolver los cuarenta mil yenes. Cuando pensé en lo que había llegado a sufrir por culpa de aquel documento sentí un gran alivio, pero ahora me arrepiento de lo que hice y lamento que la señora Watanabe esté muerta.

Firmado y sellado en la comisaría de K ante el inspector Yoshio Adachi.

Décimo informe de interrogatorio.

En cuanto al asesinato de Kiku Watanabe, ayer no conseguía recordar cómo la golpeé, pero hoy lo he recordado y quisiera añadir unos detalles al respecto. Cogí la vara de roble y le di un golpe en la parte trasera de la cabeza. Cuando cayó al suelo boca arriba, recuerdo haberle golpeado el

lateral izquierdo de la frente y la mejilla izquierda. Luego le di otro golpe en el pecho. Ayer declaré que no había tocado la cómoda, pero una vez la señora Watanabe cayó al suelo, inconsciente, forcé el armario inferior, abrí la puerta izquierda, saqué el fajo de pagarés y cogí el mío. A continuación, abrí el segundo y el tercer cajón de la cómoda y revolví su contenido para que pareciera un robo.

Era la última declaración que Masao Yanagida había hecho ante la policía. Sin embargo, más adelante volvió a cambiarla y, una vez ante el tribunal, declaró lo mismo que había dicho ante el fiscal y negó su implicación en el asesinato.

Pregunta: ¿Por qué confesó ante la policía que había sido el autor del asesinato de Kiku Watanabe?

Respuesta: Me encerraron en una sala de interrogatorios. Tenía un inspector delante de mí, dos a ambos lados y otro detrás, y no paraban de decirme: «Tú la mataste, ¿verdad? No te servirá de nada mentir. La investigación ya está cerrada, así que tú mismo. Sabemos que estás preocupado por tu hermana pequeña, pero tranquilo, nosotros cuidaremos de ella». Les daba igual lo que yo dijera, no me escuchaban. Estaba muy cansado y no me encontraba bien, así que decidí guardarme la verdad para explicarla ante el juez y confesar ante la policía un crimen que no había cometido.

A partir de aquel momento, Masao Yanagida fue coherente y solo admitió haber robado el pagaré, pero siguió negando el asesinato.

Kinzo Otsuka empezó a leer las declaraciones de los testigos, entre los cuales figuraban Kiriko, la hermana pequeña de Masao Yanagida; el exdirector del colegio de primaria donde había trabajado, sus compañeros de trabajo, su casero, que vivía justo debajo de ellos; el hijo de Kiku Watanabe y su mujer.

Extracto de la declaración de Ryutaro Watanabe, hijo de la víctima:

Mi madre y yo no teníamos buena relación, y mi mujer tampoco congeniaba mucho con ella. Por eso llevamos cinco años viviendo por nuestra cuenta. No habíamos tenido ninguna pelea ni nada por el estilo, simplemente no me gustaban los negocios de mi madre. Nunca le había preguntado cuánto dinero tenía. Cuando la mataron, la policía me preguntó cuánto dinero podían haberle robado, pero la verdad es que no tengo la menor idea. Ignoro por completo cuánto efectivo tenía en casa.

Extracto de la declaración del exdirector del colegio de primaria:

Yanagida era una persona responsable que desempeñaba su trabajo con entusiasmo. Los niños lo apreciaban mucho. Sabía que, en septiembre, sus alumnos habían recaudado un depósito de treinta y ocho mil yenes para financiar una excursión escolar, pero nunca me dijo que hubiera perdido el dinero. La excursión se llevó a cabo con normalidad, así que no sospeché nada. No lo supe hasta que el asunto salió a la luz a raíz del crimen. Si me lo hubiera dicho en su momento, yo mismo habría podido echarle una mano, pero quiso asumir toda la responsabilidad y pidió un préstamo a un interés desorbitado. Es una auténtica lástima que el desenlace haya sido tan trágico...

Extracto de la declaración de un profesor del colegio de primaria:

Yo sabía que Yanagida estaba sufriendo con la presión asfixiante de la señora Watanabe. La anciana lo esperaba en la calle, lo abordaba de camino al colegio y lo increpaba de malos modos. Yo lo vi tres o cuatro veces. Yanagida llegaba al colegio pálido y abatido.

Extracto de la declaración del casero de Masao Yanagida:

El señor Yanagida llevaba tres años viviendo de alquiler en el piso superior de mi casa. Era un inquilino tranquilo que, una vez regresaba del colegio, no volvía a salir. Los domingos y festivos invitaba a una decena de alumnos y los entretenía junto con su hermana Kiriko. Son

dos hermanos muy unidos y muy queridos en el barrio. La señora Watanabe empezó a reclamarle la deuda en febrero, venía sobre todo de noche. Cuando yo subía para decirle al señor Yanagida que la señora Watanabe lo estaba esperando, él bajaba precipitadamente y la llevaba afuera, donde mantenían largas conversaciones. Ella le exigía a gritos el pago de la deuda y de los intereses acumulados si no quería tener problemas, y el señor Yanagida se disculpaba una y otra vez. Siempre conseguía tranquilizarla y enviarla de vuelta a su casa, pero regresaba cabizbajo y preocupado. A mí me daba mucha lástima y me hacía el despistado, como si no me hubiera dado cuenta de nada. Creo que la señora Watanabe vino unas cuatro o cinco veces.

A continuación, Kinzo Otsuka pasó a la declaración de Kiriko, la hermana pequeña de Masao Yanagida. Le pareció volver a oír la voz de aquella joven pálida de mirada intensa.

Extracto de la declaración de Kiriko Yanagida:

Mi padre murió de una enfermedad hace once años, y mi madre también, hace ocho. Mi hermano cuidó de mí hasta que terminé los estudios. Sin dejar de trabajar, acabó el instituto, se graduó en la Nueva Universidad XX y consiguió un empleo como profesor de primaria. En cuanto a mí, cuando terminé el instituto me formé en la escuela de secretarías y entré en la empresa donde trabajo actualmente. Mi hermano cobra once mil yenes al mes y yo, ocho mil. Entre ambos sueldos tenemos suficiente para mantenernos. Él es un chico responsable a quien no le gusta salir y no tiene novia.

No sabía que mi hermano hubiera perdido un depósito de treinta y ocho mil yenes destinado a una excursión escolar, y también ignoraba por completo que hubiera pedido un préstamo de cuarenta mil yenes a la señora Watanabe para restituir el dinero extraviado. Él sabía que yo tenía algunos ahorros, pero supongo que no fue capaz de pedirme que le prestara el dinero que había ahorrado gracias a mi trabajo. Así es mi hermano. Si me lo hubiera contado todo, esto no estaría pasando. Ojalá no se hubiera guardado el secreto.

Yo sabía que la señora Watanabe venía de vez en cuando. Si yo estaba en casa, mi hermano bajaba corriendo para no hablar delante de mí. Me pareció muy raro y le pregunté si había algún problema. Entonces me explicó que un familiar de la señora Watanabe tenía un hijo que el año que viene iba a hacer el examen de acceso al instituto y ella quería pedirle consejo. Me extrañó que la señora Watanabe no subiera a casa para hablar del asunto, pero imaginé que tendría sus motivos para quedarse en la calle y no le di más vueltas. Debería haber insistido más para que mi hermano me contara la verdad, pero conmigo se comportaba como siempre, incluso se mostraba más animado que de costumbre. Por eso no sospeché que se encontraba en un apuro tan grave.

La noche del 19 de marzo, mi hermano llegó a casa alrededor de las doce. Estaba muy pálido y parecía ausente, como si estuviera muy cansado. Me sorprendió verlo en aquel estado y le pregunté si le pasaba algo. Me dijo que había estado en casa de un amigo que lo había obligado a beber y que no se encontraba bien. Se metió en la cama sin decir nada más. Me llamó la atención que el aliento no le oliera a alcohol, pero no le di más importancia. A la mañana siguiente, preparé el desayuno y fui a despertar a mi hermano, pero me dijo que todavía se encontraba mal y que necesitaba dormir un poco más, así que lo dejé en la cama y me fui a trabajar.

Aquella noche, Masao llegó a casa poco después de mí. Hojeé el periódico de la tarde y le comenté que habían asesinado a la señora Watanabe. Él respondió que ya lo había leído y siguió corrigiendo exámenes sin levantar la cabeza de la mesa. En aquel momento pensé que era simple indiferencia, pero ahora me doy cuenta de que procuraba esquivar mi mirada. Dos días más tarde, cuando la policía vino a detenerlo, me quedé de piedra, como si el mundo entero hubiera dado un vuelco y estuviera patas arriba. No podía creer que mi hermano hubiera matado a aquella mujer. Lo conozco bien, y estoy convencida de que es incapaz de hacer algo parecido. En vista de las circunstancias de aquella noche, entiendo por qué cogió el pagaré, tal y como él mismo ha confesado, pero me niego a creer que matara a la anciana.

Después de tanto tiempo, Kinzo Otsuka volvió a oír la voz de la joven, una voz profundamente atormentada. Incluso su mirada parecía flotar suspendida entre las líneas del documento.

Kinzo Otsuka leía mientras fumaba un cigarrillo y reflexionaba con los dedos en las sienes. Solía hacerlo en el estudio de su casa y a veces también cuando estaba sentado en su despacho.

Revisar toda la documentación relacionada con el caso no le llevaría poco tiempo. Estaba muy atareado y tenía un sinfín de asuntos de qué ocuparse, además de los casos urgentes, que ya tenían fijada la fecha del juicio. A veces pasaba noches en vela preparando las vistas orales.

Como solo podía dedicar sus escasos momentos libres a sumergirse en el grueso archivo que contenía los documentos del caso Yanagida, analizarlos le llevaría bastante tiempo. Además, no podía limitarse a leer los documentos por encima, del tirón. Tenía que releerlos varias veces hasta lograr empaparse del caso, llegando incluso a memorizar los detalles. Y entonces reconstruiría los hechos e intentaría detectar posibles incoherencias que hubieran pasado desapercibidas durante la investigación.

Sin embargo, desde su punto de vista, las conclusiones del fiscal sobre la culpabilidad del acusado no parecían contener errores. Bastaba con tener en cuenta las pruebas físicas. Las huellas de Masao Yanagida estaban en el escenario del crimen, en su pantalón se habían encontrado manchas de sangre de la víctima y restos de ceniza de su brasero, y el acusado había confesado haberse llevado el pagaré extendido a su nombre. Tenía un móvil para matar a Kiku Watanabe y los recursos para hacerlo. Las pruebas físicas y las circunstanciales encajaban sólidamente, formando una pesada caja tridimensional que casi se podía palpar de lo voluminosa que era. El veredicto de culpabilidad en primera instancia no parecía atribuible a la incompetencia del abogado de oficio que defendía al acusado.

Kinzo Otsuka era consciente de ello, y por eso se planteó abandonar la investigación. La decisión solo dependía de él, pues nadie le había encargado el trabajo. Había analizado el caso por encima y se había quedado más tranquilo, de forma que no tenía por qué seguir. Era un caso complicado con

pocas probabilidades de éxito. Si lo hubiera aceptado, quizá no habría conseguido demostrar la inocencia del acusado.

Masao Yanagida aseguraba que Kiku Watanabe ya estaba muerta cuando él llegó a su casa, pero el médico forense había fijado la hora de la muerte a las once de la noche del 19 de marzo, y el mismo acusado había declarado que a aquella hora se encontraba en casa de la víctima. ¿Era posible que alguien más hubiera entrado en la casa, matado a Kiku Watanabe y huido segundos antes de que Yanagida llegara casualmente al escenario del crimen? Si así fuera, habría que demostrar que otra persona había estado allí, pero en el sumario del caso no se mencionaba ninguna prueba que apuntara hacia un segundo sospechoso.

Kinzo Otsuka se planteó olvidar el caso. Intentaba convencerse de que ni siquiera él podría haber salvado al joven Yanagida. Aquello debería haber calmado su conciencia y haberle proporcionado el alivio que buscaba.

Pero no fue así. Seguía sintiéndose inquieto y angustiado. Tenía el presentimiento de que la joven había dicho la verdad, y no conseguía librarse de la culpabilidad que lo atenazaba por haber rechazado el caso al ver que ella no podría pagarle. Además, Michiko Kono había sido virtualmente cómplice de su negativa. «Mi hermano murió en la cárcel condenado por asesinato.» La voz áspera de Kiriko Yanagida pronunciando aquellas palabras en tono amenazador resonaba en su cabeza con la misma intensidad.

Otsuka seguía sumido en sus cavilaciones cuando fue al encuentro de Michiko Kono. Mientras hablaba con ella, su rostro se ensombrecía de repente, como si un nubarrón negro que pasaba por el cielo se hubiera quedado encima de él. Se interrumpía a media frase y su mirada se perdía en un punto lejano. Michiko, que era una mujer intuitiva y perspicaz, no lo pasó por alto.

—Querido —dijo escrutando el rostro de Otsuka con sus grandes pupilas oscuras, que parecían rebosar tinta negra—. ¿Te preocupa algo?

—¿Por qué lo preguntas? —respondió el abogado, esbozando una pequeña sonrisa.

—Porque a veces pareces estar pensando en otras cosas.

—Es normal —dijo él—. Tengo mucho trabajo últimamente. —La mujer, naturalmente, ignoraba por completo el papel indirecto que había

jugado en el caso que tanto preocupaba a Otsuka—. Eres la dueña de un negocio. Tú también tendrás tus preocupaciones, ¿no?

—Sí, claro... —respondió Michiko, con una silenciosa sonrisa que dejó al descubierto su hermosa dentadura blanca. Era una mujer alta y esbelta, y aunque estuviera sentada a su lado en kimono tenía una figura realmente atractiva, como si llevara lujosas prendas de ropa occidental.

Kinzo Otsuka evocó el restaurante que Michiko regentaba en Ginza. Se había hecho famoso por su cocina francesa de calidad, y tanto sus instalaciones como sus precios eran carísimos. Lo había fundado el exmarido de Michiko, pero había ganado gran parte de su prestigio en los últimos cuatro años, durante los cuales ella se había ocupado de la gestión. Tenía talento para los negocios.

Otsuka conoció a Michiko cuando ella acudió a su oficina para iniciar los trámites del divorcio. Cuando el restaurante empezó a dar beneficios, su marido tomó la senda del vicio y el despilfarro, y ella no podía aguantar más.

El hombre se arrepintió y le pidió disculpas, pero Michiko no cedió, en parte porque había oído decir que la amante de su marido estaba embarazada.

Por entonces, el marido había emprendido otra gran aventura empresarial, así que al final accedió a la petición de Michiko y le cedió el restaurante de Ginza a cambio de una compensación económica. En aquel momento, el establecimiento no había obtenido ni de lejos la fama que conseguiría posteriormente. El marido le había ofrecido siete millones de yenes en efectivo, pero Michiko había rechazado el dinero y había insistido en quedarse con el restaurante. Fue entonces cuando contrató a Otsuka, que consiguió resolver el conflicto a favor de su clienta.

A partir de entonces empezó un cortejo que duró dos años, hasta convertirse en la relación que mantenían actualmente.

El negocio de Michiko iba viento en popa, y el restaurante marchaba igual de bien aunque ella no estuviera presente en todo momento. Había contratado al *maître* del restaurante de un hotel de categoría, y sus treinta empleados lo mantenían todo bajo un control impecable. Así pues, nada le impedía a Michiko tomarse un par de días libres para ir a Kawana o a Hakone a jugar al golf, o salir a tomar una copa con Otsuka por la noche. La marcha de su negocio no se veía afectada por su ausencia.



Cuando Otsuka le preguntó: «Tú también tendrás tus preocupaciones, ¿no?», se refería a que incluso en un negocio que funcionaba bien, como el de Michiko, de vez en cuando surgían molestos contratiempos. Pero en realidad era una respuesta defensiva que pretendía ocultar a su amante el desánimo que se había apoderado de él.

Sin embargo, Kinzo Otsuka no tardó mucho en descubrir una incoherencia en el sumario del caso Yanagida. En aquella caja sólidamente ensamblada había una minúscula grieta. El hallazgo se podría atribuir al talento del abogado y a su ojo experto, pero también se debía a su confianza interna. Si Kinzo Otsuka había decidido investigar por su cuenta el crimen de Kyushu no había sido solo por el tono intimidatorio de Kiriko Yanagida. Sin ser del todo consciente de ello, se había creído capaz de encontrar el eslabón débil de la cadena. Sus experiencias como joven abogado habían reforzado su seguridad en sí mismo, y sus brillantes resultados de entonces lo habían propulsado hacia la posición de la que gozaba en la actualidad. Siempre había presentado batalla ante la policía y los tribunales.

La clave que lo ayudó a detectar aquella incoherencia merece una explicación aparte.

Aquel día también estaba con Michiko Kono, en el restaurante del Hotel T. Había ido a visitar a un hombre de negocios que se alojaba en el hotel y que era cliente suyo, y cuando terminó la reunión telefoneó a Michiko para que lo acompañara.

El comedor estaba bastante lleno y, por la ubicación del hotel, había muchos extranjeros. Enfrente de la mesa que ocupaban Otsuka y Michiko había un matrimonio estadounidense con una niña de unos siete años y un niño de apenas cuatro. Desde el punto de vista japonés, llamaba la atención que la mujer estuviera tranquilamente sentada mientras el marido se ocupaba solo de los niños. Kinzo Otsuka no podía evitar echarles un vistazo de vez en cuando, fascinado por la estampa que ofrecían.

El padre estaba pendiente sobre todo de la niña, y le llamaba la atención cada dos por tres. Otsuka supuso que le estaría enseñando a comportarse en la

mesa. Le pareció curioso que estuviera más pendiente de la mayor que del pequeño.

—Mira —dijo Michiko en voz baja—, fíjate en esa niña. —Al parecer, ella también los había estado observando. Otsuka se volvió de nuevo hacia la familia—. Es zurda. Su padre no para de decirle que sujete el cuchillo con la mano derecha, pero ella se lo pasa disimuladamente a la izquierda —explicó Michiko, que parecía divertirse con la escena.

Otsuka observó que, en efecto, la pequeña niña rubia esperaba a que su padre estuviera distraído hablando con su madre y entonces se cambiaba de mano el tenedor y el cuchillo rápidamente. Era evidente que le resultaba mucho más cómodo comer así.

—Por lo que veo —dijo Michiko, bajando la vista hacia su plato—, en Occidente tampoco sienten mucha simpatía por los zurdos.

El abogado asintió vagamente y enrolló los espaguetis con el tenedor.

En realidad, no fue justo entonces cuando tuvo la revelación. Fue mientras volvía a casa solo en coche, después de haber dejado a Michiko en Ginza, delante de un banco, en una esquina poco iluminada.

Estaba contemplando el muro derecho del oscuro foso del Palacio Imperial cuando, de repente, se cruzó con un tranvía que se interpuso en su campo de visión y lo deslumbró con los faros. Entonces fue cuando le vinieron inesperadamente a la memoria unas palabras que había leído en el informe de la autopsia, además de otras frases correspondientes a los informes de los expertos:

... contusión de unos diez centímetros de largo en el parietal derecho que se extiende hasta el periostio; contusión de unos cuatro centímetros de largo en el frontal izquierdo que se extiende en diagonal, de izquierda a derecha y de arriba abajo; contusión de tres centímetros de largo en la mejilla izquierda que se extiende en diagonal hasta el rabillo del ojo, de arriba abajo.

Keiichi Abe terminó de trabajar y consultó el reloj digital de la sala de corrección de pruebas de imprenta, según el cual faltaba poco para las once

de la noche.

—Hoy hemos acabado bastante temprano —comentó alguien. El día antes de dar el visto bueno para imprimir la revista solían encerrarse en aquella sala y no salían hasta las doce de la noche, una vez corregidas las pruebas de imprenta.

Alguien propuso ir a tomar una copa a Ginza, y tres de los empleados más jóvenes se apuntaron. El editor jefe y las chicas ya se habían ido, y el subeditor y otros empleados mayores declinaron la invitación con una sonrisa:

—¡Ojalá tuviera vuestra edad!

Los tres jóvenes empleados se apresuraron a ir al baño para afeitarse. Tenían la cara grasienta y ennegrecida por el polvo. Llevaban tres días trabajando sin apenas dormir.

—¿Encontraremos algo abierto en Ginza? Últimamente todos los locales cierran a las once y media, ¿no? Estaría bueno que nos echaran nada más llegar —dijo Yamakawa.

—No te preocupes. Desde aquí tenemos media hora en coche, así que llegaremos a las once y media. ¡Justo a tiempo! Si nos quedamos hasta las doce y pico, nadie nos dirá nada —respondió Nishimoto—. He descubierto un bar nuevo en un callejón. Como está bastante escondido, cierran la puerta principal y la gente se queda bebiendo hasta tarde sin que la policía venga a molestar.

—¿Desde cuándo está abierto? —preguntó Abe, lavándose las manos.

—Hará cosa de un mes. Lo lleva una mujer de Kyushu, y la mitad de las camareras son de allí.

—Ah, claro, que tú también eres de Kyushu, ¿verdad? —preguntó Abe, mirando a Nishimoto.

—Venga, ya está bien —intervino Yamakawa, secándose la cara con una toalla—. Aunque seas de Kyushu, no te dejaré acaparar la atención de las chicas. Yo nací y crecí en Otaru, Hokkaido. A menos que quieras pagar la mitad de la cuenta, claro.

La sensación de haber terminado el trabajo era especial. Aquella noche suponía la culminación de todo un mes de dedicación. Lo demás ya no tenía importancia. A partir de entonces, serían los lectores quienes juzgarían si la

revista era buena o mala, y su éxito en los quioscos estaba en manos de la fortuna.

Los tres jóvenes subieron al coche de empresa y se dirigieron a Ginza. Siguiendo las indicaciones de Nishimoto, el coche dejó atrás Ginza Oeste y se adentró en la parte opuesta.

—Eh, ¿por qué vamos en esa dirección? —preguntó Yamakawa, ligeramente decepcionado. Aquella zona estaba poco iluminada y no había mucha gente.

—Aún no tenemos suficiente dinero para ir de copas a Ginza Oeste. Pero todo llegará —repuso Nishimoto. —Solo quieres ir a ese sitio porque la dueña y las camareras son de Kyushu —le reprochó Yamakawa—. Nos llevas allí para echarles un cable.

—Soy el mecenas de ese local, lo menos que puedo hacer es llevarles a clientes forrados.

El bar no estaba en la calle principal, sino al fondo de un callejón. En la esquina había una sastrería y, justo debajo de un letrero rojo con el nombre «Kaiso», una flecha.

Nishimoto se adelantó y llamó con los nudillos a la puerta principal de madera.

—¡Hola!

—¡Vaya! —respondió una voz, pero Yamakawa y Abe no supieron a quién pertenecía hasta que entraron en el local, detrás de Nishimoto. Una mujer entrada en carnes, que debía de ser la dueña, y tres camareras salieron a recibirlos desde el interior del oscuro bar. —Adelante —dijo la dueña, saludando a Nishimoto como si fuera un cliente habitual—. Bienvenidos, señores —les dijo entonces cortésmente a Yamakawa y Abe—. Pasen, por favor. Las camareras guiaron a Nishimoto hacia un pequeño reservado vacío situado en un rincón.

—Cuánto tiempo sin verle —le dijo la dueña a Nishimoto con una sonrisa.

—He estado ocupado.

Nishimoto se refrescó la cara con una toallita húmeda, señaló a Abe y Yamakawa y los presentó como compañeros de trabajo. La dueña les dedicó una reverencia formal.

—Nos han dicho que aquí hay mucha gente de Kyushu —le dijo Yamakawa.

—Así es. Yo misma soy de allí. Traje a un par de chicas para abrir este local, y las demás vinieron al oír hablar de nosotros.

En total había unas siete u ocho camareras.

—Nishimoto también es de Kyushu. Si lo echan de la empresa, podría contratarlo como aprendiz de barman —bromeó Yamakawa.

La dueña y las camareras se echaron a reír.

—Por cierto, señor Nishimoto —dijo la dueña entonces, como si se le acabara de ocurrir—. Tenemos a una chica nueva de Kyushu. Nobu, dile que venga.

La joven camarera que estaba sentada al lado de la dueña se levantó enseguida.

—Veo que solo tiene chicas de Kyushu —comentó Nishimoto. Justo entonces, la camarera de antes regresó a la mesa acompañada por una chica esbelta. Como estaba de espaldas a los estantes iluminados de la barra, decorados con botellas de licores extranjeros, su silueta quedaba a contraluz.

—Siéntate aquí, Rie. —La dueña se desplazó y le ofreció un asiento a la joven—. Es ella —le dijo entonces a Nishimoto.

Cuando la chica se sentó, la lámpara roja cilíndrica que colgaba encima de la mesa le iluminó la cara.

Keiichi Abe le dirigió una mirada indiferente y se quedó absolutamente perplejo. Aquella chica era Kiriko Yanagida, la joven a la que había visto hablando por teléfono con el abogado Kinzo Otsuka.

## 5

Keiichi Abe miraba a Kiriko Yanagida sin salir de su asombro.

La joven estaba sentada al lado de la dueña, en una postura tensa. No miraba directamente a los tres clientes sentados enfrente de ella, aunque quizá fuera un efecto de la tenue luz de la estrecha lámpara roja. Parecía no saber dónde mirar por falta de experiencia.

Abe no podía desviar los ojos de su cara: la mirada baja, las pequeñas venas azules que le surcaban la frente, la nariz fina y respingona, los labios firmemente apretados y la tierna curvatura infantil que nacía en sus mejillas y se extendía hasta el mentón. Los recuerdos regresaron a su memoria proyectados por la sobria luz de la lámpara.

—Así que te llamas Rie, ¿no? —preguntó amablemente Nishimoto—. ¿Y también eres de la ciudad de K? —Sí —repuso Kiriko con un susurro. Abe llevaba mucho tiempo sin oír su voz, y ahora le parecía un sueño. —Sean amables con ella —le pidió la dueña a Nishimoto, y luego se inclinó hacia Abe y Yamakawa—. Acaba de empezar y todavía se está adaptando.

—¿Nunca habías hecho esta clase de trabajo? —le preguntó Nishimoto.

—¿Esta clase de trabajo? Dicho así, ¡suenan fatal! —intervino con una carcajada la joven camarera llamada Nobuko. Era una chica alta que trabajaba en el bar desde el principio y siempre llevaba el cuello del kimono abierto por detrás de forma muy elegante—. Fui yo quien la invitó a venir desde Kyushu.

—¡No me digas! —Nishimoto miró a ambas chicas alternativamente—. ¿De qué os conocéis?

—Su hermano salió conmigo hace tiempo —rio Nobuko—. Bueno, en realidad no fue nada serio. Vivíamos en el mismo barrio. Cuando su hermano murió, le dije a Rie que viniera a trabajar aquí.

—¿Y su familia?

—No tiene, así que sean considerados con ella.

—Qué lástima —dijo Nishimoto—. Bueno, con gente como nosotros nunca te faltarán los clientes. Pero antes —añadió, mirando a Kiriko—, has dicho que te llamabas Rie, ¿verdad?

—Sí —asintió tímidamente la joven.

—No dejes que Nobu te lleve por el mal camino.

—¡Oiga, señor Nishimoto! No le hable mal de mí —dijo Nobuko, extendiendo las manos hacia delante en un gesto de súplica.

Nishimoto se reclinó en el respaldo de su silla y se echó a reír.

Les sirvieron los combinados que habían pedido y Nobuko levantó su copa de *gin fizz*. Kiriko tomaba un zumo.

—¡Salud!

Keiichi Abe observó a Kiriko mientras brindaban, pero ella miraba a Nishimoto. No parecía acordarse de él. Abe también fingió que no la conocía, pero su corazón latía acelerado. Confiaba en que ella lo reconociera de un momento a otro, pero en el fondo sabía que era normal que lo hubiera olvidado. Hacía medio año que no se veían, y se habían conocido por casualidad. Él había seguido a la chica del teléfono rojo y la había invitado a una cafetería, donde habían estado hablando no más de diez minutos:

«Así que viene de Kyushu, ¿no? No quisiera parecer impertinente, pero he oído que su hermano estaba en apuros.»

Creía recordar que la conversación había empezado así.

«¿De qué se trata? No lo digo por entrometerme, solo por si le apetece hablar de ello. Me ha parecido oír que se refería a un tal Otsuka. Si se trata de Kinzo Otsuka, es el mejor abogado de Japón. Pero es muy caro. Entonces, ¿ha renunciado definitivamente a convencer a Otsuka?» Pero ella había guardado silencio, negándose una y otra vez a responder a sus preguntas. Como había mantenido la mirada clavada en el suelo casi todo el tiempo, era posible que no se hubiera fijado en la cara de Abe. Al final, se había levantado bruscamente y se había ido sin siquiera mirarlo. Cuando él había salido corriendo de la cafetería, ella ya se alejaba entre la multitud, caminando a paso rápido para que no pudiera seguirla.

Kiriko había venido desde Kyushu solo para unos días y había estado hablando con él durante escasos minutos en una ciudad que no conocía y

cuyas calles parecían todas iguales. A Abe no le sorprendía que no se acordara de él. Aun así, tenía la esperanza de que lo hiciera.

Pero había una cosa que ella no sabía: que Abe había estado buscando información en la prensa sobre el caso de su hermano. No podía ni imaginar que en Tokio, tan lejos de su ciudad natal, hubiera alguien que mostrara tanto interés y estuviera tan bien informado como él. En realidad, Abe conocía el nombre de la muchacha gracias a los periódicos.

De hecho, Keiichi Abe tampoco había imaginado que volvería a ver a Kiriko precisamente en aquel bar. Sabía que la dueña era de la ciudad de K, en Kyushu, y que las camareras también venían de allí, pero le parecía increíble reencontrarse con ella después de haberle enviado varias cartas que no habían obtenido ni una triste postal como respuesta. Le costó un buen rato salir de su asombro y aceptar la realidad.

—Os presentaré a mis colegas —dijo Nishimoto—. Este es Yamakawa y el otro, Abe.

La dueña inclinó la cabeza.

—Nobu, tráeme un par de tarjetas de visita, por favor —le pidió entonces a la camarera.

Keiichi Abe tragó saliva. Aquel día le había dado su tarjeta de visita a Kiriko y más adelante le había enviado cartas firmadas con su nombre completo. Pensaba que la chica reaccionaría al oír su apellido, pero ella siguió mirando fijamente el borde de su vaso de zumo, sin levantar la vista en ningún momento. Debía de pensar que era la dueña la que tenía que ocuparse de entretener a los clientes. Además, Abe era un apellido bastante común.

—Encantada de conocerles —dijo la dueña, alargándoles a Yamakawa y Abe sendas tarjetas de visita que Nobuko había traído de la barra. En las tarjetas se leía: «Bar Kaiso. Noriko Masuda». El nombre de la dueña figuraba en una tipografía más pequeña. La mujer tenía la cara blanca y redonda, las cejas delgadas y la nariz y los labios pequeños.

—Por favor, Rie —le pidió a continuación—, ve a hablar con esos clientes de ahí.

Kiriko se levantó sin rechistar. Los clientes del reservado de enfrente cantaban en voz alta al compás de la música de una guitarra. La dueña sin duda pensaba que Kiriko se sentiría más cómoda entreteniendo a un grupo



animado. —Es encantadora, ¿verdad? ¡Es tan inocente todavía! Nishimoto la siguió con la mirada. Abe también la observó mientras se alejaba. Su silueta de espaldas le recordó el día en que la muchacha había salido de la cafetería, se había escabullido entre el gentío sin mirar atrás y había desaparecido de su vida.

—El hermano de Rie —empezó la dueña, bajando la voz— tuvo un extraño accidente y ahora soy yo quien cuida de ella.

—¿Un extraño accidente? —repitió Nishimoto, alargando el cuello en dirección a la mujer. A Abe le dio un vuelco el corazón, pero la dueña se limitó a sonreír misteriosamente sin añadir nada más—. ¿Vive contigo, entonces?

—No, vive con Nobu —aclaró la dueña, señalando a Nobuko con la mirada.

—Sí, es mi compañera de piso.

—¿Y tú dónde vives, Nobu? —preguntó Keiichi Abe, abriendo la boca por primera vez.

—¡Caramba! Te veo muy interesado en estas señoritas —bromeó Nishimoto—. Si te dejas caer a menudo por aquí, puede que acabes averiguándolo. ¿Verdad, Nobu? La joven se echó a reír.

—De todos modos —intervino Yamakawa, dirigiéndose a Nobu también en tono de broma—, compartir piso con alguien no debe de ser muy práctico cuando tu novio viene a verte.

—¡Pero si yo no tengo novio!

—Mentirosa —le espetó Nishimoto—. El otro día te vi paseando con un joven muy apuesto.

—¡Qué cosas dice, señor Nishimoto!

Nobuko le dio una palmadita en el brazo y todos rieron. El reloj marcaba las doce pasadas y algunas de las camareras empezaban a prepararse discretamente para irse. —¿Nos vamos? —propuso Nishimoto.

Abe echó un vistazo al otro lado del local y vio a Kiriko de espaldas, entre dos mesas. El otro grupo seguía cantando y no parecía dispuesto a irse.

Cuando Abe y compañía se levantaron, la dueña la llamó:

—Rie, ven a despedirte.

Kiriko se levantó y se acercó a ellos. Nishimoto fue el primero en salir, seguido de Yamakawa y Abe. A la dueña y Nobuko se les unieron Kiriko y dos camareras más que los acompañaron hasta la calle.

Kiriko no le había dirigido ni una sola mirada a Abe en toda la noche. Él no se atrevió a interpedarla delante de todo el mundo, así que siguió a sus compañeros hasta el coche muy a pesar suyo.

Medio borrachos subieron al coche, donde mantuvieron una conversación trivial e inconexa. Pero Abe ya había tomado una decisión: al día siguiente intentaría hablar a solas con Kiriko.

A las ocho de la noche del día siguiente, Keiichi Abe sacó la tarjeta del bar Kaiso y marcó el número de teléfono.

Cuando dijo que quería hablar con Rie, su interlocutora pareció sorprendida: «¿Perdón? ¿Ha dicho Rie?», preguntó, extrañada. Al ser nueva, Kiriko no debía de tener aún clientes fijos.

—Rieko al habla —respondió enseguida la voz de Kiriko. A Abe se le aceleró el pulso.

—¿Rie? Soy Abe. Anoche estuve en el bar hasta muy tarde, con dos compañeros.

—Ya —dijo ella con frialdad.

—Nos conocimos en Tokio hace unos meses. ¿Te acuerdas de mí?

Kiriko tardó un poco en responder. Abe temió que la llamada se hubiera cortado, pero al otro lado de la línea se seguía oyendo la música ambiental del bar.

—Sí, me acuerdo —admitió luego sin vacilar, tras una breve pausa.

—¿Cuándo me reconociste?

—Al principio, cuando te vi sentado a la mesa.

Había sido una estupidez pensar que no se acordaba de él. Incluso era probable que lo hubiera reconocido antes que él a ella. Pero había disimulado hasta el final, fiel a su forma de actuar, igual que en primavera lo había dejado plantado y se había ido sin más.

—¿Sabes quién soy? —dijo Abe, balbuceando ligeramente—. Entonces, ¿podemos hablar? Sabrás también que te envié algunas cartas a Kyushu, ¿no?

¿Las leíste? Kiriko volvió a hacer una breve pausa antes de responder con aspereza:

—Sí, las leí.

—Me gustaría verte. Será mejor que no hablemos en el bar. Cerca de allí hay una cafetería, ¿quedamos mañana a las cinco de la tarde?

Le propuso quedar a las cinco porque suponía que las camareras empezaban a trabajar a aquella hora.

—No puedo —declinó Kiriko.

Abe no esperaba que ella accediera a la primera.

—Solo serán diez minutos. Por favor, tenemos que hablar. Me estuve informando sobre el caso de tu hermano. No tiene nada que ver con mi trabajo en la revista, ni tampoco lo hice por afición. Yo también creo que tu hermano era inocente. Me gustaría hacerte más preguntas —insistió Abe con vehemencia.

Ella volvió a quedarse callada, pero en aquella ocasión parecía dudar, como si estuviera reflexionando. De fondo se oía un murmullo incesante de voces y la música de una guitarra.

—De verdad que no puedo —rechazó de nuevo Kiriko, aunque no sonó tan tajante como antes.

—¿No tengo ninguna posibilidad de convencerte? —insistió Abe por última vez.

—No —respondió la muchacha—, lo siento —añadió a modo de despedida, y colgó el teléfono inmediatamente después. Su voz resonaba en los oídos de Abe.

Dada la situación, pensó que no le quedaba más remedio que forzar un encuentro. Era consciente de su propia terquedad, pero ardía en deseos de averiguar más detalles sobre el caso. Aquel día, cuando había oído a la muchacha gritar por teléfono que su hermano era inocente, su instinto le había dicho que tenía razón.

Keiichi Abe era una de esas personas que, una vez han tomado una decisión, necesitan llevarla a la práctica sin perder ni un segundo. Si no, se impacientaba y se ponía muy nervioso.

El día siguiente a la corrección de las pruebas era festivo, y a duras penas consiguió mantenerse ocupado hasta las once y media de la noche. Vio

una película aburrida y entró en un par de bares para matar el tiempo.

El bar Kaiso estaba en una zona de Ginza remota y oscura, llena de edificios mal iluminados.

Abe esperó de pie enfrente del callejón, oculto tras un edificio que parecía un banco. Se fumó dos cigarrillos y tenía el tercero a medias cuando vio las siluetas oscuras de las camareras saliendo del callejón. Aplastó la colilla con la punta del pie y aguzó la vista.

Había cinco chicas, tres de las cuales iban delante charlando animadamente. Las otras dos cerraban la marcha: una era Nobuko y la otra, Kiriko. Abe confiaba en poder reconocer su silueta a pesar de la oscuridad. Salió de entre las sombras. Su plan era fingir que se habían encontrado por casualidad mientras iba de camino a casa. Incluso le vendría bien que Nobuko estuviera con ella. Si invitaba a salir a Nobuko, Kiriko no tendría más remedio que acompañarlo. A fin de cuentas eran compañeras de piso, y Kiriko se había mudado a Tokio aconsejada por Nobuko. Las dos chicas estaban de pie, y Nobuko le decía algo a Kiriko. Abe decidió revelar su presencia.

—¡Hola! —saludó, dirigiéndose intencionadamente a Nobuko—. ¿Te vas a casa?

—¡Qué sorpresa! —exclamó la muchacha al volverse y ver la cara de Abe iluminada por las farolas de la calle. Nobuko recordaba que había estado en el bar con Nishimoto la noche anterior. —Gracias por haber venido anoche —le agradeció cordialmente, con una pequeña reverencia.

Kiriko parecía sorprendida, pero no tuvo más remedio que imitar a Nobuko e inclinar la cabeza. Abe aprovechó la oportunidad.

—¿Ha cerrado ya el bar?

—Sí —confirmó Nobuko.

—¡Demasiado tarde, pues!

—Mañana por la noche tendrá que venir más temprano —dijo Nobuko, sonriente y en un tono de voz ensayado.

—Ya que estamos aquí, ¿te apetece ir a tomar un té? Rie también está invitada, por supuesto.

—Se lo agradezco, pero esta noche no puedo —declinó Nobuko con una sonrisa.

—¿Qué significa eso? ¿Ya me estás dando largas?

—¡No, en absoluto! Precisamente le estaba diciendo a mi compañera que tengo planes. Rie, ¿por qué no vas tú con él? —Nobuko miró a Kiriko, que bajó la mirada—. Es el compañero de trabajo del señor Nishimoto, no se propasará contigo.

—Como garantía no parece muy fiable —rio Abe.

—Lo digo de verdad, Rie. Si fuera un bicho raro, no te dejaría a solas con él. El señor Abe te ha invitado a salir, deberías acompañarlo.

—Veo que Nishimoto es un hombre muy respetado —intervino Abe tímidamente.

Pero pronto entendió por qué Nobuko insistía tanto en que Kiriko se quedara con él. En ese preciso instante, apareció un taxi que se detuvo justo delante de ellos. La puerta se abrió. En el interior del vehículo solo había un pasajero que, en vez de bajar, se asomó a la puerta y le hizo una seña a Nobuko.

—¡Nobuko! —la llamó. Tenía una voz grave pero juvenil.

Ella asintió. Acto seguido, se volvió hacia Abe y Kiriko y se excusó:

—Tengo que irme.

La muchacha se recogió la falda del kimono y subió al coche apresuradamente. El hombre que la esperaba dentro se hizo a un lado para dejarle sitio y ella alargó la mano hacia la puerta, que se cerró con un fuerte golpe. Abe se quedó mirando la cara del joven a través de la ventanilla. Bajo la débil luz interior del taxi, intuyó que tendría unos veintisiete o veintiocho años. El hombre debió de sentirse observado, porque volvió la cara al cabo de un momento.

Nobuko se despidió de ellos agitando la mano. Poco después, el taxi dobló la oscura esquina y las luces de freno rojas desaparecieron.

Tanto Abe como Kiriko se quedaron un rato de pie, desconcertados. No había nadie a su alrededor.

—¿Es el novio de Nobu? —preguntó entonces Abe para romper el hielo.

—Puede ser —respondió ella vagamente—, no lo sé. Abe empezó a caminar. Kiriko dudó unos instantes, pero enseguida lo siguió. Él respiró aliviado.

—Debe de trabajar en alguna empresa. Supongo que es cliente del bar, ¿no?

Mientras andaba, Abe siguió especulando sobre el novio de Nobuko con la intención de tranquilizar a Kiriko. Se había dado cuenta de que el joven llevaba un abrigo de buena confección.

—No, no es un cliente cualquiera. Es hermano de la dueña.

—¿De veras? —exclamó Abe fingiendo sorpresa, aunque en realidad no le interesaba en absoluto.

Llegaron hasta la entrada iluminada de una cafetería. Abe empujó la puerta con el hombro y entró. Tal y como había esperado, Kiriko lo siguió. El corazón le dio un vuelco.

En el sumario del caso Yanagida había varios puntos que levantaron las sospechas del abogado Kinzo Otsuka.

Uno de los informes policiales describía el escenario del crimen con las siguientes palabras:

Junto a la pared oeste de la sala de estar de ocho tatamis hay una cómoda. A la hora de la inspección, el segundo y el tercer cajón estaban medio abiertos y la ropa que contenían estaba revuelta. El lateral izquierdo de los cajones abiertos sobresalía diez centímetros más que el derecho. La puerta izquierda del pequeño armario situado en la parte inferior de la cómoda tenía la cerradura rota y estaba abierta, mientras que la puerta derecha seguía cerrada.

Otsuka se preguntó por qué los cajones abiertos estaban torcidos y el lateral izquierdo sobresalía diez centímetros más que el derecho.

Habitualmente, al tirar de un cajón para abrirlo se ejerce la misma fuerza en ambos laterales. Y, en el caso de que alguien tuviera prisa y lo hubiera abierto precipitadamente, en la mayoría de los casos ejercería más presión en el lado derecho. Lo normal sería hacer más fuerza con la mano derecha, aunque fuera inconscientemente. Sin embargo, según el informe, el lado izquierdo de los cajones sobresalía bastante más que el derecho. ¿Qué

significaba aquello? Que el culpable había abierto los cajones precipitadamente y, sin darse cuenta, había tirado con más fuerza del lateral izquierdo. Así pues, se trataba con toda probabilidad de una persona zurda.

Además, la puerta izquierda del armario inferior de la cómoda tenía la cerradura rota y estaba abierta, mientras que la puerta derecha estaba intacta. El armario estaba situado en el lateral derecho de la cómoda. Todo parecía indicar que el culpable había forzado el armario justo después de abrir los cajones, sin cambiar de posición. Un zurdo habría abierto la puerta de la izquierda, mientras que un diestro habría forzado la de la derecha. Era el razonamiento más lógico y, al mismo tiempo, parecía indicar también que el culpable era zurdo.

Otsuka releyó el informe de la autopsia, que decía así:

En el parietal izquierdo se aprecia una mancha del tamaño de un pulgar correspondiente a una hemorragia subcutánea, sin signos de fractura. En la mejilla izquierda también se observan restos de una hemorragia entre la piel y el músculo.

Y, más adelante, añadía:

En cuanto al método de agresión, la lesión observada en el parietal derecho del cráneo que provocó la fractura hundida es compatible con un fuerte golpe mientras la víctima estaba de espaldas. Las lesiones presentes en la frente y la mejilla izquierda, así como la fractura parcial de la tercera costilla, fueron probablemente provocadas por golpes asestados frontalmente, cuando la víctima se volvió para defenderse de su agresor.

Al golpear fuertemente a alguien con una barra larga, lo normal sería hacerlo en el lado contrario de la víctima y de revés, para poder ejercer la máxima fuerza. Es decir, un golpe asestado con la mano derecha provocaría una herida en el lateral izquierdo de la víctima. En aquel caso, la ubicación del golpe en el parietal derecho también indicaba que el atacante era zurdo.

Además, a juzgar por el esquemático dibujo, el cadáver estaba situado en paralelo a la cómoda, a unos cuarenta centímetros de distancia. La herida facial no era el resultado de un golpe asestado en la mejilla derecha, sino que empezaba justo encima de la ceja izquierda y cruzaba la cara en diagonal hacia la mandíbula derecha. Al ser una herida frontal y no trasera, su forma y posición indicaban que el atacante zurdo había asestado el golpe a su derecha, es decir, a la izquierda de la víctima. La distancia entre el cadáver y la cómoda era muy pequeña. Si la víctima había sido golpeada con una barra o un objeto similar, la cómoda habría interferido en el recorrido del arma, de modo que el agresor se habría visto obligado a atacar desde el lateral contrario a la cómoda. En ese caso, la herida estaría en la mejilla derecha y no en la izquierda. Sin embargo, según el informe de la autopsia, el golpe de la mejilla izquierda se había asestado con bastante fuerza. Además, el golpe dado verticalmente en la frente con el extremo de la barra indicaba que el agresor se encontraba a los pies de la víctima, así que lo más lógico era pensar que se trataba de una persona zurda.

Kinzo Otsuka notó que las mejillas le ardían. En el informe del noveno interrogatorio de Masao Yanagida, el acusado había dejado bien claro que era diestro al decir: «Cogí la vara con la mano derecha y le golpeé la frente y la cara». Sin embargo, el abogado ya estaba convencido de que el culpable tenía que ser zurdo.

Kinzo Otsuka siguió revisando el grueso sumario del caso, hoja tras hoja, adentrándose en la densa maraña de detalles y procurando no pasar por alto ni una sola declaración del fiscal o del acusado.

Lo que había decantado la balanza en contra de Masao Yanagida eran las manchas de sangre de la víctima que habían aparecido en el pantalón que llevaba aquella noche, lo que demostraba que había estado en el escenario del crimen. El informe de uno de los expertos, según el cual la sangre del pantalón coincidía con el grupo sanguíneo de Kiku Watanabe, había convertido aquel hecho en una prueba irrefutable en contra de Yanagida.

Sin embargo, pensó Otsuka, la sangre de la víctima solo se había encontrado en los bajos del pantalón de Masao Yanagida, mientras que el resto de la ropa que llevaba aquella noche estaba limpia. En su exposición final, el fiscal decía: «Aunque el arma homicida fuera una barra de roble, no



hay motivos para pensar que la sangre de la víctima pudiera salpicar al agresor. En realidad, los golpes fueron asestados principalmente en la parte trasera de la cabeza y en la mejilla, de modo que no se derramaron grandes cantidades de sangre, más bien al contrario».

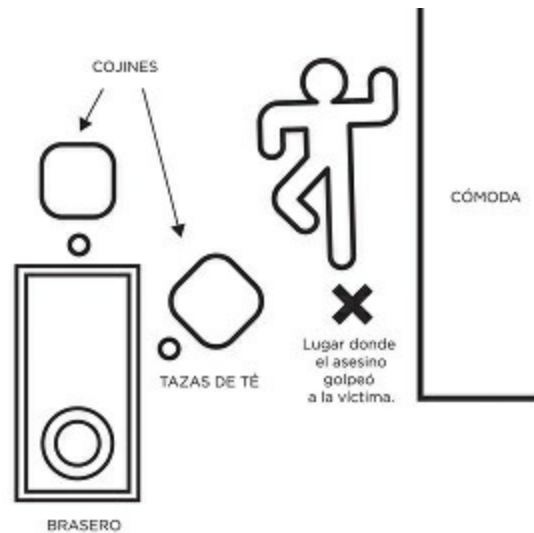
Kinzo Otsuka estaba de acuerdo. Si el arma homicida había sido algo parecido a una vara de roble, no habría seccionado los vasos sanguíneos como un instrumento cortante, y mucho menos las arterias, de modo que no se habría derramado mucha sangre. Sin embargo, había otra forma de enfocararlo. El hecho de que no hubieran encontrado ni una mancha de sangre en la parte superior del pantalón de Masao Yanagida ni en el resto de ropa que llevaba aquella noche podía demostrar que él no había asesinado a Kiku Watanabe.

La cantidad de sangre que se había encontrado en el tatami, procedente de la cabeza y la mejilla de la víctima, era más bien escasa, por lo que probablemente Masao Yanagida se habría manchado sin darse cuenta al entrar en la casa justo después de que el pequeño charco de sangre se formara alrededor del cadáver.

Si el agresor había golpeado a la víctima en la cabeza y en la mejilla, la sangre no tenía por qué alcanzar el tatami inmediatamente después. Tras haber sufrido una herida de esa índole, la sangre puede tardar un rato en derramarse. Así pues, a diferencia de las heridas provocadas por un instrumento cortante, en aquel caso no parecía lógico pensar que la sangre hubiera alcanzado enseguida el pantalón del agresor. Lo mismo ocurría con la ceniza del brasero. Alguien había atacado a Kiku Watanabe, y la vibración producida por el impacto había volcado la tetera en el interior del brasero. Al derramarse, el agua caliente había levantado una nube de ceniza que había caído encima del tatami. Cuando Masao Yanagida había entrado en la sala de estar, había pisado el tatami y la ceniza y la sangre de la víctima le habían manchado los bajos del pantalón. Así pues, según sus propias declaraciones, Yanagida había llegado al escenario del crimen cuando la víctima ya estaba muerta.

Según el escrito de acusación del fiscal, Kiku Watanabe estaba esperando la visita de su agresor y había preparado dos tazas, dos cojines, una pequeña tetera y una lata de té. Además, había puesto agua a hervir en el

brasero. Sin embargo, la anciana llevaba un tiempo profiriendo toda clase de insultos y acusaciones contra el acusado para reclamarle la deuda y Masao Yanagida se había limitado a disculparse repetidamente, pero no había hecho efectivo el pago. Aunque el joven le hubiera prometido que aquella noche liquidaría la deuda, no tenía mucho sentido que la señora Watanabe, que no debía de confiar en él, le hubiera preparado un recibimiento tan hospitalario.



Kiku Watanabe había preparado dos tazas de té y dos cojines, uno para su invitado y otro para ella, como si estuviera esperando a una única persona. Pero las personas de su edad no suelen ocupar un cojín para invitados cuando reciben visitas, sino que utilizan un cojín normal o se sientan directamente encima del tatami. Lo habitual sería suponer que solo sacaba los cojines para invitados cuando esperaba visitas. Eso permitía deducir que no esperaba a una única persona, sino a dos. Ese aspecto también llamaba la atención de Otsuka.

El acusado había declarado lo siguiente:

Cuando llegué a casa de Kiku Watanabe, la puerta principal estaba abierta. A través de la puerta corredera de papel, que estaba cerrada, vi luz en el interior de la vivienda. Pensé que la señora Watanabe me estaba esperando y dije «buenas noches» en voz alta dos o tres veces, pero nadie me respondió. Por su edad, imaginé que se habría quedado

dormida y abrí. La puerta corredera de la izquierda, la que daba a la sala de estar de ocho tatamis, estaba abierta. Al fijarme con más atención, vi a Kiku Watanabe tumbada de espaldas en el suelo, frente a la cómoda, y pensé que dormía de verdad. Pero la llamé y no se despertó. La tetera que había encima del brasero estaba tumbada y supuse que el agua caliente se había derramado, porque el tatami estaba lleno de ceniza.

Y más adelante añadía:

Cuando vi que la señora Watanabe también tenía la cara ensangrentada, me alarmé y pensé en avisar a la policía de inmediato, pero entonces, y al ver que no se movía, llegué a la conclusión de que la habían asesinado. Cuando la policía empezara a investigar encontraría el pagaré a mi nombre, todo el mundo sabría que había pedido un préstamo y quedaría mal ante el colegio, los padres de mis alumnos y todos mis amigos y conocidos. Así pues, me dejé llevar por un impulso y decidí robar el pagaré. Me descalcé y entré en la sala de estar.

Después de citar estos extractos de la declaración del acusado, el fiscal consideraba que la actitud de Yanagida era cuando menos extraña, pues había cogido el pagaré de la cómoda y se había ido sin más sabiendo que Kiku Watanabe estaba muerta.

Sin embargo, Masao Yanagida era un joven serio y responsable, apreciado por sus alumnos y con buena fama en el colegio y en la asociación de padres. Había pedido a Kiku Watanabe un préstamo que no podía devolver y, durante un tiempo, había sufrido el acoso y las imprecaciones de la anciana.

Discreto y responsable como era, aquella presión constante debió de provocarle una gran angustia. ¿No se debería haber tenido en cuenta el estado mental en el que se encontraba? Lo primero que pensó al ver el cadáver de Kiku Watanabe fue que la policía empezaría a investigar y encontraría el pagaré a su nombre. No lo robó para librarse de la deuda, sino para que nadie supiera que había solicitado el préstamo. Teniendo en cuenta la presión que había recibido por parte de Kiku Watanabe, aunque destruyera el pagaré no

podría desmentir que había solicitado el préstamo, pero se sentía avergonzado y asustado ante la posibilidad de que la policía y todo su entorno descubrieran que él, un respetable profesor de primaria, había pedido un préstamo a un interés desorbitado y, por ende, no había devuelto la deuda antes de su vencimiento. Dadas las circunstancias, pues, aunque sin duda se sintió aterrorizado al ver el cadáver, no se podía considerar extraño que hubiera pasado por su lado sin inmutarse y hubiera huido con el pagaré. Al principio Masao Yanagida se había declarado inocente, luego había confesado su culpabilidad y, ante el tribunal, había vuelto a exponer la versión inicial de los hechos. ¿Por qué había asumido la culpa ante la policía? ¿Habría confesado bajo coacción?

Kinzo Otsuka sabía que el abogado de oficio no había valorado aquella posibilidad. En caso contrario, aparecería en el sumario del juicio. Sin embargo, los papeles de la defensa no contenían ni un documento que mencionara aquella opción.

La confesión de Masao Yanagida figuraba en el acta del noveno interrogatorio:

Hasta hoy he sostenido que el asesino de Kiku Watanabe era otra persona, pero ahora que parece que la investigación ha finalizado quisiera declarar la verdad. En realidad, fui yo quien la mató. Cuando Kiku Watanabe me vio, dijo: «Así que al final has venido», y se levantó para acercarse al brasero y servirme un té. Yo ya me había fijado en la vara de roble que la anciana tenía en su casa para protegerse, y había pensado que sería una buena arma. En un santiamén cogí la vara, que estaba apoyada contra la pared del recibidor, la sujeté fuertemente con ambas manos y golpeé a Kiku Watanabe en la cabeza.

Sin embargo, si Yanagida hubiera entrado en la casa con la intención de matar a la anciana, ¿habría utilizado como arma una vara de roble colocada junto a la puerta, aunque ya la hubiera visto allí en otras ocasiones? Lo normal sería que hubiera preparado con antelación el arma homicida. Según

la exposición final del fiscal, se trataba de un crimen premeditado, por lo que no dejaba de resultar sorprendente que el acusado hubiera llegado desarmado y hubiera utilizado como arma un objeto que estaba en casa de la víctima.

El acta del noveno interrogatorio también decía:

La mujer cayó al suelo momentáneamente, pero enseguida se levantó y se abalanzó sobre mí, así que cogí la vara con la mano derecha y le golpeé la frente y la cara. Ella soltó un grito desgarrador, cayó al suelo de espaldas y ya no volvió a moverse.

Aquello era una descripción de la agresión tremendamente imprecisa. El auténtico culpable habría expuesto los hechos con mucho más detalle y exactitud. Masao Yanagida no fue capaz de decir exactamente dónde había golpeado a la víctima, y se limitó a declarar que le había golpeado la cara, probablemente al recordar lo que había leído en la prensa.

La policía debió de llamarle la atención sobre aquella circunstancia, pues en el informe del décimo interrogatorio Yanagida declaraba lo siguiente:

En cuanto al asesinato de Kiku Watanabe, ayer no conseguía recordar cómo la golpeé, pero hoy lo he recordado y quisiera añadir unos detalles al respecto. Cogí la vara de roble y le di un golpe en la parte trasera de la cabeza. Cuando cayó al suelo boca arriba, recuerdo haberle golpeado el lateral izquierdo de la frente y la mejilla izquierda. Luego le di otro golpe en el pecho.

¿Por qué Yanagida no había hecho una descripción más precisa en su primera confesión? No era descabellado pensar que seguía las indicaciones de alguien. Otsuka sacó una nueva conclusión.

En el informe de su primera confesión, el acusado declaraba:

La mujer cayó al suelo momentáneamente, pero enseguida se levantó y se abalanzó sobre mí, así que cogí la vara con la mano derecha y le golpeé la frente y la cara.

No decía nada del golpe en el pecho.

Los periódicos habían publicado que el cadáver de la víctima presentaba lesiones en la cabeza y en la cara, pero no hablaban del golpe en el pecho. Si Yanagida había sacado aquella información de la prensa, era normal que hubiera pasado por alto aquel detalle.

El asesino había golpeado el pecho de la víctima por encima de la ropa, de modo que la lesión había sido relativamente leve y solo le había roto la tercera costilla. No se apreciaba a simple vista. En una ocasión anterior, Otsuka había oído a un médico forense decir que, en personas de edad avanzada, los huesos se fracturan fácilmente aplicando una fuerza moderada. Ni siquiera la acusación supo lo de la costilla rota hasta que leyó el informe de la autopsia. Había que conseguir que el acusado declarase en su «confesión» que había golpeado el pecho de la víctima. Por eso, en el informe del siguiente interrogatorio, Yanagida declaraba por primera vez: «Luego le di otro golpe en el pecho».

Además, la acusación consideraba que Masao Yanagida había abierto los cajones de la cómoda y había revuelto su contenido para fingir que se trataba de un robo con violencia. Pero aquella conclusión se sustentaba en la hipótesis de que el culpable solo se había llevado el pagaré. La acusación misma admitía que Yanagida no había robado nada más.

Sin embargo, nadie sabía con exactitud si habían desaparecido otras pertenencias de Kiku Watanabe. La anciana vivía sola desde que su hijo y su nuera se habían mudado.

Según la declaración de Ryutaro, el hijo de la señora Watanabe, ni él ni su mujer se llevaban muy bien con Kiku y se habían mudado cinco años atrás:

Nunca le había preguntado cuánto dinero tenía. Cuando la mataron, la policía me preguntó cuánto dinero podían haberle robado, pero la verdad es que no tengo la menor idea. Ignoro por completo cuánto efectivo tenía en casa.

Al desconocer el importe exacto, era imposible determinar si faltaba algo. Ni siquiera el hijo sabía cuánto dinero guardaba su madre en casa, así

que ignoraba por completo cuál era la cantidad robada. Los cajones medio abiertos parecían indicar que el culpable había sacado dinero de allí y había escapado. Aquello podría haber demostrado la inocencia de Masao Yanagida. El auténtico asesino había huido del escenario del crimen momentos antes de su llegada.

Después de leer detenidamente el voluminoso sumario del caso, Kinzo Otsuka solo había llegado a la conclusión de que todas las pruebas apuntaban a la inocencia de Masao Yanagida.

La honestidad del acusado había sido corroborada por varios de los testigos. Además, solo había pedido el préstamo para restituir discretamente el depósito de treinta y ocho mil yenes que había perdido. En su declaración, el exdirector del colegio aseguraba lo siguiente:

Si me lo hubiera dicho en su momento, yo mismo habría podido echarle una mano.

Pero en lugar de pedir ayuda había decidido asumir la responsabilidad de la pérdida él solo. Por eso el final había sido tan trágico. Aquella decisión permitía hacerse una idea sobre la personalidad de Masao Yanagida.

Kinzo Otsuka estaba hundido.

Ahora tenía la certeza de que, si hubiera aceptado el caso, habría podido demostrar la inocencia de Yanagida. Recordó el día en que la hermana de Masao Yanagida, aquella joven de mirada penetrante, había ido a verlo a su oficina. Cuando él le había dicho: «En Kyushu también hay buenos profesionales, no debería haberse tomado la molestia de venir hasta Tokio», ella había replicado: «Creo que nadie puede salvar a mi hermano salvo usted». Y tenía razón. Lo que inquietaba a Otsuka no era el hecho de que el abogado de oficio que les habían asignado en Kyushu fuera un incompetente, más bien lo atormentaba saber que él lo habría logrado.

«¿Está rechazando mi caso porque no puedo pagarle?», había preguntado ella a modo de confirmación. Había sido una pregunta muy directa para una muchacha tan joven que, sin duda, tenía un carácter fuerte. Otsuka se había sentido ligeramente ofendido y había decidido responderle con la misma franqueza: «En parte, sí».

Había dicho más de lo que era necesario, y ahora se arrepentía. Era evidente que la chica le reprochaba que hubiera rechazado su caso por motivos económicos.

«No sé si a mi hermano lo condenarán a pena de muerte», había dicho antes de irse. Y ese había sido el veredicto en primera instancia. Era el primer dardo envenenado que aquella muchacha llamada Kiriko Yanagida había arrojado a Otsuka. El segundo le había llegado a través de la postal: «Mi hermano murió con deshonra, como un ladrón y un asesino».

Kinzo Otsuka ató el fajo de documentos con un grueso cordel. Al día siguiente le pediría a Okumura que devolviera el sumario del caso al abogado de Kyushu. Cerró la libreta, apoyó la mejilla en la mano y se sumergió en sus pensamientos con el ceño fruncido.

—Pareces desanimado —le dijo Michiko al verle la cara—. Me dijiste que querías verme, ¿no? ¿A qué viene esa cara? ¡Anímate un poco, hombre!

—Lo siento —se disculpó Otsuka con una amarga sonrisa—. No he venido para estar triste, tienes razón. La mesa de brasero estaba cubierta por una manta con un llamativo estampado. Encima había varias jarritas de sake, pero Otsuka no estaba borracho.

Se encontraban en la pensión que solían frecuentar. Tenían buena relación con la dueña y conocían a las sirvientas. Aquel establecimiento había sido el escenario de sus citas desde el principio de su relación amorosa. Ambos llevaban kimonos acolchados de invierno. Tanto el exterior como el interior del alojamiento estaban en silencio. El aire frío de fuera parecía colarse a través de la puerta corredera de papel. Las sirvientas solo venían cuando las llamaban.

Desde una habitación cercana les llegaba la música de un *shamisen* y la voz de una mujer que cantaba. También se oían risas de vez en cuando.

—Parece que se divierten —comentó Michiko, alargando la mano hacia una de las jarritas de sake—. Anda, ¡alegra esa cara!

—Lo intentaré —respondió Otsuka, cogiendo una copita—. ¿Quieres que cantemos algo nosotros también? —No le pidas peras al olmo —bromeó ella, con una hermosa sonrisa que le sonrojó las mejillas.



—Yo te escucho.

—¡Eso no es justo!

Ella le clavó la mirada. Tenía unos ojos preciosos, y era consciente de los efectos que producían.

A pesar de sus reticencias, Michiko se puso a cantar con una voz fina y penetrante al mismo tiempo. Mientras la escuchaba, la cabeza se le desconectó de los oídos y sus pensamientos regresaron al caso Yanagida.

De repente, se dio cuenta de que la canción había terminado y aplaudió brevemente.

—Ni siquiera me escuchabas —lamentó Michiko.

—¡Claro que te escuchaba! Lo que pasa es que ha sido tan bonito que me he quedado anonadado. Cuando una buena canción se acaba, queda feo aplaudir enseguida. —Tú sabrás —dijo ella, sirviéndose un vasito de sake. — No te enfades, anda.

—¿Y qué quieres que haga? Estás aquí conmigo pero tienes la cabeza en otra parte —se quejó ella, en un tono infantil inapropiado para la dueña de un restaurante francés de categoría.

—No es verdad.

—Sí lo es. Se te nota —insistió ella—. La última vez que nos vimos estabas igual, con cara de hastío.

—Te equivocas. Lo paso muy bien contigo.

—Gracias, pero sé que mientes. Te preocupa el mismo caso que la última vez, ¿verdad?

Michiko lo miró fijamente.

—No. De hecho, ni siquiera lo llevo yo —admitió el abogado, casi sin querer.

—Pues si no lo llevas tú, ¿por qué te preocupa tanto? Qué raro eres.

En realidad, nunca antes se había obsesionado tanto con un caso en el que no estaba implicado. Ni siquiera era un caso que hubiera dejado a medias; se había negado a investigar desde el principio alegando motivos legítimos. Hasta entonces había tenido experiencias parecidas, pero ninguna lo había dejado tan apesadumbrado.

Pero el abogado sabía cuál era el motivo de su abatimiento: Masao Yanagida había muerto en la cárcel. Si estuviera vivo, Otsuka podría ir a

verlo y echarle una mano. Viajar a Kyushu o a cualquier otro lugar e investigar. Pero la muerte del acusado cortaba de raíz cualquier posibilidad de enmendar su error. Ya no había vuelta atrás, y se sentía como si una sombra negra y fría le envolviera el corazón.

Otsuka meneó la cabeza.

—Hace tiempo que no juego al golf. Creo que iré.

—Claro, ¿por qué no? —convino Michiko—. Pasas demasiadas horas encerrado en el despacho, a solas con tus pensamientos.

—¿Quieres venir conmigo? —le propuso él, tomándole la mano y atrayéndola hacia sí.

—De acuerdo —accedió ella, con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Cómo van las cosas por el restaurante?

—Ahora mismo hay bastante jaleo, pero te acompañaré siempre que haga falta.

El abogado le acarició la mejilla con el dedo.

Otsuka llegó a la oficina. Antes del mediodía recibió la visita de un joven que quería pedirle su opinión de experto sobre un caso. Según su tarjeta de visita, se llamaba Keiichi Abe y trabajaba en la revista *Ronso*.

## 6

Okumura, el administrativo, le dejó encima de la mesa la tarjeta de visita de Keiichi Abe.

—¿Qué es esto? —preguntó Kinzo Otsuka, levantando la vista.

—Ha venido un joven que quiere conocer tu opinión sobre un caso. Le he dicho que podía comentarlo conmigo, pero prefiere hablar directamente contigo.

El abogado volvió a echar un vistazo a la tarjeta de visita.

—¿Es algún asunto relacionado con la revista? ¿O se trata de algo personal?

—Ha dicho que era personal. Pero con los periodistas, nunca se sabe. Quizá solo sea un pretexto para sacarte información.

Aquella mañana, Otsuka estaba de buen humor. Los días en los que estaba desanimado no le importaba rechazar a alguien alegando simplemente que estaba ocupado. Pero acababa de llegar a la oficina y no le apetecía zambullirse enseguida en el papeleo legal que lo esperaba encima de la mesa, así que no le pareció mala idea reunirse con aquel joven desconocido para ganar un poco de tiempo antes de empezar la jornada. —Dile que pase —le indicó a Okumura.

El administrativo salió e, inmediatamente después, entró un joven alto.

A primera vista, a Otsuka le pareció un chico agradable. Solía reunirse con una docena de personas al día, y las primeras impresiones, fueran buenas o malas, le parecían determinantes. Si la primera impresión era mala, se mostraba más bien huraño con su interlocutor. El joven que tenía delante, sin embargo, parecía contradecir el estereotipo de periodista arrogante y sin escrúpulos, pues iba bien vestido y tenía una expresión alegre.

—¿Señor Otsuka? —lo saludó, inclinándose con una sonrisa—. Como ya le he dicho a su administrativo, me llamo Abe y trabajo en la revista *Ronso*.

—Siéntese, por favor. —El abogado le señaló la silla que tenía delante y volvió a echar una rápida ojeada a la tarjeta de visita del joven—. Me han dicho que quiere conocer mi opinión sobre un caso —añadió, levantando la mirada.

—Así es. Me interesa mucho su punto de vista.

Otsuka encendió un cigarrillo y empezó a fumar lentamente. El humo violáceo del tabaco se confundía con la clara luz de la mañana.

—El señor Okumura me ha dicho que el caso no tiene nada que ver con su revista.

Otsuka observó el rostro de Abe, que rebosaba pasión y vitalidad. Incluso los ojos le brillaban de entusiasmo. —No, no está relacionado con la revista —corroboró. —Entonces supongo que será algo personal.

—En realidad, tampoco me afecta directamente a mí. —Abe vaciló unos instantes y añadió—: Está relacionado con una persona que conozco.

—Ya veo. —Kinzo Otsuka hizo girar la silla y se colocó ligeramente de perfil—. Usted dirá —prosiguió, una vez hubo encontrado la posición más cómoda para escuchar.

—Verá —empezó Abe, hojeando la libreta que acababa de sacar del bolsillo—, el caso gira en torno al asesinato de una anciana.

A Kinzo Otsuka le dio un vuelco el corazón. Cambió de postura sin darse cuenta y la silla rechinó. Se llevó el cigarrillo a los labios sin pensar. Entornó los ojos y expulsó una bocanada de humo para disimular la sorpresa ante su interlocutor.

—Le explicaré los hechos cronológicamente. La anciana en cuestión era una mujer de sesenta y cinco años que había ahorrado algo de dinero y se dedicaba a prestarlo a un interés elevado. El caso salió a la luz el 20 de marzo. La nuera de la víctima, que había decidido casualmente visitar a su suegra, encontró el cadáver a las ocho de la mañana. La policía calculó que llevaba muerta unas ocho o nueve horas, de modo que el crimen había tenido lugar sobre las once o las doce de la noche del día anterior. A juzgar por el estado del cuerpo, la anciana había ofrecido resistencia. Una tetera de hierro se había volcado encima del brasero y el agua caliente se había derramado, levantando una nube de ceniza que se esparció por el suelo del escenario del crimen. La víctima fue golpeada repetidamente en la cabeza y en la cara con

la vara de roble que guardaba en su propia casa para atrancar la puerta, y las múltiples heridas que sufrió le provocaron la muerte.

El mismo Otsuka se dio cuenta de que había empalidecido. Cuando Abe había empezado a hablar todavía albergaba alguna duda, pero ahora era evidente que se trataba del asesinato de Kyushu.

Kinzo Otsuka no creía en las casualidades, pero en aquella ocasión no pudo evitar sentir un extraño vínculo con el joven que tenía sentado enfrente. Sin darse cuenta siquiera de que la columna de ceniza que colgaba de la punta de su cigarrillo era cada vez más larga, se dispuso a escuchar el relato de Abe no solo con los oídos, sino con todo el corazón.

—La anciana, pues, se dedicaba al negocio de los préstamos y era muy agresiva a la hora de reclamar las deudas que no le pagaban a tiempo, así que se había ganado un buen puñado de enemigos. La policía descubrió que faltaba un pagaré en el armario donde los guardaba todos y que, además, algunos de los cajones de la cómoda estaban abiertos y su contenido, revuelto. Como la mujer llevaba mucho tiempo viviendo sola, nadie sabe con exactitud cuánto dinero le robaron, pero se supone que fue una cantidad importante. —Los ojos del joven se movían mientras leía las anotaciones de su libreta—. Pero fue el pagaré robado lo que puso a la policía sobre la pista del principal sospechoso, un joven maestro de primaria que había pedido a la anciana un préstamo de cuarenta mil yenes. Por desgracia, el salario del joven era más bien modesto y no consiguió devolver la deuda dentro del plazo acordado, así que la anciana empezó a exigirle que liquidara el préstamo y lo puso en un buen aprieto. Además, el chico no tenía coartada para aquella noche y aparecieron algunas pruebas concluyentes en su contra, como las manchas de sangre en su pantalón, que correspondían con el grupo sanguíneo de la víctima, y restos de ceniza del brasero.

Abe hizo una breve pausa y levantó la vista hacia el abogado.

—La policía sometió al joven maestro a un duro interrogatorio. Al principio, él se empeñaba en negarlo todo. Reconoció que había pedido un préstamo de cuarenta mil yenes a la anciana, que no había podido saldar la deuda a tiempo y que aquella noche se presentó en su casa y robó el pagaré, pero insistió en que él no la había matado. Según sus propias declaraciones, la noche del crimen llegó a casa de la víctima sobre las once para disculparse

por no haber podido devolverle el dinero dentro del plazo acordado y la encontró muerta.

Mientras escuchaba al joven periodista, Kinzo Otsuka repasaba todo lo que había averiguado sobre el caso. En realidad, su propia investigación era mucho más detallada y exhaustiva, pero, resumido por otra persona, el caso le pareció más real de lo que le había parecido al leer el sumario.

El periodista siguió hablando:

—Según el maestro, llevaba mucho tiempo sufriendo por esa deuda de cuarenta mil yenes y, aunque le hubiera prometido a la anciana que aquella noche se la devolvería, en realidad iba a explicarle que no había podido reunir el dinero. Sin embargo, cuando vio que estaba muerta se le ocurrió que, si destruía el pagaré, pondría fin a todo su sufrimiento. Sin pensar en las consecuencias de sus actos, abrió el armario de la cómoda donde la anciana guardaba los pagarés, cogió el suyo y se fue.

Keiichi Abe miró fijamente a Otsuka, atento a sus reacciones. Sin embargo, el abogado seguía fumando de perfil, así que Abe volvió a bajar la vista hacia la libreta. —Naturalmente, la policía no creyó su confesión parcial. Así pues, lo sometieron a más interrogatorios hasta que acabó confesando el asesinato de la anciana, es decir, confirmó las sospechas de la policía y admitió que aquella noche había entrado a escondidas en casa de la víctima, la había matado a golpes con la vara de roble que ella utilizaba para atrancar la puerta, había robado el pagaré y había abierto y revuelto los cajones de la cómoda para fingir que había sido un robo con violencia. Sin embargo, delante del fiscal se retractó y mantuvo la versión que había dado inicialmente, es decir, confesó que había huido con el pagaré pero se declaró inocente del asesinato. A pesar de todo, teniendo en cuenta las pruebas en su contra, como los restos de sangre y ceniza que encontraron en su pantalón, parecía evidente que el autor del crimen había sido él. En primera instancia lo declararon culpable y lo condenaron a muerte.

Abe volvió a mirar a Kinzo Otsuka, que seguía en silencio con la vista fija en la pared formada por estantes. Las letras doradas impresas en los lomos de los libros de jurisprudencia relucían a la luz del sol.

—Estos son los puntos fundamentales del caso —concluyó Abe—. El maestro defendió su inocencia hasta la saciedad y, unos meses después de

haber presentado un recurso de apelación, murió en la cárcel por una enfermedad. Solo hay una persona que creyó en su inocencia hasta el final: su hermana pequeña.

Otsuka movió los ojos por primera vez, pero siguió con el cigarrillo entre los labios, expulsando bocanadas de humo que se disipaban en la claridad del despacho.

—No sé si este resumen le basta para formarse una opinión al respecto, pero yo también creo en la inocencia del chico. Si necesita consultar más documentos, supongo que podría solicitar que se los enviaran desde el tribunal local. ¿Puedo saber cuáles son sus conclusiones?

Keiichi Abe miró fijamente a Otsuka, que permaneció inmóvil, sin decir palabra.

Un teléfono sonó en la sala contigua, y se oían las voces del administrativo y los pasantes intercambiando opiniones sobre otros casos. Otsuka parecía escuchar lo que decían, pues no movía ni una pestaña. Keiichi Abe también estaba pendiente del ajeteo que reinaba en el bufete, pero no le quitaba la vista de encima al abogado. —¿Puedo saber qué opina sobre el tema?

Otsuka miró al joven periodista y habló por primera vez.

—Haré lo que pueda —dijo sin alterarse.

—Se lo agradezco —respondió Abe, inclinando la cabeza—. Lo que pasa es que le he dado los datos más generales y no sé si le bastarán para hacerse una idea. Si estuviera interesado, podría conseguirle la documentación necesaria para que investigara el caso más a fondo. Otsuka no respondió inmediatamente. Volvió a girarse de perfil y clavó la mirada en otro punto del despacho.

Justo entonces, el zumbido de un avión entró por la ventana y se fue alejando poco a poco. Como si estuviera esperando esa señal, Otsuka respondió:

—Lamento que se haya tomado tantas molestias, pero con esa información resultará complicado sacar conclusiones. En primer lugar, el acusado está muerto, y en estas condiciones es difícil revisar cualquier caso.

—Aun así —empezó Abe, meneando la cabeza—, la cuestión no es si está muerto o no. Se lo pido por su familia, por los que siguen creyendo en su

inocencia.

Fingiendo indiferencia, Otsuka apagó el cigarrillo en el cenicero. Con los codos en la mesa, apoyó el mentón en las manos entrelazadas.

—No creo que pueda hacer lo que me pide —dijo sin tapujos.

—Pero hasta ahora ha defendido a muchos acusados que al final han resultado ser inocentes, ¿no es así?

—Verá —empezó Otsuka, con una amarga sonrisa—, el hecho de que ganara algún que otro caso parecido en el pasado no significa que todos los acusados sean inocentes. Por lo que usted me ha dicho, puede que empiece a investigar y descubra que la versión del acusado era falsa y que tanto la policía como el fiscal tenían motivos justificados para imputarlo.

—Si ese fuera el caso, lo aceptaría. Solo le pido que investigue para saber la verdad.

—Pero el acusado tendría un abogado, ¿no? —preguntó Otsuka.

—Sí —respondió Abe—, pero era un abogado de oficio de la ciudad. Sin ánimo de faltar al respeto, hay una diferencia abismal entre un abogado de oficio y alguien como usted. Si usted se hubiera encargado del caso, quizá habría conseguido demostrar la inocencia del acusado. Yo también creo que decía la verdad.

El abogado miró por enésima vez la tarjeta de visita que reposaba encima de la mesa. A continuación, la levantó por los bordes y la depositó cuidadosamente en un lateral del escritorio.

—De todas formas —dijo entonces, con manifiesta contrariedad—, el caso no me interesa. Además, ahora mismo estoy muy ocupado y no tengo tiempo para investigar y formarme una opinión. No es nada personal, espero que lo entienda.

—Quizá no me haya explicado bien —dijo Abe sin perder la calma—. Comprendo que le resulte difícil hacerse cargo de la situación con una explicación tan sencilla como la que le he dado. Por eso creo que cambiaría de opinión si analizara el sumario del caso con más detenimiento. ¿Puedo pedirle que recapacite una vez haya consultado la documentación?

—No es necesario —rechazó tranquilamente el abogado, en un tono de voz grave y moderado—. Ya le he dicho que no investigaré el caso y le ruego que no insista más, por favor. Estoy muy atareado.



—Señor Otsuka —continuó Abe, dirigiéndole por primera vez una penetrante mirada—, ¿nunca había oído hablar de este caso?

—¿Qué insinúa? —replicó Otsuka, devolviéndole la mirada al periodista mientras enrojecía.

—La hermana del acusado asegura que vino a verlo expresamente desde Kyushu. Supongo que le resumió los detalles del caso.

—¡Pues no! —gritó Otsuka—. Recuerdo que vino a verme, es cierto, pero ya le he dicho que soy un hombre muy ocupado. Rechacé el caso sin conocer los detalles. —Según esta señorita —insistió Abe, mirando fijamente al abogado—, rechazó el caso porque ella no podía pagarle sus servicios.

A Otsuka le relampaguearon los ojos al oír aquellas palabras, y le dirigió al periodista una mirada fulminante.

—Me gustaría saber —dijo entonces— cuál es su relación con la hermana del acusado.

—No tenemos ninguna relación —respondió Abe—, se podría decir que somos simples conocidos. Le dolió que usted rechazara el caso por una cuestión puramente económica. Está convencida de que, si hubiera escuchado su historia cuando ella vino a exponérsela, su hermano no habría muerto en la cárcel condenado por robo y asesinato.

—Me está acusando injustamente —le advirtió Otsuka, con una leve sonrisa—. Soy libre de decidir qué casos acepto y cuáles no. No sé qué opinión tendrán de mí usted y la hermana del acusado, pero no se trata de una simple cuestión de dinero, sino principalmente de tiempo. Cuando ella vino a verme, no tenía ni un momento para escuchar el resumen del caso. Lamento que viniera expresamente desde tan lejos, pero apareció de improviso y no tuve más remedio que decirle que no. —Entendido. —Keiichi Abe volvió a guardar la libreta en el bolsillo—. Siento haberle molestado si está tan ocupado. La verdad es que había venido a pedirle su opinión sobre el caso, pero después de escuchar sus argumentos comprendo que no pueda dármele.

Otsuka levantó la vista mientras decía:

—¿Fue la hermana del acusado quien le pidió que viniera?

—No, he venido por iniciativa propia. Me compadecí de la muchacha y quería echarle una mano. Cuando conocí su historia, quise saber más detalles. Es una lástima que usted no sienta lo mismo, pero no tiraré la toalla. Puede

que vuelva a molestarle y, llegado el momento, espero poder contar con su colaboración.

—Gracias por su visita.

El abogado inclinó levemente la cabeza sin levantarse de la silla.

Keiichi Abe salió del despacho. Kinzo Otsuka se levantó y miró por la ventana. Abajo, en la calle, el viento mecía los árboles desnudos. La calle era como un profundo valle al fondo del cual apenas llegaba la luz del sol. Los transeúntes caminaban por las sombrías aceras encogidos de hombros. A través de la ventana, Otsuka vio la silueta de Keiichi Abe saliendo del edificio. El joven se metió las manos en los bolsillos del abrigo y echó a andar. El viento le revolvía el pelo largo y descuidado. Entonces, levantó una mano y llamó a un taxi. Antes de subir al coche se volvió una vez hacia el despacho, pero estaba demasiado lejos para darse cuenta de que Otsuka lo espiaba desde la ventana. El taxi donde viajaba Abe salió del marco de la ventana y desapareció de su campo de visión.

Okumura, el administrativo, entró en el despacho. Otsuka volvió a la mesa y departió con su empleado, pero su mente estaba ocupada con las palabras del periodista.

Después de haber investigado el asesinato de la anciana, Otsuka se había dado cuenta de que las circunstancias del crimen jugaban claramente a favor del acusado. Si hurgaba un poco más, quizá acabaría encontrando más pruebas que demostraran la inocencia de Masao Yanagida. Su intuición y su larga experiencia le decían que Yanagida había sido falsamente acusado y condenado. Pero no era libre para anunciarle sus conclusiones al periodista.

Tras escuchar la historia había estado a punto de decirle que Masao Yanagida era inocente, pero se había reprimido. Al fin y al cabo, él mismo se había negado a defenderlo cuando su hermana se lo había suplicado. Además, se encontraba en una situación comprometida por culpa de la cuestión económica. Sea como fuere, Otsuka se había quedado con mal sabor de boca y no conseguía aplacar sus remordimientos.

Okumura seguía explicándole la planificación de la jornada. A pesar de que siempre lo escuchaba con atención, aquella mañana su voz le parecía el molesto zumbido de un tábano.

Esa noche, Keiichi Abe le envió una carta al señor R, abogado de la ciudad de K, en Kyushu. Conocía el nombre del abogado de oficio por la prensa. En la carta le pedía que, si no tenía inconveniente, le prestara durante una semana el sumario del caso Yanagida, de cuya defensa se había encargado. El caso se había cerrado tras la muerte del acusado, y el periodista esperaba que el abogado accediera a su petición sin poner reparos. Abe esperó respuesta sin dejar de lado su trabajo en la revista. Cinco días más tarde, recibió una simple postal que decía:

Gracias por su carta. Ignoro con qué propósito desea consultar los documentos que me solicita, teniendo en cuenta que el caso está cerrado por la muerte del acusado, pero por el contenido de su carta deduzco que quiere tener acceso al sumario con fines periodísticos. En ese caso no puedo tramitarle la documentación solicitada, pero sí puedo decirle que un abogado de Tokio llamado Kinzo Otsuka me hizo la misma petición hace un mes y le presté los archivos. Si desea más información sobre el caso, puede ponerse en contacto con él.

Abe dio un respingo al leer el nombre de Otsuka. Hasta entonces le había dado la impresión de que no sentía el menor interés por el caso, pero el abogado de oficio aseguraba que él también le había solicitado el sumario y, por tanto, lo había leído. Cuando se había reunido con él en su despacho, Otsuka se había mostrado impasible y se había limitado a fumar con cara de absoluta indiferencia.

¿Por qué se había empeñado en guardar silencio sobre el tema? ¿Por qué había fingido que el caso no le interesaba y que nunca había oído hablar de él? Cuando había recibido la visita de Kiriko Yanagida, Otsuka no sabía nada sobre el caso, naturalmente. Pero más adelante se había puesto en contacto con el abogado de la ciudad de K y le había pedido que le enviara el sumario. Aquello demostraba que algo había despertado repentinamente su interés. No era simple curiosidad; había encontrado un motivo para investigar.

Así pues, Kinzo Otsuka había solicitado el sumario del caso y lo había leído. Siendo quien era, habría analizado la documentación detenidamente. ¿Por qué no se lo había dicho a Abe?

El periodista tenía grabado en la mente el rostro impasible del abogado, con la vista fija en la pared. Se había mostrado frío y distante en todo momento, y se había cerrado en banda desde el principio, haciendo caso omiso a la insistencia de Abe.

A pesar de todo, Kinzo Otsuka estaba al corriente del caso. ¿Por qué había fingido indiferencia y había escondido todo lo que sabía? Abe pensó que tal vez su actitud le había resultado molesta. Al fin y al cabo, se había presentado sin previo aviso en el despacho de un abogado de categoría para pedirle su opinión sobre un caso, y podía ser que sus modales le hubieran parecido groseros. Aun así, no se explicaba por qué se había mostrado tan hermético cuando, en realidad, el caso le interesaba hasta el punto de solicitar que le enviaran el sumario desde Kyushu. Keiichi Abe se planteó volver al despacho de Otsuka, enseñarle la postal que había recibido del abogado de oficio de Kyushu y pedirle explicaciones, pero al final pensó que no serviría de nada, pues Otsuka ya le había negado su colaboración la primera vez y volvería a hacer lo mismo.

Aunque tenía mucho trabajo en la revista, Abe no podía parar de preguntarse qué le pasaría por la cabeza a Otsuka. ¿Por qué no le había dicho que había tenido acceso al sumario del caso? ¿Por qué había fingido ignorarlo todo?

Al final, el periodista llegó a una conclusión que lo impulsó a llamar a Kiriko Yanagida al bar Kaiso. Quedaron sobre las dos del mediodía en la cafetería habitual. Cuando Abe llegó, ella ya lo estaba esperando y lo saludó con sus ojos de mirada clara. En sus labios de piel fina flotaba una sonrisa, pero no parecía tan contenta como él esperaba. Tenía casi la misma expresión que el día en que la conoció. Quizá había cambiado un poco desde que trabajaba en el bar, pero aún había algo en su interior que protegía con todo su empeño y se negaba a liberar.

—¿Cansada? —preguntó Abe, sentándose enfrente de ella.

—No, no mucho —respondió Kiriko, bajando sus ojos azulados.

—Trabajas hasta tarde todas las noches, ¿no?

—Sí, solemos acabar sobre las doce.

—Debes de estar agotada, sobre todo al ser un trabajo nuevo. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —respondió ella, encogiendo sus hombros delgados.

—El otro día fui a ver a Kinzo Otsuka. —La muchacha levantó la vista súbitamente hacia él—. Como tú me advertiste, me dijo que no sabía nada sobre el caso. Fui a pedirle su opinión y me escuchó mientras le resumía los hechos, pero sin mostrar ningún interés. Al final, me respondió que no necesitaba más detalles porque no tenía la menor intención de investigar.

Kiriko seguía mirando fijamente a Abe. Era atractiva, pero su mirada era fría y sus ojos tenían un matiz azulado que le daba un aire infantil.

—Pero yo creo que era una excusa. No solo está interesado en el caso, sino que me consta que lo ha investigado a fondo.

Kiriko rompió su silencio con un hilo de voz.

—¿En serio? ¿A qué te refieres?

—Me puse en contacto con el abogado de oficio de la ciudad de K, un tal señor R, para pedirle que me dejara consultar el sumario del caso con la excusa de que quería encargarle la investigación a un abogado de Tokio. Me respondió y me dijo que no podía enviármelo, pero que había recibido la misma petición por parte de un tal Otsuka y le había prestado los archivos.

Kiriko tragó saliva sin apartar la vista de Abe. Su mirada se intensificó.

—Yo también me quedé de piedra. Cuando me reuní con él, fingió que no estaba al corriente de los hechos y no vi nada en su actitud que me hiciera sospechar lo contrario. Nunca habría imaginado que se hubiera implicado tanto.

—¿Y por qué le dio por investigar el caso de repente? —preguntó Kiriko, con voz ahogada.

—Supongo que estaba preocupado por lo que le dijiste. Se sentiría culpable de haber rechazado el caso por una cuestión económica.

—En ese caso —dijo Kiriko, con los ojos muy abiertos—, ¿por qué no te dijo que había consultado el sumario cuando fuiste a verlo?

—Eso me preguntaba yo también —respondió Abe—. He estado reflexionando mucho y he llegado a la conclusión de que no quiso decirme nada porque había averiguado la verdad.

Kiriko contuvo la respiración y guardó silencio, pero su mirada oscilaba inquieta.

—Lo que quiero decir es que creo que Otsuka ha encontrado pruebas que demuestran la inocencia de tu hermano. Siendo como es, estoy convencido de que ha investigado a fondo y ha descubierto algo. Su perspicacia supera la de cualquier otro abogado que pudiera leer el mismo sumario. Por eso no me extrañaría que hubiera encontrado pruebas que exculparan a tu hermano entre los documentos que le envió el abogado de oficio. De lo contrario, no se habría mostrado tan hermético conmigo. Si solo hubiera encontrado pruebas que confirmaran el veredicto de culpabilidad emitido por los tribunales, me lo habría dicho cuando me reuní con él. Pero guardó silencio, y eso solo puede significar que ha encontrado algo en el sumario que desmiente las conclusiones del jurado.

Kiriko no necesitaba las explicaciones de Abe para comprender el motivo por el cual Otsuka no le había dicho que había descubierto la verdad. Agachó la cabeza en actitud reflexiva y se quedó inmóvil, como una estatua de piedra, con los ojos muy abiertos y la mirada clavada en la taza de café.

Abe miró a Kiriko. Era la misma mujer que en primavera lo había dejado plantado en una cafetería, pero su actitud de ahora era más desafiante. Se sintió algo intimidado.

Kinzo Otsuka salió de la bañera con la piel caliente humeando vapor.

Como tenía calor, se puso una simple bata ligera, se acercó a la ventana y se quedó de pie junto a ella. El paisaje montañoso de Hakone palidecía y empezaba a confundirse con el cielo nocturno. El hotel estaba situado en un terreno elevado desde donde se veían las lucecitas de las pensiones repartidas por el valle, que aparecían y desaparecían entre la niebla que surgía del pie de las montañas de enfrente y envolvía los troncos de los cedros en un manto blanco.

La niebla se fue espesando poco a poco. Mientras contemplaba su avance, Otsuka se preguntó si sería verdad lo que decían, es decir, que la niebla hacía ruido cuando era muy densa. En la carretera se veían los faros de los coches que subían y bajaban.

Se oyó un chapoteo procedente del baño. Michiko debía de haber salido de la bañera. Otsuka seguía contemplando el paisaje cuando oyó que la puerta

se abría.

—Te vas a resfriar —le dijo Michiko desde detrás. Al volverse, Otsuka vio que llevaba un kimono acolchado y tenía la cara sonrojada por el baño caliente. Le puso encima de los hombros un kimono que llevaba en la mano—. ¿Qué miras?

—La niebla —repuso él brevemente—. Dicen que hace ruido. ¿Tú la has oído alguna vez?

—No —admitió ella, mientras se sentaba frente a la luna de tres espejos e inspeccionaba su propio rostro—. No lo sé. ¿Crees que es verdad?

Otsuka se quedó callado. Encendió un cigarrillo y se sentó en la silla de rejilla. Al sentarse se dio cuenta de lo cansado que estaba después del partido de golf. Suspiró sin querer.

—¿Estás cansado? —le preguntó Michiko mientras se maquillaba.

—Pues sí —respondió él—, hoy estoy agotado. —Alargó la mano para tirar la ceniza en el cenicero.

—¿De veras? —dijo ella en voz baja—. ¡No puede ser! Te he visto muy animado todo el día.

—Será que me estoy haciendo mayor —rio Otsuka—. No puede ser que esté tan cansado.

—¿No te sientes más descansado después del baño? —Cuando te haces mayor, necesitas toda la noche para recuperarte. Tú todavía no lo entiendes.

Otsuka miró a Michiko, que seguía maquillándose de perfil. La piel de la nuca le brillaba ligeramente.

—Deja de hablar como un viejo —protestó ella riendo, mientras acercaba la cara al espejo para pintarse los labios—. Hoy lo he hecho fatal —añadió, y se volvió hacia él con el rostro impecablemente maquillado, bromeando sobre sus habilidades con el palo de golf.

—No es verdad, has mejorado mucho —le aseguró Otsuka, sonriendo—. Pronto superarás mi hándicap.

—Lo dudo —respondió ella, mirándolo fijamente—. Hoy has estado excepcional. Creo que el viento me ha perjudicado. La pelota nunca llegaba al lugar que yo quería.

—Si tuvieras mi experiencia, sabrías calcular la velocidad y la dirección del viento. —Otsuka soltó una carcajada y Michiko se le acercó para sentarse

en la silla de enfrente, pero se detuvo de repente al ver los pies desnudos del abogado—. Llevas las uñas muy largas —observó, y dio media vuelta hacia su maleta. Incluso el kimono del hotel realzaba su figura delgada y esbelta. La mujer se agachó ante los pies de Otsuka, protegió el suelo con un papel y empezó a cortarles las uñas—. El baño las ha ablandado —susurró.

Durante un rato, solo se oyó el sonido del cortaúñas. A Michiko le relucía el pelo, todavía húmedo. Los mechones de detrás de las orejas estaban aplastados por la humedad.

Otsuka siguió mirando por la ventana. A medida que oscurecía, las lucecitas de las pensiones del fondo del valle brillaban con más intensidad.

—¿Vamos a cenar? Me muero de hambre —propuso. —De acuerdo.

Michiko le cogió el otro pie y siguió con la operación de cortarles las uñas. Los recortes iban cayendo encima del papel blanco.

—El problema es que, si vamos a bajar al restaurante, tendremos que arreglarnos un poco.

Michiko levantó la cabeza.

—Podemos llamar al servicio de habitaciones.

—Da igual, prefiero cenar abajo —decidió Otsuka—. En esta clase de hoteles es más agradable cenar en el restaurante.

—Qué raro estás —comentó Michiko, pues Otsuka nunca daba importancia a aquellos pormenores.

Otsuka se levantó y Michiko lo ayudó a vestirse. Luego se cambió ella.

El comedor era espléndido, como solo puede ser en los hoteles de categoría. Fuera ya había oscurecido. Una potente iluminación inundaba el salón. Era la hora de cenar, y el comedor estaba lleno. Al final, un camarero los acompañó hasta una mesa libre. La mayoría de los comensales que había a su alrededor eran extranjeros. Michiko echó un vistazo a la carta y pidió la cena. Otsuka no tenía ganas de pensar, así que escogió lo mismo que ella.

El vapor de la calefacción flotaba en el comedor. Los extranjeros que ocupaban la mesa de al lado reían animadamente.

Michiko miró a Otsuka.

—¿A qué hora tienes que estar en Tokio mañana?

Él levantó la vista y reflexionó brevemente.

—Al mediodía.



—Perfecto —dijo ella—. Así podremos volver sin prisa.

La cara de Michiko lucía tan radiante bajo la espléndida iluminación del comedor que atraía las miradas discretas de los extranjeros que cenaban a su lado. Incluso llamaba la atención cuando paseaba entre la multitud que se agolpaba en Ginza. Además, aquella noche estaba exultante porque habían conseguido alojarse en un hotel de fuera de Tokio por primera vez en mucho tiempo, y hablaba más que nunca. Sus hermosos labios se movían sin parar mientras charlaba con Otsuka.

Fue entonces cuando ocurrió. El camarero se acercó a Michiko, se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Ella se quedó boquiabierta. La mano que sujetaba el tenedor se detuvo en el aire. Bajó la mirada, inmóvil. Pero enseguida reaccionó y asintió para que el camarero se retirase.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Otsuka, mirándola directamente.

—Ha venido alguien del restaurante —respondió ella con voz indiferente.

—¿De tu restaurante? —exclamó él—. ¿De Tokio? —Eso parece. Qué falta de respeto presentarse aquí de improviso —se quejó ella, arrugando la frente.

—Habrá pasado algo grave. Será mejor que vayas, ¿no?

—Sí.

Michiko apartó la silla y se levantó. La salida estaba detrás de Otsuka. Él pensó que habría ido hacia el vestíbulo. Siguió comiendo durante un rato, pero entonces se volvió de repente y vio a Michiko hablando con un hombre joven junto a la entrada ornamentada del comedor. El chico, que tendría veinticuatro o veinticinco años, era alto y hablaba en voz baja y con una expresión extremadamente grave. A Michiko no le veía la cara, pero por la posición de su cuerpo parecía tensa e incómoda.

De repente, el joven se volvió hacia él. Cuando sus miradas se encontraron, le dirigió una educada reverencia. Michiko también se volvió, muy seria.

Intercambiaron unas palabras más y, al final, el joven se acercó con paso firme a la mesa de Otsuka y volvió a inclinarse ante él.

—Hola —dijo.

Otsuka apartó la servilleta de su regazo y se levantó. Entonces llegó Michiko y le presentó al joven.

—Te presento a Sugiura, el *maître* de mi restaurante. —Ah —dijo Otsuka, dedicándole una sonrisa—. Qué amable por tu parte haber venido hasta aquí.

—Gracias.

El camarero volvió a inclinar la cabeza. Tenía los ojos grandes y las facciones bien definidas, y llevaba un traje de confección elegante, a la moda de la gente joven.

—Tengo prisa, debo irme —dijo entonces con voz clara, y le dirigió una nueva reverencia a Otsuka.

—Espera —lo detuvo el abogado—. Ya que has venido, ¿por qué no te quedas un rato con nosotros?

—No, será mejor que no —intervino Michiko—. Tiene que volver.

Otsuka se quedó pensativo mientras ella acompañaba al joven hasta la puerta.

Michiko volvió al cabo de un rato y cogió de nuevo el tenedor, más tranquila. Empezó a cenar con la cabeza gacha, pero cuando él la miró, los hombros se le hundieron.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Otsuka, sacando un cigarrillo—. ¿Alguna emergencia?

—No, no era nada —respondió ella con serenidad.

—¿Cómo que no era nada? El chico ha venido expresamente desde Tokio. ¿Hay algún problema en el restaurante?

—No era importante —insistió Michiko, que seguía cenando sin levantar la vista—. Me lo podría haber dicho por teléfono, no era necesario que viniera. Ya se lo he reprochado.

—Pobre chico —dijo Otsuka—, no deberías haberlo mandado de vuelta sin más. Al menos podrías haberle ofrecido un café.

—No quiero que se acostumbre —sentenció ella sin vacilar—. Le he dicho que no debería haber venido expresamente. A veces parece que los

empleados jóvenes de hoy en día no tengan nada en la cabeza —añadió, revelando su faceta de empresaria.

—Pero si se ha tomado la molestia de venir —objetó Otsuka— será por algo importante. ¿Quieres que volvamos a Tokio a primera hora?

—No es necesario. —Sin querer, Michiko rozó el fondo del plato con el cuchillo e hizo un ruido desagradable—. De verdad que no es nada grave, le he dicho que ya lo resolvería el encargado.

Otsuka decidió no insistir más. No tenía por qué meterse en los asuntos de su negocio. Sin embargo, el estado de ánimo de Michiko cambió de forma notoria. Dejó de hablar animadamente y se quedó pensativa y taciturna. Incluso su cara parecía más apagada. El abogado se dio cuenta y llegó a la conclusión de que había pasado algo grave en el restaurante que ella no quería contarle para no agobiarlo con sus problemas. Habían preparado aquella escapada a Hakone con mucha ilusión y ella no quería estropearla. Otsuka se lo agradecía, pero no podía evitar preocuparse.

—Sé que hay algo que te preocupa —le dijo cuando volvieron a la habitación.

—No, estoy bien.

Ella se puso a mirar por la ventana sin cambiarse siquiera. A pesar de la oscuridad del exterior, la niebla blanca se veía aún más densa que antes y danzaba en torno a la luz de las farolas como una humareda fantasmagórica.

—Pues te veo muy pensativa —insistió Otsuka, acercándose a la silla de Michiko—. Te ha cambiado la cara. —Por favor, no hablemos más del asunto —atajó ella—. Ya te he dicho que no me pasa nada. Y tú tampoco debes preocuparte por problemas de mi restaurante que ni siquiera sabes cuáles son.

—Afortunadamente para mí —bromeó Otsuka, obligándose a reír—. Tiene que ser duro llevar el restaurante sola. Aunque tengas un encargado, siempre hay cosas que tienes que hacer tú misma. Las preocupaciones no se acaban nunca cuando tienes un negocio.

—Por eso hemos venido, para olvidarnos de las preocupaciones.

Michiko se volvió hacia él por primera vez. Su mirada brillaba con una intensidad que nunca antes había visto en ella.

Eran cerca de las once y media de la noche. Los últimos clientes del bar Kaiso se disponían a irse. Un nuevo cliente empujó la puerta y entró. Nobuko se volvió para decirle que el bar estaba cerrado, pero se detuvo al ver quién era y dejó escapar una exclamación de sorpresa. El joven alto que acababa de entrar se acercó a la barra con paso firme. Nobuko lo siguió.

—Qué tarde vienes hoy, Ken.

Nobuko hizo ademán de ayudarle a quitarse el abrigo, pero el joven la rechazó sacudiendo los hombros y se sentó en un taburete con los codos apoyados en la barra.

Las luces del local le iluminaron la cara. Era el chico que había ido a ver a Michiko Kono en el hotel F de Hakone, un joven de unos veinticinco años, de grandes ojos y facciones bien definidas.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó el barman.

—Un whisky con soda —pidió el joven en voz alta—. ¿Está mi hermana? —preguntó entonces, recorriendo el establecimiento con la mirada.

—Acaba de irse con un cliente.

El joven resopló. Nobuko se le acercó y se sentó a su lado.

—Has estado bebiendo —le reprochó, mirándolo fijamente.

—Solo un poco —respondió él, esquivando su mirada. —¿Qué ha pasado? Has salido antes del restaurante, ¿no?

—¿El restaurante? —dijo él, mirando al frente—. He salido al mediodía.

—Anda, ¿te has escaqueado? ¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Por ahí. —El joven cogió la copa que acababa de servirle el barman—. ¿Quieres tomar algo? —le ofreció entonces a Nobuko, volviéndose ligeramente hacia ella. —Sí, por favor —aceptó ella, contenta—. Un *gin fizz*. —Voy. —El barman le guiñó el ojo y le sonrió.

El joven se llamaba Kenji Sugiura. Era el hermano pequeño de la dueña del bar Kaiso y el *maître* del restaurante de Ginza que regentaba Michiko Kono.

Kenji Sugiura empezó a beber con expresión malhumorada. De repente, se mordió el labio y se metió la mano en el bolsillo.

—¿Qué buscas? ¿Un cigarrillo?

Él no le respondió. Sacó una libreta y empezó a hojearla frenéticamente. Mientras tanto, una camarera pasó por su lado.

—Eh, tú —la llamó Kenji, levantando una mano sin mirarla—. Necesito que hagas una llamada. —Acto seguido, le dictó el número que tenía anotado en la libreta.

La camarera era Kiriko Yanagida.

Kiriko conocía al joven. Era el mismo que aquella noche había ido a recoger a Nobuko en taxi, pero antes ya lo había visto dos o tres veces en el bar. Le habían dicho que era el hermano de la dueña y que tenía una especie de relación sentimental con Nobuko.

Kiriko marcó el número que Kenji Sugiura le había dado, un dígito tras otro.

De repente se dio cuenta de que ya conocía el número. Lo había marcado ella misma unos meses atrás, en primavera. La muchacha se quedó mirando su propio dedo, atónita, al identificar aquel número como el del bufete del abogado Kinzo Otsuka. Recordaba la secuencia de dígitos.

Oyó la señal de llamada mientras sonaba el teléfono del despacho adonde había llamado la pasada primavera.

—¡Eh! —le gritó Kenji Sugiura de repente—. No hagas la llamada, ¡cuelga!

Ella se volvió y vio al joven sujetándose la cabeza entre las manos, angustiado. Colgó el auricular y se quedó mirando a Kenji Sugiura con absoluta perplejidad.

A Kiriko le sorprendió el grito de Kenji Sugiura para que colgara el teléfono, pero aún la dejó más perpleja ver al joven con los codos sobre la barra y los dedos hundidos en el pelo, rascándose la cabeza frenéticamente. Su actitud parecía la de un borracho violento.

Kiriko había empezado a interesarse por él al darse cuenta de que el número que le había pedido que marcara era el del despacho del abogado Otsuka.

Mientras lo estuvo observando, el joven no despegó los labios y mantuvo la mirada fija al frente, en el vaso que reposaba encima de la barra.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Nobuko, que estaba a su lado. Él no le respondió, y se limitó a apurar el vaso de un trago. Ella no parecía saber que Kenji había intentado llamar al bufete del abogado Otsuka, más bien debía de pensar que había querido contactar con un amigo y había cambiado bruscamente de opinión—. Esta noche te veo muy alterado, Ken —añadió, con ánimo de apaciguarlo—. ¿Quieres que bailemos? Rie, pon un poco de música.

—Déjalo —dijo el joven cuando Kiriko hizo ademán de poner un disco—. No tengo ganas de bailar —continuó, con voz atormentada.

Nobuko no sabía cómo tranquilizarlo.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó, con actitud ligeramente coqueta. Él le dio un pequeño empujón que le hizo perder el equilibrio y estuvo a punto de tirarla del taburete.

—Quiero estar solo, necesito pensar. No te quedes aquí dándome la lata.

—¡Qué bruto eres! —exclamó ella, riendo en lugar de enfadarse, en un nuevo intento de apaciguarlo—. Hoy estás muy raro.

El barman también sonrió al mirar a Kenji Sugiura, cabizbajo e inclinado encima de la barra. No era un cliente cualquiera, sino el hermano de la dueña. Independientemente de la relación que tuviera con Nobuko, todos los empleados del bar lo trataban como tal.

—Camarero —dijo Kenji, levantando la cabeza—. Ponme un *bourbon*.

—Le hará daño —saltó Nobuko inmediatamente—, no se lo sirvas. Ya ha bebido suficiente.

—¿Cómo? ¡Tú no te metas! —Kenji le lanzó una mirada fulminante. Su pelo, que normalmente llevaba bien peinado y arreglado, estaba revuelto y enmarañado—. Esta noche quiero beber, déjame hacer lo que me dé la gana.

Kenji tenía tendencia a empalidecer cuando bebía, y aquella noche su tez lucía un color blanquecino mientras le aguantaba la mirada a Nobuko. Ella contuvo la respiración y enmudeció.

—Bueno, pero solo un poco —intervino el barman. Cogió una botella de whisky americano del estante y se lo sirvió. El líquido dorado llenó el fondo del vaso.

—Llévalo más —exigió Kenji.

—Te hará daño, Ken —le advirtió el barman.

—Me da igual, llénalo más —repitió el joven.

Al ver la expresión alterada de Kenji, el barman, que no quería problemas, le obedeció y le sirvió más whisky. Bajo la inquieta mirada de Nobuko, Kenji se bebió el whisky de un trago, como si estuviera diluido con agua. —¡No tan deprisa! —exclamó Nobuko, abalanzándose hacia él y sujetándole la mano—. Quítale el vaso —le pidió al barman.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces?

Kenji Sugiura apartó a Nobuko de un empujón y apuró el whisky que aún le quedaba en el vaso. De no haber sido porque justo entonces llegaban nuevos clientes, el joven quizá se habría puesto aún más violento. Pero la puerta se abrió y entró un grupo de tres o cuatro hombres con aspecto de oficinistas. Kenji se tranquilizó y apoyó la cabeza encima de la barra.

—Hola, Nobu —dijo uno de los hombres que acababan de entrar. Era un cliente habitual, así que la muchacha no pudo fingir que no lo había visto y lo saludó con una sonrisa.

—Vaya, ¡bienvenido! —Entonces miró a Kiriko, que seguía plantada junto al teléfono, señaló a Kenji con la mirada y le pidió—: Rie, hazle compañía, por favor. —A continuación, fue a atender a los nuevos clientes. Era la primera oportunidad que tenía Kiriko de estar cerca de Kenji Sugiura.

Mientras observaba al joven postrado en la barra con el pelo enmarañado, Kiriko se preguntó qué relación tendría con Otsuka. ¿Habría sido el abogado la causa de su mal humor y exaltación? ¿O su actitud se debía a algo que no tenía nada que ver? Kiriko se sentó en el taburete que Nobuko había ocupado hasta entonces. Tras haberse bebido el whisky de un trago, Kenji Sugiura seguía cabizbajo, con el pelo colgando encima de la barra y los dedos en torno al vaso vacío. El barman estaba ocupado preparando las copas de otros clientes. Al cabo de un rato, el joven levantó la cabeza.

—Creo que ha bebido demasiado —le dijo Kiriko.

Al oír una voz que no era la de Nobuko, Kenji se volvió sorprendido hacia ella.

—¿Quién eres tú? —farfulló en voz baja, pálido y con la mirada turbia.

—Disculpe. Nobu está atendiendo a unos clientes que acaban de llegar. Volverá enseguida.

—Me da igual dónde esté Nobu. —Kenji escrutó el rostro de Kiriko.

—Eso ha estado muy feo.

—¿Tú también vas a regañarme como ella? —protestó el joven.

—Es que esas respuestas no son propias de usted.

—¿Sabes quién soy?

Kenji soltó el vaso, se cruzó de brazos y se volvió hacia Kiriko sin apartarse el pelo que le caía encima de los ojos.

—Sí, lo he visto un par de veces desde que trabajo aquí. Pero es la primera vez que hablamos.

—Ya veo —asintió Kenji—. De hecho, ya sabía que trabajabas aquí. ¿Cuánto hace que empezaste? ¿Dos meses ya?

—Tiene buena memoria. Dos meses justos.

Kenji Sugiura sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo llevó a los labios. Kiriko le dio fuego con una cerilla. Quería acercarse más a aquel joven. Necesitaba saber más de él.

El cigarrillo se encendió y Kenji Sugiura exhaló una bocanada de humo blanco.



—Veo que está de mal humor —dijo Kiriko, riendo. Kenji le respondió con un bufido. Ella observó su rostro de perfil. Era atractivo, tenía las facciones pronunciadas y la piel joven.

—¿Cómo te llamabas? —le preguntó él de repente. Sus pupilas también rebosaban juventud.

—Rieko —respondió ella.

—Es verdad, ya me lo habían dicho.

—Y usted es el hermano de la dueña, ¿verdad, señor Sugiura? —preguntó Kiriko.

—Sí, el mismo —masculló Kenji.

Kiriko echó un vistazo a las mesas y vio a Nobuko brindando con tres clientes. La joven observó a Kenji de reojo y se dio cuenta de que su estado de ánimo había mejorado. Le lanzó una mirada a Kiriko con la que parecía indicarle que volvería enseguida.

Pero ella quería seguir hablando con el joven. Necesitaba seguir hablando con él.

—¿Por qué no trabaja en el bar, señor Sugiura?

Le había llamado la atención que trabajara en otro lugar a pesar de que era el hermano de la dueña.

—¿Que por qué? —Kenji sentía curiosidad por aquella chica nueva e inexperta, por eso no la trataba como a Nobuko—. Porque cada uno hace lo que le conviene —respondió, como si hablara con una niña pequeña.

—Pero este es el bar de su hermana. ¿No sería más práctico que trabajaran juntos?

—¿Práctico? —repitió Kenji, sonriendo ligeramente—. Puede que sí. En algunos momentos sería práctico trabajar con mi hermana, pero en otros momentos, no. Yo creo que es mejor así.

Kiriko no entendió su razonamiento. Pero estaba borracho, y era normal que dijera cosas sin mucho sentido.

—¿Y dónde trabaja?

Quien le respondió fue el barman, que ya había terminado su trabajo y estaba ocioso.

—En el Minase, un restaurante de Ginza que sirve platos franceses de categoría. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía —respondió Kiriko, negando con la cabeza.

—Es un sitio muy famoso —prosiguió el barman—. Es caro, pero tiene muy buena reputación. La clientela es muy sofisticada y la dueña es conocida por su gran belleza. De vez en cuando salen fotos tuyas en las revistas.

Mientras el barman hablaba, Kenji siguió apoyado en la barra, cabizbajo, pero su espalda se agitó un par de veces como si tuviera escalofríos.

—Cállate ya —escupió entonces, interrumpiendo al barman—. No tienes por qué decirle dónde trabajo. ¡Ni que fuera el dueño del restaurante!

—Pues seguro que sería un buen jefe —dijo Kiriko. —Gracias —le agradeció él, con una sonrisa ligeramente torcida—. ¿Brindamos por el futuro dueño de algún restaurante?

—No es buena idea —declinó Kiriko—. Yo no tomo alcohol, y usted ya ha bebido demasiado. Es una pena que no podamos brindar por sus éxitos, pero le deseo suerte de todas formas.

—¡Barman! —gritó Kenji—. Sírvele algo suave a esta chica.

—Enseguida.

El barman se inclinó hacia delante y le preguntó a Kiriko qué quería tomar. Sabía que no bebía alcohol, así que le preparó un *cacao fizz*, lo más suave que se le ocurrió.

De vez en cuando, Nobuko los observaba de reojo desde su mesa, más tranquila al ver que Kenji se había serenado. Aun así, parecía dispuesta a regresar en cuanto tuviera la menor oportunidad. Kiriko tenía que aprovechar el momento. Cogió el cóctel que acababan de servirle, lo levantó y dijo:

—¡Salud! —A continuación, se lo llevó a los labios. Kenji Sugiura se limitó a asentir, pero no pidió nada para él—. Está delicioso.

—¿Te gusta? Pues sigue bebiendo.

—No, mejor que no —rechazó ella, con una sonrisa bailándole en los ojos—. No quiero que se me suba a la cabeza.

—¡Tonterías! Es bueno emborracharse de vez en cuando —dijo Kenji—. No hay nada como una copita para levantar el ánimo.

Kiriko dejó el vaso en la barra y se acercó al joven con un gesto natural.

—Conozco al señor Otsuka —dijo en voz baja. Al oír ese nombre, Kenji Sugiura abrió los ojos como platos. —¿Te refieres al abogado Kinzo Otsuka?

—farfulló. —El mismo —respondió Kiriko, sin levantar la voz—.

Antes, cuando me ha pedido que hiciera esa llamada, me he dado cuenta de que estaba llamando a su bufete. He reconocido el número.

El rostro del joven se ensombreció de repente, y la discreta sonrisa que había lucido hasta entonces se borró de un plumazo.

—Pero ¿de qué? —farfulló de nuevo—. ¿De qué conoces al abogado Otsuka? ¿Qué relación tienes con él?

—No somos familia, eso seguro —aclaró ella—. Tampoco se puede decir que seamos amigos. Más bien al contrario —añadió, en voz baja pero intensa—. Lo odio —dijo claramente, desviando la vista hacia las relucientes botellas de alcohol alineadas en el estante de detrás de la barra.

Él la miró fijamente. Cuando se disponía a responder, Nobuko se unió a ellos.

—Te veo más animado —le dijo a Kenji con una sonrisa, pero fue Kiriko quien le respondió distraídamente: —Sí, por fin.

Kiriko se levantó para que Nobuko pudiera sentarse al lado de Kenji, pero él ignoró a Nobuko y siguió con la mirada la silueta de espaldas de Kiriko, que caminaba hacia las mesas.

La puerta se abrió, pero no era ningún cliente, sino la dueña.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron las camareras al unísono.

La dueña se acercó a la barra mientras saludaba a los clientes. Una de las chicas la ayudó a quitarse el abrigo, dejando al descubierto un espléndido kimono. Era una mujer obesa.

—¡Ken! —exclamó al ver a su hermano acodado en la barra con cara de amargura. Él no le respondió, tal vez porque no la había oído.

La mujer se colocó detrás de la barra y el barman la puso al corriente de la recaudación de la noche. Mientras tanto, ella miraba de reojo a su hermano de vez en cuando. Cuando terminó de revisar las cuentas, se acercó a él.

—¡Ken! —gritó.

—¿Qué? —dijo él, levantando la cabeza al fin.

—¿A qué viene esa cara? ¿Qué ha pasado? —le preguntó, en un tono de reproche propio de una hermana mayor. Él se echó el pelo hacia atrás con una

mano. Tenía la mirada turbia—. Has llegado borracho, ¿verdad? Estás cadavérico.

—He estado bebiendo aquí —respondió Kenji, enfurruñado.

—¿Qué ha pasado en el restaurante?

—Me he tomado el día libre.

—Querrás decir que te has escaqueado.

—Llama y pregunta.

La dueña lo observó en silencio durante un rato. Él agachó la cabeza de nuevo para esquivar su mirada.

—¿Va todo bien por allí? —inquirió ella entonces, preocupada.

—Ni bien ni mal.

Kenji levantó la vista, se llevó un cigarrillo a la boca y empezó a hurgar en el bolsillo hasta sacar una caja de cerillas. Nobuko, que se había apartado un poco para dejarlo a solas con su hermana, no llegó a tiempo de ofrecerle fuego. El joven encendió el cigarrillo y dejó las cerillas en la barra. El atractivo diseño de la caja llamó la atención de la dueña.

—¡Caramba! —exclamó, alargando la mano para inspeccionar la caja—. ¿Has estado en Hakone? —le preguntó a Kenji, mirándolo a los ojos—. ¿Este no es el logo del Hotel F de Hakone?

El joven le lanzó una mirada desafiante y se rascó la cabeza con un gesto espontáneo.

—Sí —admitió entonces.

—¿Cuándo has ido?

—Hoy —respondió él, sin mirarla. Ella mantuvo la vista fija en su rostro de perfil.

—Entonces, ¿te has escapado del trabajo para ir a Hakone?

Tanto la dueña como Nobuko, que estaba un poco apartada, miraban a Kenji con el semblante pálido por la sorpresa.

—¿Y a qué has ido? —preguntó la dueña.

—A pasar el rato.

Irritado, Kenji volvió a guardarse las cerillas en el bolsillo.

—¿Y cómo se te ocurre ir a Hakone a pasar el rato? Si no te tomas en serio tu trabajo en el restaurante, no llegarás a ninguna parte —lo regañó su hermana.

En ese momento, un cliente la llamó desde uno de los reservados.

—¡Enseguida voy!

La mujer hizo ademán de añadir algo, pero al final se limitó a cruzar la barra por debajo y dirigirse hacia las mesas.

—¡Qué alegría verlos por aquí! —saludó, con una voz que rebosaba afabilidad.

Nobuko volvió a acercarse a Kenji.

—¿Es cierto que hoy has estado en Hakone, Ken? —le preguntó, en un tono inquisidor muy distinto al que había utilizado hasta entonces. La expresión de la cara también le había cambiado.

—Sí, he estado allí —admitió él bruscamente.

—¿Con quién?

—Con nadie.

—¡Mentira!

—¿Mentira? ¿Y qué pasaría si no hubiera ido solo? —Tú nunca irías solo a un lugar así. ¿Con quién has ido?

—Déjame en paz —le espetó él, arrugando la frente—. Imagínate lo que quieras, me da igual.

Nobuko hizo una mueca y se acercó aún más a él, pero justo entonces entró un nuevo cliente.

También era un hombre joven, de unos veinticinco años. Era alto y vestía como un *yakuza*, una tendencia de moda entre los chicos de su edad, igual que la expresión amenazadora de su mirada afilada.

—Buenas —dijo, dando unas palmaditas amistosas en la espalda de Kenji.

—Hola —dijo Kenji mientras se volvía, y su semblante se endureció por un instante.

—Te estaba buscando. En el restaurante me han dicho que te habías tomado el día libre, y he pensado que estarías aquí. Por lo visto, he acertado.

—Ya veo. —Kenji apartó a Nobuko de un empujón y le indicó a su amigo que se sentara en el taburete.

Nobuko saludó al cliente con voz amable, pero tenía la cara apagada. El joven venía de vez en cuando, siempre con Kenji. Todo el mundo suponía que eran amigos.

—Siéntese, señor Yamagami —le pidió Nobuko, ofreciéndole el taburete. Yamagami le dirigió una sonrisa maliciosa y se sentó al lado de Kenji. Todos sus gestos eran bruscos, incluso su forma de apartar el taburete. Pidió un whisky escocés con agua.

—¿Qué tal tus asuntos? —le preguntó Kenji. Su amigo debió de notar que el aliento le apestaba a alcohol, pues le dijo:

—Estás como una cuba, ¿no? ¿Cuánto rato llevas aquí?

—No te creas, acabo de llegar —respondió Kenji, meneando la cabeza.

—¿Has estado bebiendo fuera, entonces? Qué mal te veo —dijo Yamagami—. Yo estoy atravesando un bache últimamente. De hecho, hace tiempo que quería hablar contigo. ¿Qué tal si damos un paseo luego?

Kenji parpadeó ligeramente, pero su tono de voz no se alteró.

—Como quieras —accedió con naturalidad—. Relájate y tómate algo.

Kenji echó un vistazo alrededor como si buscara una distracción y su mirada se cruzó con la fría mirada de Nobuko. Para esquivarla llamó a Kiriko, que justo entonces pasaba por allí. Le hizo una seña para que se acercara.

—¡Eh, Rie! Ven aquí. Quiero presentarte a Takeo Yamagami. También es de Kyushu.

—¿De veras?

Kiriko se acercó al joven.

—Esta es la chica nueva, de la ciudad de K. Es amiga de Nobuko y lleva dos meses trabajando aquí.

Yamagami miró a Kiriko de reojo y la saludó con una leve inclinación de cabeza, sin despegar los labios.

—Rie, si eres de la ciudad de K puede que conozcas a este hombre. Jugaba en el equipo de béisbol del instituto y llegó a ser bastante famoso. Se llama Yamagami.

Kiriko había oído hablar del instituto de K. Era conocido en todo el país por su legendario equipo de béisbol. Sin embargo, no era una experta en aquel deporte.

—Entonces, ¿usted también es de la ciudad de K? —le preguntó a Yamagami, que ni siquiera la miraba.

—No, de otro sitio —murmuró el joven.

—Puede que lo conozcas —intervino Kenji, al ver que su amigo no tenía ganas de hablar—. Viene del pueblo de N, cerca de la ciudad de K.

—Ah, pues sí que lo conozco. Tengo una amiga del instituto que vive allí.

—Pues Yamagami también.

—Está bastante cerca de K, ¿no?

Mientras ellos hablaban, Yamagami iba dando sorbos a su whisky ambarino.

—¿Y cuándo llegó a Tokio, señor Yamagami? —le preguntó la muchacha, sintiéndose obligada a dar conversación a sus clientes. En realidad, no le interesaba en absoluto saber cuándo Yamagami había abandonado Kyushu para mudarse a la capital. La oportunidad de hablar a solas con Kenji se esfumaba rápidamente.

—¿Cómo? Llevo mucho tiempo en Tokio —respondió él de repente—. Aquel pueblucho se me quedaba pequeño, así que me mudé en cuanto terminé los estudios. —Yamagami —explicó Kenji— es conocido en el mundo del béisbol por su etapa de lanzador zurdo en el equipo del instituto de K. Cuando se graduó, vino a Tokio enseguida y entró en un equipo profesional.

—¡Vaya! Entonces, ¿es jugador profesional? —exclamó Kiriko, admirada.

—No, ya no —respondió Kenji. Había cierta malicia en su tono de voz que podía pasar desapercibida a oídos de los demás—. Jugaba en el segundo equipo. Todos tenían grandes esperanzas en su futuro, pero cambió de opinión y lo dejó.

—Oh, qué lástima —dijo Kiriko.

—No, ninguna lástima —intervino el propio Yamagami—. No era mi camino, eso es todo. En el instituto me halagaron tanto que creí que podría llegar a ser jugador profesional, pero me equivocaba. Me quedé atascado en el segundo equipo y me di cuenta de que no llegaría a ninguna parte, así que al final lo dejé.

—Sin embargo —dijo Kenji, dirigiéndose directamente a él—, si hubieras tenido un poco más de paciencia quizá lo habrías conseguido.

No lo dijo en tono amistoso, como un amigo, sino con un deje de burla.

—No tiene sentido quedarse atascado en un lugar donde no puedes progresar. Lo mejor que podía hacer era dejarlo sin perder más tiempo.

—Te equivocas. Si hubieras aguantado un poco más, habrías llegado a ser un lanzador zurdo de la categoría de Kaneda o Yoshihara.

Kiriko escuchaba atentamente, pero era incapaz de intuir a qué se dedicaba Yamagami ahora que había colgado el guante. Era lo único que lo envolvía en un aura de misterio. A primera vista tenía aspecto de *yakuza*, pero al mismo tiempo parecía que se dedicara a una profesión respetable. Era imposible averiguar cuál.

Los dos hombres estuvieron bebiendo juntos.

—¿Vamos? —propuso Yamagami una vez hubo terminado su segundo whisky, dándole una palmadita en el hombro a Kenji.

—Vamos —dijo Kenji con resolución, a pesar de que aún no había terminado la última copa—. Añádelo todo a mi cuenta —le indicó al barman, y le sonrió irónicamente a Yamagami.

—Eh, ¿qué te debo? Aunque el local sea tuyo, ya sabes que siempre pago mi parte.

Yamagami le pidió la cuenta al barman y sacó algunas monedas del bolsillo. Kenji desvió la mirada y no intentó detenerlo. Entonces llamó a la dueña, que estaba agasajando a unos clientes.

—¡Hermana! Me voy.

Ella se excusó ante sus clientes y se levantó enseguida. —¿Ya te vas? —preguntó, como si quisiera retenerlo un rato más.

Kenji señaló a Yamagami con un golpe de mentón.

—Este hombre quiere hablarme de no sé qué asunto. —Ah, señor Yamagami —lo saludó la mujer—. Todavía es temprano. ¿Por qué no se queda un ratito más? —Gracias —respondió él—, pero tengo cosas que hacer. —A continuación, bajó deslizándose del taburete. —Oye —le dijo Kenji al barman—, el próximo día pagaré lo que tengo pendiente. Añádelo a mi cuenta.



—¿No vas a volver más tarde? —le preguntó Nobuko, que llevaba un rato observando la escena a una distancia prudencial y ahora había decidido acercarse a Kenji. —No, no lo creo. Ya es tarde.

Ella le dirigió una mirada cargada de reproches, pero no quiso interpellarlo delante de la dueña y las demás chicas. Yamagami empujó la puerta con el hombro y salió.

—Hasta la próxima, hermana —se despidió Kenji, volviéndose hacia ella.

—Pórtate bien —le advirtió la mujer.

—Descuida —dijo su voz, una vez ya hubo salido.

Algunas chicas los acompañaron hasta la calle. Nobuko hizo ademán de ir con ellas, pero la dueña la llamó en tono de reprimenda para que volviera.

Kiriko fue una de las camareras que salieron a despedirlos. Como siempre, los acompañaron hasta la esquina. Los dos jóvenes se alejaron hombro con hombro. De lejos parecían amigos íntimos.

—Qué frío —susurró la camarera que estaba al lado de Kiriko, y las demás chicas regresaron al bar. Kiriko fue la única que se quedó. Se escondió entre las sombras de un edificio para que la luz de las farolas no delatara su presencia, en un lugar desde donde veía a Kenji de espaldas.

Incluso en aquella zona, que se llenaba de ambiente al anochecer, a partir de las doce estaba casi todo cerrado. La única luz que iluminaba la oscura calle era la que arrojaban las farolas. Los dos jóvenes siguieron alejándose. De repente, mientras Kiriko los observaba, se detuvieron.

Parecía que estuvieran discutiendo. Hablaban en voz bastante alta, pero no pudo oír lo que decían. En cualquier caso, no era una conversación amistosa. Kenji Sugiura parecía muy enfadado, y Yamagami intentaba tranquilizarlo.

Se enredaron en una especie de pelea, empujándose el uno al otro en plena calle. Kiriko quería seguir observando, pero la puerta del bar se abrió en ese momento y Nobuko se asomó al exterior, así que la joven dio media vuelta y regresó. Nobuko, en cambio, salió corriendo a la calle.

Fue la última vez que Kiriko vio a Kenji Sugiura. Esperaba volver a verlo, pero no regresó ni un solo día. Su amigo Yamagami tampoco se dejó caer por el bar. Era como si se hubieran puesto de acuerdo para desaparecer a partir de aquella noche. Así pues, Kiriko se empleó a fondo para sonsacarle a Nobuko información sobre Kenji.

Las dos chicas compartían un pequeño piso de seis tatamis. Nobuko la había acogido porque ambas chicas venían de la misma ciudad, pero Kiriko tenía la sensación de que, antes de que empezaran a vivir juntas, Kenji había pasado más de una noche en aquel piso. Había empezado a sospecharlo con el paso del tiempo. Algunas noches, cuando el bar cerraba, Kiriko tenía que volver sola al piso. Nobuko le daba cada vez una excusa diferente, pero ella creía que solo eran mentiras. Estaba convencida de que pasaba la noche con Kenji y regresaba al día siguiente, con un aspecto apagado y la ropa desaliñada.

—¿Te molesta que viva aquí contigo? —le preguntaba Kiriko de vez en cuando.

Nobuko sacudía la cabeza enérgicamente, como si estuviera ofendida.

—¿Cómo va a molestarme? Fui yo quien te lo propuse, así que no digas bobadas.

Nobuko siempre había sido una buena chica que se preocupaba sinceramente por el bienestar de su amiga. Pero en todo lo relacionado con Kenji parecía perder el mundo de vista, tal y como se había hecho evidente aquella noche en el bar. Incluso las demás chicas sabían que tenía una relación especial con el hermano de la dueña. No hablaban abiertamente del tema, pero lo insinuaban cada vez que se referían a ella.

Kiriko quería preguntarle a Kenji Sugiura cuál era su relación con Otsuka. Aquella noche, después de pedirle que llamara al despacho del abogado a horas intempestivas y mandarle que colgara antes de que nadie respondiera, el joven se había quedado sumido en un estado de angustia fuera de lo corriente. Su instinto le decía que había algo, algún vínculo entre el abogado Otsuka y Kenji Sugiura. De momento solo podía imaginarlo, pero necesitaba una prueba que lo confirmara.

Sin embargo, mientras Kenji no apareciera, no tenía forma de demostrar sus teorías, así que no le quedó más remedio que interrogar a Nobuko, la

persona que tenía una relación más estrecha con él.

—¿Por qué Kenji no trabaja en el bar? —le preguntó. —Porque pensó que, si trabajaba con su hermana, ella sería demasiado indulgente con él y no aprendería todo lo que necesitaba, así que decidió trabajar en otro lugar —le explicó la muchacha, que parecía apoyar la decisión de Kenji—. Tiene la intención de abrir su propio negocio algún día. Por eso trabaja en el Minase, para aprender. Su sueño es tener un restaurante parecido.

Algo en su mirada parecía insinuar que le gustaría ser la dueña del futuro restaurante de Kenji.

—¿Sabes si ha estudiado derecho? —aventuró Kiriko, pero su compañera lo negó rotundamente.

—No, nunca ha estado en ese mundillo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —rio Kiriko, meneando la cabeza con inocencia. Debería preguntárselo directamente a Kenji—. Últimamente no viene mucho, ¿verdad? —añadió a continuación.

Nobuko puso cara de contrariedad. —Estará ocupado.

Kiriko estaba convencida de que todavía quedaba con él a escondidas. Lo sabía por la actitud de la muchacha. Desde que se había instalado en su piso, había días en los que Nobuko estaba nerviosa y alterada, y Kiriko sospechaba que aquellos días coincidían con sus citas con Kenji.

Sin embargo, Nobuko estaba cada vez más triste. Todo parecía indicar que seguía quedando con Kenji, pero ya no había ilusión en su mirada. Quizá estuvieran atravesando una crisis de pareja, pero a Kiriko no le incumbían sus problemas. Lo único que le interesaba acerca del joven era su vínculo con el abogado Otsuka. Una noche, el teléfono del bar sonó.

Kiriko era la que estaba más cerca del aparato, así que descolgó enseguida.

—Bar Kaiso, ¿dígame?

—¿Está Kenji? —preguntó la voz ronca de alguien que iba claramente borracho.

—No, no lo he visto —respondió ella, con el pulso acelerado.

—¿Ah, no? Pues nada —dijo la voz antes de colgar. Nada más colgar el teléfono, Kiriko reconoció la voz de su interlocutor. Sin duda se trataba de

Yamagami, el hombre que había estado con Kenji en el bar aquella noche. Tenía una voz inconfundible.

—¿Quién era? —preguntó la dueña desde detrás de la barra.

—Alguien que preguntaba por su hermano. No ha dejado su nombre.

—Ah.

La mujer no dijo nada más, pero entre sus cejas se formó una pequeña arruga de preocupación.

Veinte días después de que Kenji apareciera en el bar tras su paso por Hakone, Kiriko recibió una llamada de Keiichi Abe, que llevaba un tiempo sin contactar con ella. Abe le propuso quedar a las cuatro en el lugar de siempre. Kiriko le había pedido un favor.

Kiriko se reunió con Abe en la cafetería donde solían quedar por la tarde, antes de que ella empezara a trabajar.

—La hermana de un conocido mío trabaja en el restaurante Minase y me ha sido muy útil para averiguar lo que me pediste que investigara el otro día —anunció Abe animadamente.

La última vez que se habían visto, Abe le había preguntado para qué necesitaba aquella información, pero ella no había entrado en detalles. La petición de la muchacha le había sorprendido, pero aun así se había empleado a fondo en investigar el asunto. Sacó la libreta e informó a Kiriko:

—La dueña del Minase es una mujer muy atractiva de treinta y uno o treinta y dos años. Yo no la he visto nunca, pero dicen que ha salido en alguna revista. Tal y como me pediste, he investigado su relación con el abogado Otsuka y parece que son amantes. No es la clásica relación entre la propietaria de un restaurante y su cliente, sino que hay algo más íntimo entre ellos —empezó—. Se ve que el personal del Minase está más o menos al corriente de esa relación. La chica que conozco también me lo dijo. Como ya te he comentado, la dueña es una mujer de gran belleza que tiene bastantes pretendientes, pero lleva varios años de relación con Otsuka. Supongo que será cierto, teniendo en cuenta que incluso sus empleados lo saben.

Kiriko se quedó pensativa. Abe la miró. Su expresión reflexiva era la misma de siempre, mordiéndose el labio y con la mirada fija en un punto

lejano.

—¿En qué piensas? —le preguntó Abe, apoyando los codos en la mesa. En realidad, no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza en aquellos momentos. Comprendía su deseo de querer averiguar más detalles sobre la vida de Kinzo Otsuka, pero lo desconcertaba su repentino interés por la dueña del Minase. Tenía la sensación de que ella siempre iba un par de pasos por delante. —Solo quería saberlo —respondió brevemente, con una ligera sonrisa.

La muchacha había cambiado desde que trabajaba en el bar. Hasta entonces se había mostrado altiva e inflexible, pero su carácter se había suavizado un poco durante el tiempo que llevaba en el Kaiso.

—Sé que sientes un interés especial por ese abogado —dijo el joven, mirándola fijamente—. Puede que me equivoque, pero creo que deberías centrarte más en tu hermano.

—¿En mi hermano?

Kiriko levantó la cabeza y le lanzó una de sus miradas desafiantes.

—Sí. Al fin y al cabo, murió con la reputación manchada. Deberías centrar tus esfuerzos en restablecer su honor. Me parece más importante que hurgar en la vida privada de Otsuka.

Ella lo escuchó en silencio. La Kiriko de antes le habría respondido con acritud, pero ahora se limitó a decir tranquilamente:

—Por supuesto que pienso en mi hermano, pero está muerto. Y ya no puedo hacer nada por él.

—¡Vaya! —exclamó Abe, con los ojos como platos—. Veo que has cambiado de opinión. Antes no pensabas así.

—¿De veras? —respondió ella amablemente, aunque en realidad le daba igual—. Abe —lo llamó entonces—, ¿te importaría dejarme llevar este asunto a mi manera y limitarte a hacer lo que te pida?

Los ojos de la muchacha despedían el mismo brillo intenso de siempre que a él tanto lo intimidaba.

—Está bien, lo haremos a tu manera.

—Quiero pedirte otro favor.

—¿De qué se trata? —preguntó él, dispuesto a escucharla.

—En el Minase trabaja un hombre llamado Kenji Sugiura. Me gustaría que lo investigaras por mí.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con el caso? —preguntó Abe mientras anotaba el nombre en su libreta.

—Es el hermano de la dueña del bar donde trabajo y el *maître* del restaurante. Me gustaría saber qué reputación tiene en el Minase.

Ante aquella extraña petición, Abe le lanzó una mirada interrogante.

—Ya sé que te gustaría saber lo que pienso —dijo ella con una sonrisa—, pero tengo un plan. Lo sabrás a su debido tiempo.

Transcurrieron dos días que para Kiriko fueron de lo más monótonos. Ni Kenji ni su amigo pasaron por el bar. Nobuko seguía tan apagada como de costumbre, y cada vez parecía más triste. Al verla en aquel estado, Kiriko se preguntaba qué le pasaría.

Entonces recibió una llamada de Abe.

—He investigado lo que me pediste —dijo.

—¿De veras? Pues muchísimas gracias.

—¿Quedamos en la cafetería?

—De acuerdo.

—Bien, te espero allí a la hora de siempre.

—Gracias de nuevo.

Kiriko se sentía muy agradecida con Abe. Una vez, él le había dicho: «Tu hermano es inocente, y el abogado Otsuka lo sabe. Seguiré presionándole y, cuando descubra la verdad, publicaré un reportaje en mi revista demostrando la inocencia de tu hermano». Sus palabras estaban cargadas de pasión y rezumaban sinceridad. El joven no solo actuaba por consideración hacia ella, sino para defender una causa que consideraba justa. «Déjalo», le había dicho ella. «¿Por qué?», había preguntado Abe. «Porque tengo una idea. Pero por ahora no puedo contarte más, lo sabrás a su debido tiempo.»

«Lo sabrás a su debido tiempo» era la única respuesta que Abe recibía últimamente por parte de ella.

El día en que quedaron ocurrió lo mismo.

—He investigado a Kenji Sugiura, tal y como me pediste. No tiene mala reputación —le explicó Abe mientras tomaban café.

—¿Ah, sí? Cuéntame más.

—Como ya sabes, el chico es el *maître* del Minase. Tiene fama de tomarse su trabajo muy en serio y todo el mundo le teme, incluso los empleados con más experiencia. No sé exactamente en qué sentido, pero parece que le tienen mucho respeto. Puede que sea porque es el único que antepone los intereses del restaurante a los suyos propios. Al menos eso dice la hermana de mi conocido.

Kiriko lo escuchaba con la cabeza gacha, pero su mente trabajaba frenéticamente. Por lo visto, los demás empleados trataban a Kenji Sugiura con una especie de temor reverencial. Además, Kenji era el único que estaba verdaderamente implicado en el negocio. ¿Por qué? Kiriko recordó la extraña actitud que había mostrado Kenji la noche en la que apareció en el bar tras su escapada a Hakone. Si tanto le importaba la buena marcha del restaurante, ¿por qué se había tomado el día libre para ir a Hakone? ¿Por qué había llamado al abogado Otsuka en plena noche? ¿Y por qué había cambiado repentinamente de opinión?

Kiriko tampoco se explicaba por qué se había mostrado tan consternado después de la llamada.

Probablemente todo estuviera relacionado con el melancólico estado de ánimo de Nobuko, pero a ella no podía preguntárselo. Además, Kiriko no quería hablar del asunto con su amiga.

De repente, le vino a la mente la imagen de Kenji peleándose en la calle con su amigo, el jugador profesional de béisbol, bajo la luz de las farolas. Kenji lo insultaba y Yamagami se disculpaba reiteradamente.

Había algo que se le escapaba. Algo relacionado con el abogado Otsuka.

Keiichi Abe observaba a Kiriko mientras ella reflexionaba con una pavorosa mirada en los ojos.

## 8

Kiriko Yanagida estaba de pie en una esquina desde donde se veía un gran restaurante.

Las ventanas del establecimiento estaban iluminadas, y las finas cortinas resplandecían. En la calle hacía frío. Era una de las zonas más concurridas de Ginza, y los transeúntes caminaban con los hombros encogidos bajo los abrigos. Bajo el frío de la calle, la luz que se filtraba a través de las ventanas parecía aún más acogedora.

Kiriko había llegado alrededor de las siete. El lugar donde esperaba quedaba justo enfrente del restaurante. En aquella esquina había una hermosa tienda que vendía accesorios para mujeres, así que no llamaba la atención esperando de pie frente al escaparate. Junto a la tienda de accesorios había una tienda de ropa y, a su lado, una joyería. De vez en cuando, Kiriko daba un breve paseo y curioseaba los artículos expuestos en los escaparates.

Sin embargo, no perdía de vista el restaurante. Más que las ventanas, lo que le interesaba era la puerta del servicio, situada en uno de los laterales. A diferencia de la suntuosa entrada principal, reservada a los comensales, la puerta lateral estaba pobremente iluminada y ofrecía un aspecto lastimoso, como si no perteneciera al mismo establecimiento.

Justo enfrente había una cafetería y un estanco. Kiriko se desplazó un poco para no llamar la atención de la anciana estanquera, que estaba sentada en el interior del local. En la acera opuesta, enfrente de ella, había un banco sumido en la oscuridad. Se quedó allí.

Kiriko había venido para hacerle un favor a alguien. Había sido Nobuko quien se lo había pedido. Kiriko compartía habitación con ella. Eran de la misma ciudad y ella se había mudado a Tokio contando con la ayuda de Nobuko, pues no tenía dinero para alquilar un piso sola y dependía de la buena voluntad de su amiga.

Nobuko le había pedido que espicara a Kenji Sugiura. A cambio, se lo había explicado todo. Tal y como Kiriko sospechaba, Kenji era el amante de



Nobuko. Era el hermano menor de la dueña del bar y trabajaba en aquel restaurante. Se veían en el bar de vez en cuando. Ella estaba perdidamente enamorada de él.

Últimamente Kenji estaba muy distante, y ella sospechaba que estaba saliendo con otra mujer. Hacía tiempo que lo intuía, pero cada vez iba a peor. Kiriko no se sorprendió porque había sido testigo de la actitud que había mostrado Kenji aquella noche en el bar, tratando a Nobuko con desdén y frialdad.

Nobuko le contó que había quedado con Kenji la noche anterior, pero que él había anulado la cita a última hora. Se había comportado con extrema rudeza y no había querido atender a las súplicas de la muchacha. Así pues, ella llegó a la conclusión de que él le había dado plantón por otra mujer. A Nobuko le temblaba la voz mientras hablaba.

—Si me quedo delante del restaurante esperando a que salga y me descubre, se pondrá hecho una furia. Por eso te pido que te tomes la noche libre y vayas a espiarlo en mi lugar. Si ves que tiene la intención de ir a algún sitio, síguelo. Me da igual lo que cueste, te pagaré el taxi y lo que haga falta —le había pedido su amiga. Ella misma procuraría que su ausencia en el bar no ocasionara ningún problema. Estaba desesperada—. Sé que es mucho lo que te pido, pero te suplico que lo hagas. ¡Por favor, Rie!

Kiriko había accedido. No solo no podía decirle que no a alguien que tanto la había ayudado, sino que, además, era una oportunidad única que beneficiaba sus propios planes.

Kiriko tenía un interés especial en Kenji Sugiura. Le había llamado poderosamente la atención el comportamiento que había mostrado el joven aquella noche, cuando había entrado en el bar Kaiso asegurando que venía de Hakone.

¿Y de qué conocía al abogado Otsuka? Aquello también le interesaba, pero lo que quería averiguar por encima de todo era el motivo de la angustia que lo consumía aquella noche. Sabía que su agresividad no se debía únicamente al exceso de alcohol.

Según el periodista Keiichi Abe, Kenji Sugiura estaba más implicado en el restaurante que cualquier compañero suyo y se dejaba la piel por el bien del negocio. Había empezado a trabajar allí para aprender y ganar experiencia

con la intención de abrir su propio restaurante en un futuro, quizá por eso se lo tomaba tan en serio. Pero Kiriko sospechaba que tenía que haber otro motivo que justificara su empeño y dedicación.

Así pues, era la curiosidad lo que la había empujado a aceptar el favor que le había pedido Nobuko y espiar a su amante.

Delante de ella, la gente iba y venía sin parar. Algunos pasaban una vez y volvían a pasar al cabo de un rato en dirección contraria. Kiriko parecía estar esperando a alguien. Vio pasar a una chica que vendía flores y a unos niños que vendían chicles. Hubo varias personas que pasaron por delante de ella más de una vez, pero nadie le prestó atención.

Kiriko consultó el reloj. Eran las ocho. Ya llevaba una hora montando guardia.

De vez en cuando, la puerta lateral del restaurante se abría y algún empleado entraba o salía, pero no había ni rastro de Kenji Sugiura. Nobuko le había dicho que el restaurante cerraba a las nueve, pero Kenji tenía la costumbre de escaparse un poco antes cuando podía. Por eso había decidido esperar desde las siete.

Dio por enésima vez un paseo frente a las tiendas mientras vigilaba. Cuando llegó ante el estanco, ocurrió. La intensa luz del escaparate de la tienda de ropa iluminaba las caras de los transeúntes que pasaban por delante. De repente, su mirada se cruzó con la de un hombre joven que caminaba en su dirección. Antes de que pudiera decir nada, el joven se plantó delante de ella.

—Buenas —la saludó él con una sonrisa—. ¿Tú no eres la camarera del Kaiso?

Kiriko reconoció enseguida al hombre al que llamaban Yamagami, el amigo de Kenji Sugiura. Recordaba que, aquella noche, había llegado al bar un poco más tarde que Kenji y se habían ido los dos juntos. Ella los había estado espiando desde la esquina, preguntándose qué habría hecho aquel hombre para tener que disculparse ante Kenji.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mirándola con curiosidad, sorprendido de que no estuviera trabajando. Kiriko temía que Kenji saliera del restaurante mientras ella estaba distraída hablando con Yamagami, así

que cambió ligeramente de posición para no perder de vista la puerta de servicio.

—Esta noche libro.

—¿En serio?

Yamagami sacó un paquete de tabaco del bolsillo izquierdo de su abrigo. Se llevó un cigarrillo a los labios, sacó un mechero del mismo bolsillo y encendió el cigarrillo con la cabeza inclinada hacia delante. El mechero tenía un diseño muy elaborado. La pequeña llama iluminó las mejillas huesudas de Yamagami.

—¿Y qué planes tienes para esta noche? —le preguntó a Kiriko mientras expulsaba el humo. Tenía los pómulos salidos y la mirada hostil, y sus delgados labios lucían una sonrisa torcida.

Kiriko no tenía preparada una respuesta y soltó lo primero que se le ocurrió:

—Pensaba ir al cine.

Deseaba con todas sus fuerzas que el hombre se fuera y la dejara sola otra vez.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó él, con una sonrisa maliciosa.

—No, no es eso. No sabía qué película ver, y he decidido dar un paseo mientras me lo pienso.

—Es muy triste ir sola al cine. Si necesitas compañía, ahora mismo estoy libre —se ofreció Yamagami, sonriendo. Kiriko no supo decir si la propuesta iba en serio o en broma.

—Gracias, pero no es necesario que se moleste. Quizá la próxima vez.

La muchacha quería quitárselo de encima. Yamagami soltó una carcajada.

—Está bien, no quería molestarte. Ya quedaremos otro día, entonces. —Dicho esto, el joven dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Kiriko suspiró aliviada. Mientras hablaba había seguido vigilando ininterrumpidamente la puerta de servicio, pero Kenji no había salido.

De repente, se dio cuenta de que la estanquera la miraba fijamente, como si hubiera estado escuchando la conversación que había mantenido con Yamagami.

Pasaron unos veinte minutos más. Entonces se abrió la puerta de servicio y salió un hombre alto envuelto en un abrigo. Kiriko consultó de nuevo el reloj. Las ocho y media. A continuación, echó a andar detrás de Kenji Sugiura.

Dentro del taxi, Kiriko no perdía de vista el coche de delante, y le dio instrucciones al conductor para que no se despegara del taxi que tenía frente a él y lo siguiera adondequiera que fuera.

El trayecto desde Ginza duró media hora.

El taxi giró a la izquierda desde una calle desierta por donde circulaba el tranvía y se adentró en un estrecho callejón donde apenas cabía un coche. Kiriko buscó rápidamente un punto de referencia.

Al otro lado de los raíles del tranvía había unos baños públicos. Vio a dos mujeres agachándose para entrar en el local por debajo de la cortinita que colgaba en la puerta. Kiriko procuró retener la imagen en la memoria. Las luces de freno rojas del taxi de delante iluminaban el callejón oscuro mientras el vehículo seguía avanzando. Bajo la luz de los faros del taxi donde ella viajaba, Kiriko vio varias casas miserables alineadas a ambos lados del callejón. Siguieron en línea recta, dejando atrás cuatro estrechos cruces. Kiriko los contó.

Cuando llegaron al quinto, vio que las luces de freno del taxi de delante estaban apagadas.

—Deténgase —le indicó al taxista—. Dé marcha atrás, por favor.

No quería que Kenji sospechara que lo seguían. Bajó del coche y se arrimó a la pared. Su taxi empezó a retroceder. Mientras tanto, la puerta del coche de delante se abrió y Kiriko vio cómo Kenji le pagaba la carrera al taxista. En la esquina había una farola que iluminaba sus inconfundibles hombros.

Una vez hubo pagado, se adentró en un callejón lateral. Ella lo siguió. A ambos lados de la calle se erigían varios bloques de pisos. Kenji siguió andando cabizbajo. Dejaron atrás los edificios altos y la calle se oscureció aún más. Kiriko procuraba caminar junto a la pared para evitar que él la viera.

Finalmente, Kenji entró en una pequeña casa normal y corriente. A un lado tenía una casa grande rodeada por una larga cerca y al otro, un edificio de ladrillo rojo con aspecto de oficina. La casita quedaba encajada entre ambas construcciones y pasaba completamente desapercibida. Kiriko, que caminaba unos pasos por detrás, tuvo la certeza de que Kenji había entrado allí porque oyó el ruido de la puerta enrejada al cerrarse tras él.

A pesar de que el callejón era estrecho, en la acera de enfrente también se alineaban varias casas relativamente grandes. Había muy poca gente. En la oscuridad, los matorrales de la casa donde había entrado Kenji asomaban como bultos negros por encima de la pequeña verja. Kiriko se acercó a la casa para leer el nombre del propietario, pero solo aparecía el número. La casa no era de Kenji, naturalmente, pero por su forma de entrar se deducía que frecuentaba el lugar. No había nadie a quien preguntar, ni un timbre donde llamar.

De repente, a Kiriko se le ocurrió una posibilidad. Quizá por la ubicación de la casa o por la forma de entrar de Kenji, que le resultó demasiado familiar, dedujo que aquel lugar era una especie de escondrijo para él. Se preguntó quién viviría allí. Si Nobuko estaba en lo cierto y Kenji tenía una amante, podía ser que la casa le perteneciera a ella. Al ser una propiedad privada, Kiriko no podía entrar a curiosear. Como mucho podía preguntar por el vecindario, pero todas las puertas estaban cerradas y en la calle no había nadie.

Pasaron veinte minutos mientras Kiriko se preguntaba cuál era el próximo paso a seguir. Entonces, de repente, oyó las pisadas de unos zuecos de madera que procedían de la casa que estaba vigilando. Se escondió y vio salir a una mujer de mediana edad. Llevaba ropa de calle y un bolso, por lo que la muchacha dedujo que no salía solo a hacer un recado.

Kiriko salió de su escondite y alcanzó a la mujer.

—Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta?

La mujer se volvió y la miró con desconfianza. Repasó de arriba abajo la silueta de la joven, iluminada por la pobre luz de una farola lejana.

—¿Sabe si en este barrio vive un tal señor Tanaka? —preguntó Kiriko sin rodeos.

—No, aquí no vive ningún Tanaka —respondió la mujer, y se volvió para seguir su camino.

—Es que me han dicho que esta casa es la suya. El señor Tanaka, su mujer y su hijo. ¿Seguro que no viven aquí con usted?

—No, seguro que no —repitió ella con brusquedad. —De acuerdo, disculpe las molestias.

Pocos minutos después de que Kenji entrara en la casa, aquella mujer había salido sola y vestida con ropa de calle, como si no tuviera la intención de regresar. Así pues, Kiriko se reafirmó en su teoría de que aquel lugar era el escondrijo de Kenji Sugiura. Puede que la mujer fuera la encargada de cuidar de la casa en su ausencia. Ahora que el dueño había llegado, no tenía por qué quedarse. Kenji le había ordenado que se fuera. Kiriko se preguntó qué haría el joven en su refugio secreto. Quizá hubiera una mujer esperándolo ahí dentro. Eso explicaría la precipitada retirada de la señora de mediana edad.

A pesar de todo, Kiriko no tenía forma de confirmar sus hipótesis. No podía entrar en la casa, y tendría que conformarse con esperar a que Kenji volviera a salir y observar si lo hacía solo o en compañía de alguna mujer. También cabía la posibilidad de que esa mujer misteriosa se limitara a acompañarlo hasta la puerta, en cuyo caso Kiriko confiaba en verle al menos la cara.

Fuere como fuese, tendría que esperar un buen rato. El reloj marcaba las nueve y media. Calculó que Kenji tardaría por lo menos media hora en salir.

Kiriko echó a andar en dirección a la ciudad, en parte porque la calle estaba desierta y no quería levantar sospechas, pero también porque empezaba a tener frío.

Pasó por el callejón donde se erigían los bloques de pisos que había visto antes. Las ventanas de los altos edificios estaban iluminadas, y se oían risas. Siguió caminando hasta llegar a la calle desierta donde la había dejado el taxi. La calle descendía suavemente hasta la avenida del tranvía, donde, si la orientación no le fallaba, debería encontrar los baños públicos.

Llegó a la avenida y esperó diez minutos. En la calle apenas había ambiente, solo gente que caminaba con prisa.

De repente, Kiriko se volvió hacia la entrada del callejón, que ya estaba a cierta distancia, y vio salir a un hombre que andaba a paso rápido, en

dirección contraria al tranvía.

Habían pasado cuarenta minutos desde su llegada. Kiriko regresó rápidamente al callejón y recorrió de nuevo las hileras de casas desangeladas.

Fue entonces cuando los faros de un coche la iluminaron por detrás. El callejón era tan estrecho que tuvo que arrimarse a la pared para evitar ser vista. La luz de los faros la deslumbró y no pudo ver el interior del coche hasta que ya la hubo adelantado. Entonces vio que solo estaba ocupado por una mujer. Kiriko se quedó donde estaba, siguiendo al coche con la mirada hasta que las luces de freno empezaron a empujarse en la distancia.

No sabía quién podía ser la mujer que viajaba en el coche, pero se había escondido instintivamente para que nadie se percatara de su presencia. El vehículo se detuvo un poco más adelante, en el mismo lugar donde Kenji Sugiura había bajado del taxi.

La puerta se abrió y salió una mujer. Bajo la pobre luz de las farolas, Kiriko la vio cruzar el callejón por delante del coche y doblar la esquina. Solo vio una silueta esbelta con un abrigo negro. Cuando oyó que la puerta del coche se cerraba, Kiriko reanudó la marcha. Quería saber adónde iba aquella mujer.

Al doblar la esquina volvió a verla delante de ella, bajo la luz de los bloques de pisos. Entonces la calle se oscureció y su silueta apenas se divisaba en la penumbra, iluminada tan solo por una farola lejana. La casita estaba junto al edificio de ladrillo rojo. La mujer entró mientras Kiriko la observaba. Sus teorías acababan de confirmarse. A continuación, oyó el ruido de la puerta enrejada al abrirse.

Así pues, la mujer de la que Nobuko sospechaba tampoco vivía en aquella casa. Kiriko dedujo enseguida que Kenji y su amante se citaban de antemano para reunirse allí. El viento frío le helaba los pies y empujaba un trozo de papel blanco callejón abajo. Era lo único que se movía en todo el vecindario.

La casa estaba sumida en las tinieblas, y no se oía ningún ruido procedente del interior. Kiriko pasó por debajo de la pequeña puerta. Justo enfrente tenía la puerta enrejada que daba a la entrada principal, antigua y de techo bajo, iluminada por la tenue luz del porche. Desde allí descubrió otra puerta de madera situada junto a la entrada principal. No estaba cerrada y

parecía conducir a la parte lateral de la casa, donde probablemente había un jardín. Sin embargo, la puerta estaba cerrada y no podía ver el interior. Había oído abrirse la puerta enrejada hacía un momento, pero se había vuelto a cerrar de inmediato.

No parecía que la mujer de mediana edad fuera a regresar pronto. A lo lejos se oía el murmullo de una radio. No había estrellas en el cielo, que se divisaba a través de las copas desnudas de los árboles. Kiriko se acercó sigilosamente a la entrada.

Entonces oyó por primera vez un ruido procedente del interior. Aguzó el oído, y el ruido se hizo más intenso. La puerta enrejada se abrió bruscamente y, antes de que Kiriko tuviera tiempo de retroceder, la mujer del abrigo negro apareció delante de ella.

Kiriko dejó escapar una exclamación de sorpresa, pero la que gritó de verdad fue la otra mujer. Durante un instante se quedó petrificada delante de ella, pero al poco rato empezaron a temblarle los hombros.

—¡Yo no he sido! —gritó. Kiriko se quedó muda de asombro—. Tiene que declarar a mi favor. ¡Yo no he sido! —A continuación, volvió a lanzar un grito ahogado. El cuerpo le temblaba de la cabeza a los pies. Kiriko no había visto nunca a nadie temblar así.

La mujer la miró fijamente sin decir nada. Solo se oía su respiración agitada. Kiriko sabía que la intensidad de sus emociones la había dejado sin habla.

La mujer era alta y atractiva, pero su rostro se veía pálido bajo la tenue luz artificial que lo iluminaba. Tenía los ojos desorbitados. Sus hermosos labios estaban separados y respiraba agitadamente.

Kiriko no entendió nada hasta que la mujer la agarró del brazo y la arrastró hacia el interior de la casa.

El vestíbulo, de unos tres tatamis, daba acceso a una habitación el doble de grande. A continuación había otra estancia de ocho tatamis. Kiriko recordaría durante mucho tiempo la distribución de la casa.

En el centro de la sala de ocho tatamis había un brasero portátil y, a su lado, un hombre tumbado boca arriba. Tanto el suelo como la manta que



cubría el brasero estaban manchados de sangre, de un rojo tan intenso que parecía salido de un cuadro, como si alguien lo hubiera pintado con un pincel. El pelo enmarañado del hombre estaba empapado en su propia sangre, y tenía los puños cerrados. Kenji Sugiura tenía los ojos abiertos y la mirada vacía clavada en el techo.

Kiriko se quedó paralizada al ver aquella escena.

—He llegado y lo he encontrado así —explicó la mujer, sujetando firmemente a Kiriko por los hombros—. Acabo de llegar. Yo no he matado a este hombre. Ya estaba muerto cuando he llegado.

La mujer hablaba con voz ronca, como si tuviera la garganta seca. Kiriko se hizo cargo de la situación. Había visto con sus propios ojos que la mujer acababa de entrar en la casa. Estaba claro que Kenji Sugiura había sido asesinado antes. Ella no había tenido tiempo de matarlo y, además, el estado del cadáver indicaba que llevaba un rato muerto.

—Necesito que declare a mi favor —le pidió la mujer con voz temblorosa.

Kiriko nunca había visto a nadie temblando así. Era un temblor casi audible, como si sufriera un ataque epiléptico. Los dientes le castañeteaban. Antes de responder, Kiriko observó el cadáver. La sangre le salía del pecho y se le derramaba hasta el abdomen, empapándole la camisa. Mientras ambas mujeres lo miraban, una de sus manos se retorció en un espasmo involuntario. —Usted me cree, ¿verdad? ¡Yo no he sido! —dijo la mujer tras una pausa. Kiriko asintió, y ella la miró fijamente con los ojos muy abiertos—. Cuando sospechen de mí, necesitaré que declare a mi favor —insistió, sacudiéndole los hombros—. He tenido la mala suerte de llegar justo después que el asesino. Usted es la única que puede ayudarme. Por favor, dígame cómo se llama.

El olor de la sangre le azotaba el olfato y se mezclaba con el aroma del caro perfume de la mujer.

—Le diré mi nombre y declararé a su favor —anunció Kiriko, abriendo la boca por primera vez—. Pero ¿quién es usted?

La mujer tardó un poco en responder, como si las dudas se agolparan en su garganta y le impidieran hablar.

—¿Quién es? —repitió.

—Me llamo Michiko Kono —anunció la mujer.

Kiriko no se sorprendió al oír aquel nombre, pues de algún modo ya había adivinado la identidad de la mujer nada más verla. Era la dueña del restaurante donde trabajaba Kenji Sugiura, y Kiriko dedujo inmediatamente que ambos se reunían en secreto en aquella casa.

—Ahora ya sabe mi nombre. Soy la dueña del restaurante donde trabajaba Kenji.

Michiko estaba tan alterada que olvidó explicarle que el hombre al que habían asesinado se llamaba Kenji. Aquello le dio a Kiriko un poco de margen para pensar. Su imaginación se puso a trabajar.

Recordó el estado en el que se había quedado Kenji después de pedirle que llamara al despacho de Otsuka y exigirle que colgara justo después, y dedujo que Michiko Kono, la amante de Kenji, mantenía al mismo tiempo una relación con el abogado. La angustia de Kenji solo podía estar motivada por los celos. Pero ¿por qué había intentado llamar al abogado? Tenía que haber algo más entre Michiko y Otsuka, algo que atormentaba a Kenji.

Aquella hipótesis le atravesó la mente como un relámpago.

Recorrió la estancia con la mirada. Había muy pocos muebles, muchos menos que en cualquier casa donde se hiciera vida normal. El escaso mobiliario que había era caro y no combinaba. No parecía una casa equipada para la rutina diaria, pero todo lo que contenía era de lujo. Aquel desequilibrio confirmaba que la casa no era más que el escenario de los encuentros clandestinos entre dos amantes.

Los ojos de Kiriko se detuvieron en un pequeño objeto situado junto al cadáver. Era metálico y despedía reflejos plateados bajo la luz. Era un mechero. Probablemente perteneciera al difunto. Encima del brasero había un paquete de tabaco abierto. El cenicero estaba vacío. Un par de cigarrillos sobresalían del paquete.

—Deprisa, dígame su nombre —le pidió Michiko atropelladamente, como alguien que está a punto de precipitarse por un acantilado y se agarra con desesperación a unas briznas de hierba.

—Me llamo Kiriko Yanagida —respondió ella tranquilamente, sin apartar la vista del cadáver. La muchacha no había dicho ni una palabra al ver

el cuerpo del difunto, y su expresión apenas había cambiado. Solo había apretado los labios y empalidecido ligeramente.

—¿Y dónde vive? Deme su dirección —le pidió Michiko.

—Trabajo en el bar Kaiso, en Ginza.

Michiko dio un respingo al oír aquel nombre, y miró a Kiriko con cara de terror.

—¿El bar Kaiso? ¿El de la hermana de Kenji?

—Exacto. Trabajo allí —repitió Kiriko lentamente.

Michiko tragó saliva.

—Ya lo entiendo. Por eso ha venido, ¿no?

La mujer se equivocaba. Daba por sentado que Kiriko había ido a visitar a Kenji a su guarida secreta por algún asunto relacionado con el bar de su hermana, y Kiriko no hizo nada por corregir el malentendido.

—Bien —continuó Michiko, dirigiéndole una mirada implorante—. Kiriko Yanagida. La señorita Kiriko Yanagida, ¿verdad? —dijo, repitiendo su nombre dos veces para asegurarse de que lo había entendido bien.

—¿Sabe quién lo ha matado? —preguntó Kiriko en un susurro.

—No tengo ni idea. No sé quién puede haber sido —respondió Michiko en voz alta, meneando la cabeza enérgicamente—. Tenemos que irnos —añadió a continuación—. No quiero que nadie me encuentre aquí, y puede que el ama de llaves vuelva pronto. Deprisa, salgamos.

Michiko fue la primera en salir.

Kiriko cruzó las dos habitaciones contiguas hacia la salida y se puso los zapatos que se había quitado precipitadamente y había dejado en el recibidor.

Los zapatos de Kenji estaban tirados en un rincón.

Michiko ya se había ido.

Estaba sola. Empezó el camino de vuelta y llegó a la avenida del tranvía, pero no vio a Michiko por ningún lado. Habría huido a toda prisa.

Estaba enfrente de los baños públicos. Dos mujeres que llevaban barreños metálicos apartaron la cortinita y entraron entre risas. Tres chicos jóvenes, con las toallas en la mano, salieron de otra puerta que daba acceso a los baños masculinos. Pasó un tranvía que enseguida desapareció en la oscuridad. Los coches circulaban por la calle. Pasó un camión. Había gente caminando. Era una noche como cualquier otra, una escena normal y

corriente en la que todo el mundo ignoraba que un asesino andaba suelto por el vecindario.

Kiriko se dirigió a la parada del tranvía. Había cuatro o cinco personas esperando. Ninguna de ellas sabía que se acababa de cometer un asesinato.

La muchacha echó un vistazo alrededor, pero no había ni rastro de Michiko. Habría cogido un taxi en la avenida y ya andaría lejos de allí.

El escenario del crimen se le había quedado grabado en la mente. Aquella escena y la que ahora se desarrollaba ante sus ojos le parecían tan distintas como si pertenecieran a mundos diferentes. A solo tres minutos a pie había un hombre muerto tumbado en un charco de sangre.

Un hombre que montaba en bicicleta pasó por delante de ella tarareando una canción popular. La imagen que tenía grabada en la mente parecía difuminarse mientras observaba la realidad monótona que la rodeaba. Lo que veía ahora era mucho más intenso.

De repente, se paró en seco. Un destello de luz blanca le había atravesado la mente. El mechero. La combinación de colores —el rojo de la sangre derramada y el plateado del pequeño mechero— le parecía extrañamente hermosa.

Al principio había pensado que el mechero pertenecía al difunto, pero de repente la asaltó la idea de que también podría ser del asesino. En ese preciso instante, el paisaje que la rodeaba desapareció de su vista y la escena del cadáver ensangrentado se reprodujo de nuevo en su mente con la misma frescura del primer momento. Kiriko miró la hora. No podía hacer más de cinco minutos que había salido de la casa, y no creía que nadie hubiera entrado entretanto. Estaba a solo tres minutos a pie, así que dio media vuelta y se adentró de nuevo en el callejón.

Dobló la esquina y volvió a pasar junto al bloque de pisos. Las ventanas aún estaban iluminadas, y se seguían oyendo risas.

Kiriko entró en el patio. Escuchó atentamente durante un rato, pero no se oía nada. La radio también había enmudecido. Como si fuera una visita cualquiera, abrió la puerta, entró y se descalzó con la tranquilidad que la caracterizaba.

Entonces vio un objeto negro en el suelo del recibidor, y descubrió que se trataba de un guante de piel. Al salir de la casa no había reparado en él.

Llevaba bordado un diseño arabesco, discreto pero sofisticado. Era el guante derecho de una mujer. Michiko debía de haberlo perdido sin darse cuenta. Kiriko lo recogió y lo retuvo entre sus manos sin saber por qué.

Cruzó las dos estancias, primero la pequeña y luego la más grande. El tatami le parecía más mullido que nunca, y tenía la sensación de que los talones se le hundían en el suelo al andar.

Cuando entró en la habitación de ocho tatamis, encontró el cuerpo y la sangre tal y como los había dejado al salir, como si fueran objetos de adorno. Los ojos del cadáver seguían mirando fijamente al techo. No se había movido. Tenía la boca abierta como si bostezara, y un diente de oro brillaba en su interior. Lo único que había cambiado durante la ausencia de Kiriko era la mancha de sangre de su camisa, que se había ensanchado. El mechero plateado aún estaba ahí.

Kiriko se agachó y lo recogió. Estaba decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Dos de las uvas estaban ligeramente arañadas. Kiriko evocó la noche en la que Kenji había estado fumando en el bar. Se había llevado un cigarrillo a los labios y había estado hurgando en el bolsillo. Kiriko recordaba que había sacado una caja de cerillas, pero Nobuko le había ofrecido fuego y él había vuelto a meterse la caja en el bolsillo. No había utilizado ningún mechero, de eso estaba segura. Así pues, el mechero no era de Kenji.

El cenicero estaba encima de la manta que cubría el brasero, pero no había ni una colilla. Los cigarrillos que sobresalían del paquete estaban intactos. Por eso a Kiriko le pareció extraño que hubiera un mechero en el suelo, y tuvo el presentimiento de que pertenecía al asesino.

Tras apenas unos segundos de reflexión, la muchacha se metió el mechero en el bolsillo y dejó caer el guante de mujer junto al cadáver, en el lugar exacto donde había encontrado el mechero. Lo arregló un poco con las manos para que mostrara sus largos dedos, como si fuera un artículo de exposición. Igual que el mechero plateado, el guante negro también hacía juego con la sangre roja.

Kiriko volvió al recibidor. Antes de ponerse los zapatos, se revisó cuidadosamente las suelas de los pies para comprobar que no tenía manchas de sangre en los calcetines. A continuación, cerró la puerta y salió a la calle. El callejón oscuro estaba desierto. En las casas del vecindario tampoco se

veían señales de vida. Cuando pasó por delante del bloque de pisos, dos chicos jóvenes abrieron la puerta para salir a la calle, pero no repararon en ella. No había nada de qué preocuparse. Además, allí no la conocía nadie.

Llegó a la avenida del tranvía y se dirigió de nuevo hacia la parada. La gente que esperaba antes ya se había ido, y ahora solo había dos personas con cara de frío. Kiriko esperó a su lado. Nada había cambiado en aquella estampa nocturna monótona y serena.

Kiriko entró en el bar Kaiso.

Todavía faltaba para la hora de cerrar, y quedaban algunos clientes.

—¡Rie! ¿Va todo bien? —le preguntó una compañera. Nobuko debía de haberles dicho que Kiriko se había tomado la noche libre.

—Había quedado con una amiga de la ciudad, pero al final no se ha presentado.

Un acordeonista se acercó a las mesas y cantó una canción que le había pedido un cliente. Al ver a Kiriko, Nobuko se levantó de la mesa donde estaba y se acercó a ella.

—¿Tienes un momento, Rie? —preguntó, y la llevó a un rincón. Kiriko mantuvo la calma—. ¿Qué tal? Cuéntame —susurró Nobuko.

—Lo siento —se disculpó ella, también en voz baja—.

No he visto a Kenji. He esperado un rato en la calle, pero como no salía he llamado al restaurante y he preguntado por él. Me han dicho que se había ido media hora antes. Supongo que no lo habré visto salir.

Nobuko parecía visiblemente decepcionada. —¿Y no sabes adónde ha ido?

—Lo he preguntado, pero no me lo han dicho. De verdad que lo siento. He intentado estar alerta, pero me he encontrado con un conocido, me he puesto a hablar con él y me habré despistado justo cuando él salía.

—¿Ah, sí? ¿Quién era? —preguntó Nobuko con indiferencia.

—El amigo de Kenji —respondió Kiriko—, el que vino la otra noche. Se me ha acercado mientras esperaba y quería saber qué estaba haciendo allí. Me ha costado bastante quitármelo de encima.

—¿Te has encontrado con el señor Yamagami? —preguntó Nobuko con expresión de disgusto, sin disimular la antipatía que sentía por el amigo de Kenji.

—Luego he llamado al restaurante y me han dicho que Kenji ya se había ido, así que he ido al cine. Al salir he pensado que quizá Kenji habría vuelto y he llamado al restaurante otra vez, pero no me ha respondido nadie.

—No me extraña, era muy tarde —dijo Nobuko, abatida.

—No sabes cuánto lo siento. La próxima vez intentaré hacerlo mejor.

—Sí, a lo mejor te pido que vuelvas a hacerlo.

Nobuko estaba decepcionada, pero era incapaz de enfadarse con su amiga.

—¡Eh, Rie! —la llamó un cliente desde una mesa—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—¡Ya voy!

Kiriko acudió enseguida, luciendo una sonrisa desenfadada.

—¿Qué ha pasado? Me han dicho que hoy librabas. ¿Ya has vuelto de tu cita? —bromeó el hombre.

—¡Qué va! Nadie quiere salir conmigo.

El cliente siguió bromeando un rato y, al final, le preguntó si quería tomar algo.

—Un *gin fizz*, por favor —pidió Kiriko, despreocupadamente.

Fue el ama de llaves quien encontró el cuerpo de Kenji Sugiura. La causa de la muerte era una herida de arma blanca que le había atravesado el pecho hasta el corazón. El arma, probablemente una daga o un puñal, no estaba en el escenario del crimen.

El asesinato ocasionó un gran revuelo mediático. Tras la declaración del ama de llaves, Michiko Kono fue detenida como principal sospechosa. Las conclusiones de la policía fueron las siguientes:

Kenji Sugiura llevaba dos años trabajando como *maître* en el restaurante que regentaba Michiko Kono. Cuando se mudó de Kyushu a Tokio, en vez de empezar a trabajar en el bar Kaiso, que regentaba su hermana mayor, decidió

aceptar la oferta del restaurante para ganar experiencia, con la intención de abrir su propio negocio en un futuro.

Cuando ya llevaba un año trabajando, empezó una relación amorosa con Michiko Kono. Según la declaración de la mujer, fue Kenji quien la sedujo, a pesar de que era más joven que ella. Quizá hubiera ocurrido precisamente lo contrario, pero como los muertos no hablan era imposible saber la verdad. Ella llevaba tres años divorciada.

Michiko declaró lo siguiente ante el fiscal:

Mi relación con Kenji fue un error, me dejé llevar por un impulso y me equivoqué. Más adelante reflexioné y decidí poner fin a la aventura y continuar con mi vida, pero él estaba muy enamorado y no atendía a razones. Era muy joven y estaba loco por mí.

Intenté alejarme de él, pero Kenji no se daba por vencido y se negaba a aceptar que habíamos terminado.

Ocultamos nuestra relación a los empleados del restaurante, y nos comportábamos con mucha discreción. A pesar de todo, parece que algunos de mis empleados más antiguos se dieron cuenta de lo que ocurría. Lo sé porque guardaban las distancias con Kenji y lo trataban con mucho más respeto. Él trabajaba muy duro por el negocio. No parecía un simple empleado, sino el dueño del restaurante, y se dejaba la piel por mí. Sus esfuerzos me parecían conmovedores, pero era consciente de que no debía prolongar aquella relación con un chico tan joven. Además, no creía que fuera beneficiosa para él.

Habíamos alquilado aquella casa para poder vernos discretamente. Contraté al ama de llaves y procuré que nadie supiera nada. Sin embargo, últimamente yo hacía todo lo posible por evitar a Kenji, y apenas íbamos a la casa. Mi intención era rescindir el contrato de alquiler en cuanto fuera posible, pero me sentía incapaz de hacerlo sin el consentimiento de él.

Lo que quiero decir es que Kenji era una persona obsesiva y a veces agresiva. Los jóvenes suelen actuar de forma impulsiva, dejándose llevar por sus emociones. Era del todo imprevisible, pero no me di cuenta hasta hace poco. Dada mi situación, no tengo más remedio que contarlo



todo. Más adelante, conocí al abogado Kinzo Otsuka y empecé una relación muy especial con él. También por eso quería poner fin a mi aventura con Kenji. Hice todo lo que pude para que él no descubriera que estaba saliendo con Otsuka, pero en algún momento lo averiguó.

Últimamente parecía que Kenji hubiera entrado en razón y estuviera dispuesto a apartarse de mi camino, pero cuando descubrió lo mío con Otsuka se puso fuera de sí y pensó que solo quería quitármelo de en medio para poder estar con el abogado.

Kenji empezó a amenazarme. En el restaurante no se atrevía a hacerlo delante de los demás empleados, pero buscaba la menor oportunidad para abordarme en cualquier lugar donde no hubiera nadie y me decía que, si no ponía fin a mi relación con Otsuka, no se consideraba responsable de sus actos. Un día sacó un frasco de ácido nítrico delante de mis ojos, y otro día me enseñó una navaja. Empecé a tener miedo de él. Cuando pienso en lo que podría haber hecho, me dan escalofríos. A Otsuka no le dije nada. Él me consideraba una mujer pura e inocente, por eso no fui capaz de confesarle que tenía una aventura con Kenji. Así pues, lo sufría sola y en silencio. Cuando quedaba con Otsuka, procuraba que Kenji no se enterase. Y aun así me sentía constantemente en peligro, como si estuviera andando sobre una fina capa de hielo. Y también me sentía culpable, pues Otsuka confiaba ciegamente en mí.

Un día, fui a Hakone a jugar al golf con Otsuka. Les dije a mis empleados que estaría en otro lugar haciendo gestiones, pero Kenji debió de sospechar que era mentira y se presentó de repente en el hotel donde nos alojábamos mientras estábamos cenando en el restaurante. Cuando lo vi allí, pálido y plantado en la puerta, las piernas me flaquearon.

Sin dejar de temblar, Kenji me echó en cara mi comportamiento. Él quería llevarme fuera y yo intentaba calmarlo, pero no había nada que hacer porque me había sorprendido en plena infidelidad.

El comedor del hotel estaba abarrotado y Otsuka miraba constantemente en nuestra dirección. La cabeza me daba vueltas. Aun así, le supliqué que no montara una escena y él debió de compadecerse de mí, pues al final acabó resignándose y se acercó al abogado para

saludarlo. Luego le dije a Otsuka que Kenji había venido de Tokio para traerme un mensaje.

A partir de entonces, Kenji estaba cada vez más celoso. Me dijo que, al volver de Hakone, había intentado llamar a Otsuka para explicárselo todo, pero que no lo haría si yo rompía con él cuanto antes. Además, siguió amenazándome. Era joven y fuerte, y podría haberme matado de haberlo querido. Intenté convencerlo de que, aunque continuáramos juntos, no podríamos casarnos por la diferencia de edad, y tampoco podríamos vivir en pareja porque la sociedad jamás lo aceptaría. Le dije que era muy joven, y que sería mucho más feliz si se casaba con una chica de su edad. Pero él solo tenía ojos para mí. Deshecho en lágrimas, dijo que las demás le parecían aburridas y que prefería estar soltero durante el resto de su vida.

Me dio mucha lástima, pero no había alternativa. Había intentado hacerle entrar en razón por todos los medios, y al final accedió a romper la relación. Le prometí que, si dejaba de acosarme, le prestaría el dinero que necesitara para abrir su propio restaurante, pero él me dijo que no necesitaba dinero y que tenía su propia fuente de ingresos. No entendí exactamente a qué se refería. Luego añadió que, si aceptaba mi ayuda, tendríamos una relación basada exclusivamente en el dinero y que, aunque no nos viéramos, le resultaría demasiado triste.

Aquella noche quería verme por última vez. Yo no quería ir, pero pensé que, si me negaba, se pondría furioso y haría cualquier barbaridad. A mi pesar, acabé aceptando. Habíamos quedado a las nueve. Le pedí al taxista que me dejara cerca y llegué hasta la casa andando. El primero en llegar era el que se encargaba de echar al ama de llaves. Cuando entré, supe que él ya había llegado porque la mujer no salió a recibirme. Además, vi sus zapatos en el suelo del recibidor.

Pensé que Kenji me estaría esperando en la sala de ocho tatamis, como siempre, así que atravesé las demás estancias de la casa. Cuando entré en la sala, vi su cuerpo cubierto de sangre junto al brasero. Estuve a punto de desmayarme. Sin saber lo que hacía, salí corriendo hacia el recibidor. No podía quitarme de la cabeza la imagen del cuerpo muerto y ensangrentado de Kenji.

La verdad es que, en aquellos instantes, solo me preocupaba mi propia situación. Sabía que todas las sospechas recaerían sobre mí. Cuando pensaba en lo que pasaría cuando me detuvieran, se me helaba la sangre en las venas.

Entonces, cuando salí de la casa muerta de miedo, con la intención de alejarme de allí cuanto antes, me di de bruces con una chica joven. No sé quién era, pero estoy convencida de que estaba vigilando la casa. De repente, se me ocurrió que la chica sospecharía de mí, así que la sujeté firmemente y le dije que no había sido yo. Ella se quedó muda de asombro.

Insistí en que yo no lo había matado y le pedí que declarara a mi favor. Al final, ella accedió a acompañarme al interior de la casa y también vio el cuerpo de Kenji.

Le pregunté cómo se llamaba y dónde vivía para que pudiera testificar a mi favor, y me dijo que trabajaba en el bar Kaiso y se llamaba Kiriko Yanagida. El bar es propiedad de la hermana de Kenji. Pensé que la chica habría ido a ver a Kenji por algún asunto relacionado con el negocio. El caso es que ella me prometió que declararía que yo era inocente. Sentí un gran alivio al oír sus palabras. Entonces me entró un miedo atroz al pensar en el cadáver y salí corriendo sin mirar atrás y sin esperar a la señorita Yanagida. Recorrí el oscuro callejón a toda prisa, cogí un taxi y volví al restaurante, donde llegué un poco antes de las once y diez.

Al llegar, me di cuenta de que había perdido el guante derecho. No sabía dónde se me había caído, y me sorprendió mucho saber que lo habían encontrado al lado del cadáver. No recuerdo que se me cayera allí. En cambio, estoy convencida de haber visto un mechero junto al cuerpo de Kenji. Estaba decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Seguro que la señorita Yanagida también lo vio, pregúntenselo. Ella declarará a mi favor y demostrará mi inocencia.

Cuando interrogaron a Kiriko Yanagida, negó todo lo que había declarado Michiko Kono.

Nunca he visto a la señorita Michiko Kono ni he oído hablar de ella.  
Aquella noche no estuve en la casa que ella ha mencionado, sino en el cine.

Las declaraciones de Michiko Kono y de Kiriko Yanagida eran completamente contradictorias.

Los puntos clave de la declaración de Michiko eran los siguientes:

1. Michiko tenía una aventura con Kenji Sugiura, el *maître* de su restaurante. Ella quería poner fin a la relación, pero él estaba obsesionado con ella.

2. El año anterior, Michiko había empezado una relación sentimental con el abogado Kinzo Otsuka, a quien no le habló de su aventura con Kenji Sugiura. Sin embargo, el joven estaba muy celoso de su relación con el abogado, así que presionaba a Michiko sin cesar para que rompiera con él y la amenazaba con explicárselo todo a Otsuka si no lo hacía. Incluso llegó a amenazarla físicamente.

3. Michiko logró que Kenji entrara en razón y aceptara la ruptura, pero accedió a quedar con él por última vez en la casa que ambos habían alquilado como refugio secreto, situada en el barrio de XX. Una mujer de mediana edad se encargaba de cuidarles la casa mientras ellos no estaban.

4. A las nueve de la noche, la hora de la cita, Michiko llegó a la casa en taxi. Cuando entró, se dirigió a la sala de ocho tatamis y descubrió el cadáver ensangrentado de Kenji junto al brasero. Huyó a toda prisa, asustada, y topó de frente con una chica joven que estaba en la puerta de entrada.

5. Michiko le pidió a la chica que declarara a su favor para exculparla y le enseñó el escenario del crimen. La joven acabó reconociendo la inocencia de Michiko, y le dijo que se llamaba Kiriko Yanagida y que trabajaba como camarera en el bar Kaiso.

6. Michiko huyó del escenario del crimen y volvió a su restaurante de Ginza, confiando en que Kiriko Yanagida testificara a su favor. Al fin y al cabo, se había dado cuenta de que Michiko era inocente.

7. No recordaba dónde había perdido el guante, y no se explicaba cómo había ido a parar junto al cadáver de Kenji Sugiura. Le parecía muy improbable que se le hubiera caído allí.

En cambio, la versión de los hechos de Kiriko Yanagida desmentía punto por punto la de Michiko Kono:

1. Kiriko nunca había visto a Michiko Kono ni había oído hablar de ella. Tampoco la conocía personalmente.

2. Aquella noche, a las nueve, estaba viendo una película en un cine de Hibiya.

3. Además, no tenía ningún motivo para ir sola al escenario del crimen, situado en una casa cuya existencia ignoraba por completo.

4. Puede que Kenji Sugiura le hubiera hablado a Michiko Kono de ella, por eso la mujer había dicho su nombre. Kenji iba a menudo al bar Kaiso, regentado por su hermana, y sabía que Kiriko trabajaba allí.

El fiscal encargado de la instrucción del caso comparó ambas declaraciones y reflexionó detenidamente.

A juzgar por su expresión y por el contenido de su declaración, no creía que Michiko Kono hubiera mentido. Por otro lado, la testigo se negaba a rectificar su testimonio. Todavía tenía rasgos infantiles, pero parecía tener mucho carácter y no quería cambiar ni una coma de su declaración. Así pues, el fiscal recomendó buscar pruebas que respaldaran ambas declaraciones.

Kiriko Yanagida no tenía forma de demostrar que aquella noche, a las nueve, estaba en el cine tal y como había asegurado, pero conocía el argumento de la película que supuestamente había visto. Como hacía poco que había llegado a Tokio, no era de extrañar que no se hubiera cruzado con ningún conocido entre el público. Sin embargo, tampoco encontraron pruebas

que la situaran en el escenario del crimen. Nadie la había visto allí. En realidad, como ella misma afirmaba, no había indicios de que conociera el lugar donde se había cometido el crimen. La ubicación de la casa era un secreto que solo compartían Michiko y Kenji; nadie más conocía su existencia. Así pues, parecía bastante inverosímil que Michiko se hubiera encontrado allí con Kiriko por casualidad.

Sin embargo, Nobuko, la amiga de Kiriko, le había pedido que vigilara a Kenji, su novio. Estaba confirmado que Kiriko se había tomado la noche libre para espiarlo. En referencia al asunto, Kiriko había declarado lo siguiente:

Nobuko me pidió que espicara a Kenji, así que estuve un rato esperándolo frente al restaurante donde trabajaba. Creo que llegué allí sobre las siete. Pero Kenji no aparecía y me daba un poco de reparo esperar sola. Además, me aburría y me dolían los pies. Así pues, decidí ir al cine. Serían las nueve menos veinte, si no me equivoco. La estancuera de la esquina me vio esperar frente al restaurante y probablemente se acordará de mí.

La policía interrogó a la anciana estancuera, que recordaba haber visto a una chica muy parecida a Kiriko Yanagida plantada en aquella esquina desde las siete, como si esperase a alguien.

Kiriko no tenía una relación especial con la víctima. Conocía a Kenji porque era el hermano de su jefa y, de vez en cuando, iba al bar a tomar algo. Tal y como había declarado, la muchacha no conocía a Michiko Kono. Nada indicaba que hubiera tenido el menor contacto con ella.

Además, parecía demasiado casual que Kiriko hubiera aparecido sin más en el lugar de los hechos como aseguraba Michiko Kono. No había pruebas de que la muchacha conociera la ubicación de la casa, por lo que la versión de la sospechosa no se sostenía. Aquel punto jugaba en contra de Michiko.

El verdadero problema era el guante de Michiko, que intensificaba las sospechas sobre ella. La mujer declaró que había perdido el guante derecho. Cuando le preguntaron por qué se había quitado solo un guante, ella respondió que tenía la costumbre de quitárselos al llegar a la casa y había empezado a hacerlo cuando entró en la sala de estar. La escena que vio allí,

completamente inesperada, hizo que olvidara quitarse el otro guante. Su versión parecía perfectamente creíble. Sin embargo, no fue capaz de explicar por qué había arrojado el guante junto al cadáver.

Michiko no recordaba que se le hubiera caído allí, y no tenía ningún motivo para haberlo dejado en aquel lugar tan comprometido.

Pero no era lo único que parecía incriminarla. Cuando le practicaron la autopsia a Kenji Sugiura, determinaron que el asesino lo había apuñalado por la espalda con un arma blanca que le había atravesado el corazón y le había provocado la muerte inmediata.

Según la descripción del escenario del crimen, había indicios de que Kenji había estado sentado junto a otra persona, con las piernas debajo del brasero portátil. Así pues, el asesino había apuñalado repentinamente a Kenji mientras hablaba con él. Aquello parecía indicar que el culpable tenía una relación bastante estrecha con la víctima. Además, el asesino tuvo que quitarse el guante para poder empuñar el arma sin dificultades. Era probable que, al ver a la víctima en el suelo, hubiera huido a toda prisa y hubiera dejado el guante junto al cadáver sin darse cuenta. Aquel punto, pues, también perjudicaba a la principal sospechosa.

Pero había otra cuestión que llamaba la atención del fiscal. Era la parte donde Michiko declaraba: «... estoy convencida de haber visto un mechero junto al cuerpo de Kenji. Estaba decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Seguro que la señorita Yanagida también lo vio, pregúntenselo».

Al interrogar a Kiriko sobre el asunto, ella afirmó que nunca había estado en el escenario del crimen y que, por tanto, no sabía nada de ningún mechero.

Sin embargo, el fiscal no se quitaba de la cabeza la cuestión del mechero. En indagaciones posteriores, los amigos y compañeros de Kenji Sugiura confirmaron que nunca llevaba mechero. De hecho, uno de sus compañeros de trabajo en el restaurante declaró que, ese día en concreto, Kenji había utilizado cerillas para encenderse los cigarrillos. Así pues, si Michiko decía la verdad al asegurar que había un mechero junto al cadáver, solo podía pertenecer al culpable.

Michiko también fumaba, pero declaró que no tenía mechero. Además, si ella hubiera sido la asesina, no habría mencionado la presencia del mechero



en el escenario del crimen. A menos que tuviera la intención de disipar las sospechas que recaían sobre ella y enmarañar la investigación.

El fiscal no tenía motivos para cuestionar la declaración de Michiko. La mujer incluso se había atrevido a confesarle su relación con el abogado Otsuka. A juzgar por la actitud de Michiko durante la declaración y basándose en su larga experiencia interrogando a sospechosos, el fiscal era capaz de discernir si alguien mentía o decía la verdad. Y, en aquel caso, el instinto le decía que la sospechosa había dicho la verdad.

Al mismo tiempo, empezó a poner en duda la declaración de Kiriko Yanagida.

Durante el interrogatorio, Kiriko se había mantenido fría y serena en todo momento, exhibiendo una fortaleza interna impropia de una chica tan joven. Se limitó a corroborar su propia versión de los hechos sin vacilar.

—Si miente, la acusarán de perjurio y puede que una persona inocente sea condenada a muerte. Lo entiende, ¿verdad? —le advirtió el fiscal, tratando de intimidarla, pero ella permaneció imperturbable.

—¿Cree que intento incriminar a Michiko Kono? No tengo ningún motivo para actuar así. De hecho, no tengo ningún motivo para ocultar nada relacionado con este caso. La señorita Kono y yo no nos conocemos —respondió ella, mirando al fiscal sin parpadear.

Y, en efecto, todos los indicios apuntaban en aquella dirección. Por mucho que avanzara la investigación, no solo no aparecieron intereses comunes entre Kiriko Yanagida y Michiko Kono, sino que fue imposible demostrar una conexión entre ambas.

Después de tres interrogatorios, el fiscal dejó de investigar a Kiriko.

El caso tuvo mucha repercusión en la prensa. No dejaba de ser un simple crimen pasional, pero con los alicientes de que la sospechosa era la dueña de un famoso restaurante de Ginza y, además, tenía una relación íntima con Kinzo Otsuka, un abogado de renombre.

El nombre de Kinzo Otsuka no solo era conocido en los círculos legales, sino también entre el público general. Todo el mundo sabía que era un prestigioso abogado. Sus logros judiciales eran muy bien valorados, y su nombre salía constantemente en la prensa. Además, él mismo solía escribir

artículos para periódicos y revistas, y hablaba en la radio de vez en cuando. Era toda una celebridad.

El asesinato sacó a la luz inesperadamente el escándalo de su vida privada. La insistencia de Michiko Kono al defender su inocencia solo sirvió para suscitar el interés de la opinión pública.

En aquel caso, las pruebas directas brillaban por su ausencia. En primer lugar, el arma homicida no había aparecido. El informe de la autopsia había determinado que se trataba de un arma blanca, como un puñal o una daga, pero nadie sabía qué había sido de ella. Además, tampoco había pruebas de que Michiko Kono hubiera estado en posesión de un arma semejante.

A juzgar por la posición del cadáver, la sangre debería haber salpicado al asesino, pero la ropa que Michiko Kono llevaba aquella noche estaba impoluta. Además, no se detectaron huellas dactilares del posible culpable en la manta que cubría el brasero ni en ningún otro objeto del escenario del crimen. Los muebles y demás objetos estaban repletos de huellas de Michiko Kono, pero eran antiguas e imprecisas, y la investigación concluyó que no correspondían a la noche del crimen, sino a ocasiones anteriores en que la mujer había estado en la casa con Kenji.

En resumen, el caso había despertado el interés de la gente porque se basaba exclusivamente en pruebas circunstanciales.

Keiichi Abe fue al bar Kaiso para ver a Kiriko Yanagida. —Rie ya no trabaja aquí —le anunció una de las camareras.

—¿Desde cuándo?

—Lo dejó antes de ayer.

La muchacha no parecía muy contenta.

Probablemente Kiriko había dejado el trabajo por consideración hacia la dueña, pues de algún modo se había visto implicada en el asesinato de su hermano. Además, el ambiente en el bar debía de ser irrespirable.

—¿Dónde vive?

Abe buscó con la mirada a Nobuko, la compañera de piso de Kiriko, pero le dijeron que ella también se había ido. —Rie ya no vive con Nobu. No sabemos cuál es su dirección actual.

—¿Y sabes dónde trabaja ahora?

La chica solo pudo darle el nombre del lugar donde trabajaba Kiriko. Era el bar Lyon, situado en una calle secundaria de Shinjuku.

El bar Lyon estaba muy escondido. Se hallaba al fondo de un callejón lleno de pequeños bares y tabernas, detrás de unos grandes almacenes. Era imposible encontrarlo por casualidad.

El bar Kaiso también era pequeño, pero al menos estaba en Ginza. A Abe se le cayó el alma a los pies al constatar que Kiriko se había visto obligada a salir de Ginza para meterse en aquel local minúsculo medio escondido en un callejón de Shinjuku.

El periodista empujó la puerta y entró. En el Lyon reinaba un ambiente sórdido. La barra estaba justo a su izquierda. El espacio era tan reducido que las sillas de los clientes ocupaban el pasillo, y Abe tuvo que ponerse de perfil para cruzar el local.

No tardó en encontrar a Kiriko. La chica estaba entreteniéndolo a un cliente al fondo del bar. Cuando vio a Abe, le giró la cara de inmediato. Sin decir nada, él se sentó frente a la barra, donde había una hilera de clientes con los codos apoyados.

Mientras se tomaba la copa que había pedido, Kiriko se le acercó como una sombra.

—Buenas noches. No esperaba verte aquí —le dijo en un susurro.

Bajo la pobre iluminación del local, la expresión de la muchacha parecía más adulta que cuando trabajaba en el bar Kaiso. Aquel cambio probablemente se debía al entorno en el que se encontraba, aunque podía ser que solo fueran imaginaciones de Abe, que la miraba de otra forma al saber que estaba implicada en un homicidio. —¿Por qué no me dijiste que habías cambiado de trabajo? —preguntó el periodista, bajando la voz al máximo para que el barman no lo oyera. Su tono era de reproche, pero Kiriko le dirigió una sonrisa.

—Lo siento, han pasado muchas cosas —se disculpó inesperadamente.

—He leído tu nombre en los periódicos. Quería hablar contigo, pero no estabas nunca en el bar —continuó Abe, y pidió un *gin fizz* para ella.

—Ya, es que la policía no me dejaba en paz.

—Podrías haberme llamado —le reprochó. Ella guardó silencio—. Supongo que te fuiste porque ya no podías trabajar allí después de todo lo que había pasado, ¿no? —Sí.

Kiriko no intentó negarlo, pero no parecía avergonzada, más bien al contrario: mantenía la cabeza erguida con expresión triunfal.

Hacía mucho tiempo que Abe no la veía tan altiva. Quería preguntarle muchas cosas, pero le costaba romper el hielo ante el personal del bar y los demás clientes, a pesar de que la música ambiental y el murmullo de las conversaciones conformaban un ambiente más bien ruidoso.

—Tengo que hablar contigo —dijo al fin—. ¿A qué hora sales? Puedo esperarte y damos un paseo mientras hablamos.

Kiriko mordisqueó la guinda que flotaba en su copa. —A las once y media. ¿No te importa esperar? —dijo ella, con una naturalidad sorprendente.

Kiriko se reunió con Abe a la hora acordada en la esquina donde el callejón desembocaba en la calle principal. La muchacha llevaba el mismo atuendo que cuando trabajaba en el bar Kaiso.

—¿Dónde quieres que vayamos? —le preguntó.

A aquella hora, las cafeterías ya estaban cerradas. Además, Abe no quería hablar en un lugar cerrado.

—Podemos hablar mientras damos un paseo —propuso. —De acuerdo —accedió ella alegremente.

Evitaron la transitada calle principal y se adentraron en una calle secundaria más tranquila que bordeaba el largo muro del Jardín Nacional. Una prostituta esperaba bajo un edificio.

—Leí tu declaración en la prensa —empezó Abe. Sus zapatos repiqueteaban en el suelo.

—¿De veras? —respondió Kiriko, tranquilamente y sin vacilar.

—¿Era eso lo que querías decir? —En realidad, quería preguntarle si lo que había declarado era verdadero o falso.

—Yo no miento —aseguró ella con franqueza—. Me conozco mejor que nadie.

—Ya veo. —Abe hizo una breve pausa. Una fría ráfaga de viento sopló entre sus piernas—. El abogado Otsuka perderá todo su prestigio —murmuró

entonces. —¿Tú crees? —preguntó Kiriko, dubitativa, como si nunca se hubiera planteado aquella posibilidad.

—Sí, eso creo. Un escándalo de semejante envergadura basta para hundir a un personaje público como él.

Doblaron la esquina y siguieron andando junto al oscuro cercado. En la acera de enfrente brillaban los farolillos rojos de algunos bares. Se cruzaron con un escandaloso grupo de chicas jóvenes.

—La venganza te ha salido a pedir de boca, ¿no? —dijo Abe sin tapujos, profundamente convencido de lo que decía.

—¿A qué te refieres? —repuso Kiriko sin alterarse. La calle estaba a oscuras y Abe no le veía la cara, pero estaba seguro de que ni siquiera había parpadeado.

—Le suplicaste a Otsuka que defendiera a tu hermano —continuó Abe, como si pensara en voz alta—. Pero él rechazó el caso. Sus honorarios eran demasiado elevados para ti, y no sabía si podrías pagarle o no. Aquello te dolió. A fin de cuentas, habías venido expresamente desde Kyushu para pedirle que defendiera a tu hermano inocente. Pero no tuviste más remedio que regresar a casa con las manos vacías.

Ella lo interrumpió.

—¿Quieres decir que la caída en desgracia de Otsuka ha sido mi venganza por lo que me hizo? —preguntó tranquilamente.

—¿Tú no lo ves así?

—No, en absoluto —respondió tajantemente—. Eso no basta para satisfacerme. Tarde o temprano, Otsuka recuperará su prestigio. Mi hermano, en cambio, seguirá muerto y siempre será culpable de asesinato —añadió la muchacha, con la vehemencia que la caracterizaba.

Un grupo de jóvenes los adelantaron. A ojos de los demás, debían de parecer una pareja de enamorados dando un tranquilo paseo a la luz de la luna.

—¿Quieres decir que no te das por satisfecha? —preguntó Abe, para asegurarse de que lo había entendido bien.

—Por supuesto que no. Mentiría si dijera lo contrario. —Pero supongamos por un momento —insistió Abe, con una nueva determinación—, y solo es una suposición, que tu declaración ante el fiscal hubiera sido

deliberadamente falsa. ¿Cómo te sentirías? ¿Habrías consumado tu venganza?

—Yo no mentí ante el fiscal —repitió Kiriko. Su voz volvía a ser la misma de siempre, y caminaba a paso tranquilo.

—Considéralo una simple hipótesis. ¿Te sentirías satisfecha si lo hubieras hecho?

—No lo sé, ¿tú qué opinas? —repuso Kiriko, devolviéndole la pregunta.

—Yo creo que habrías logrado tu objetivo —respondió Abe.

—Pues yo creo que todavía no. Otsuka levantará cabeza. Las personas como él nunca pierden del todo el prestigio público. Yo no me daría por satisfecha.

Abe notó un escalofrío bajo el abrigo.

Kinzo Otsuka se volcó por completo en la defensa de Michiko Kono.

El caso había supuesto un duro revés para él. Para empezar, desde que su relación con Michiko había salido a la luz, se había convertido en el blanco de toda clase de críticas, tanto en público como en privado. Algunos eran particularmente duros con él. Hasta entonces, su comportamiento público como abogado había sido ejemplar y nunca había protagonizado un escándalo de semejantes dimensiones. Ahora se sentía desenmascarado e indefenso ante las duras críticas que le caían encima. Recibió presiones por parte de las organizaciones culturales a las que pertenecía y abandonó varias de ellas por voluntad propia. Sus enemigos, que hasta entonces habían permanecido agazapados, se dieron a conocer de la noche a la mañana.

La situación que vivía en su casa no era mucho mejor. Al saber que la engañaba con otra mujer, su esposa lo abandonó y regresó con sus padres. Otsuka se quedó solo.

Y la soledad que sentía no se limitaba al ámbito doméstico: en la oficina también tenía la sensación de que lo miraban de otra forma y lo rehuían. Sus empleados, que hasta entonces le habían mostrado el respeto más absoluto, ahora lo trataban con frialdad. Algunos de los jóvenes pasantes habrían renunciado a su empleo con la menor excusa. Varios de sus clientes acudieron a retirar los casos que le habían encargado, y dejaron de llegar

nuevos casos. Otsuka se convirtió en objeto del sarcasmo de periódicos y revistas. En la oficina reinaba un ambiente frío y enrarecido.

Sin embargo, no se dio por vencido. Por primera vez en mucho tiempo sentía aquel coraje que le insuflaba nuevas energías cuando tenía que enfrentarse a un caso especialmente difícil. Confiaba en Michiko, y no solo en lo relacionado con el caso. Creía en su amor y estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Ahora que se acercaba al umbral de la vejez ya no le importaban su reputación, su estatus social ni su brillante trayectoria como abogado.

Otsuka visitó varias veces a Michiko mientras ella estaba detenida, pendiente de juicio. Analizó los informes del caso con una meticulosidad que nunca había practicado hasta entonces.

Creía que Michiko era inocente. Estaba convencido de que su declaración era sincera, y sabía que aquella certeza no era fruto de ningún prejuicio relacionado con el amor que sentía por ella. A pesar de todo, no había perdido su objetividad como profesional.

El problema era la testigo que la propia Michiko había involucrado en el caso. Otsuka leyó una y otra vez la declaración de Kiriko Yanagida. Su intuición le decía que la chica mentía. Sin embargo, no era más que un presentimiento. Era imposible demostrar que el testimonio de Kiriko era falso. Su versión era coherente. No contenía errores ni contradicciones, y no faltaba ni un detalle. Otsuka sabía que sería inútil presentar ante el tribunal una defensa basada en una simple corazonada, así que necesitaba encontrar una forma objetiva de desmontar el testimonio de Kiriko.

Se dedicó con toda el alma a ese propósito. Investigó hasta el más mínimo detalle sin la ayuda de sus empleados. Quería llegar hasta el final él solo. El caso se había convertido en un acto de amor por Michiko.

Otsuka dedicó todos sus esfuerzos a encontrar la forma de demostrar que el testimonio de Kiriko era falso.

De repente, recordó al periodista que le había pedido su opinión sobre un caso relacionado con la testigo, aquella joven llamada Kiriko. ¿Era posible que su visita formara parte de la venganza de Kiriko? Otsuka suponía que sí, pero tampoco pasaba de una simple intuición. Nada demostraba que Kiriko y

Michiko se conocieran. La propia Michiko decía que se habían visto por primera vez en el escenario del crimen.

El problema era cómo había descubierto Kiriko la ubicación de la casa. Suponiendo que Michiko hubiera dicho la verdad, naturalmente. Aquella cuestión traía de cabeza al abogado. El fiscal también había puesto énfasis en ella, y había llegado a la conclusión de que la declaración de Michiko sobre aquel punto era falsa.

A pesar de que Otsuka sabía que Michiko había mantenido una relación con la víctima, un tal Kenji Sugiura, no se sentía engañado. Ya había sido castigada por su error al tener que soportar las amenazas del joven. Otsuka amaba a Michiko y no le reprochaba su desliz. En cuanto ella se dio cuenta de que también lo amaba, intentó poner fin a su aventura con Kenji. Se podía decir, pues, que Michiko se había visto implicada en aquel caso por su culpa.

En un último esfuerzo, Otsuka recordó el nombre de Keiichi Abe y buscó su tarjeta de visita. El joven periodista conocía a Kiriko y había visitado a Otsuka para pedirle su opinión sobre el homicidio que había tenido lugar en la ciudad de K, en Kyushu. Ahora, el abogado pensaba echar mano de su último recurso y ponerse en contacto con Abe para localizar a Kiriko y convencerla para que cambiara su testimonio.

Abe volvió a ver a Kiriko la noche después de recibir la llamada de Kinzo Otsuka. Tras escuchar las explicaciones del abogado decidió quedar con ella porque, en el fondo, él también albergaba dudas sobre la declaración de la muchacha.

Abe sentía simpatía por Kiriko, aunque no por ello estaba dispuesto a apoyarla hasta el punto de engañarse a sí mismo. No la encubriría, pero estaba decidido a protegerla si se encontraba en peligro. Sin embargo, aquella vez era diferente. Quería aclarar las dudas que pesaban sobre el testimonio de Kiriko por su propio interés, y no solo porque se lo hubiera pedido Otsuka.

Eran más de las once y media cuando la joven salió de aquel bar situado en un callejón de Shinjuku. Abe la esperaba para llevarla a dar un paseo. Escogieron la misma ruta que la última vez, la que discurría junto al largo y oscuro muro del Jardín Nacional.



—Tengo que preguntártelo otra vez —dijo el periodista mientras caminaban—. Dices que Nobuko te pidió que espieras a Kenji y que por eso estabas frente al restaurante donde trabajaba, ¿no es así?

—Sí —afirmó Kiriko, que andaba a su lado—. Eso es lo que le dije al fiscal.

—Sí, ya lo sé —respondió Abe—. Y así consta en el informe. Una testigo, la estanquera, confirmó que te había visto allí. Llegaste a las siete y estuviste esperando una hora y media, hasta que decidiste ir al cine. ¿No te moviste de allí en todo ese rato?

—No, no me moví —repuso ella sin vacilar.

—¿Te encontraste con alguien mientras esperabas? Es importante.

—Déjame pensar... —dijo ella, fingiendo que reflexionaba. Entonces, como si se le acabara de ocurrir, exclamó—: ¡Ah, sí! Me encontré con un conocido.

—¿De veras? ¿Quién era? —preguntó Abe, que se había quedado momentáneamente clavado en el suelo.

—Un cliente del bar Kaiso, amigo de Kenji. Solo lo había visto una vez.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Abe.

—Dijo que se llamaba Yamagami.

—¿Yamagami?

—Sí. Era amigo de Kenji desde el instituto.

—¿Y qué clase de persona es?

—No sé a qué se dedica, solo sé que antes era jugador profesional de béisbol. Empezó en el instituto de K, en Kyushu, que tiene un equipo muy bueno.

—¿El instituto de la ciudad de K? —repitió Abe, mirando a Kiriko en mitad de la oscuridad—. Es tu ciudad natal, ¿no?

—Así es. Todos los empleados del bar Kaiso son de la ciudad de K o de sus alrededores. Kenji también lo era, así que no es extraño que su amigo hubiera estudiado en el instituto de K.

—¿Y dices que ese tal Yamagami ya no juega al béisbol?

—Se ve que lo dejó. Yo no hablé directamente con él, pero Kenji me dijo que tenía mucho talento y que llegó a ser jugador profesional. Al ver que no conseguía subir del segundo equipo, se cansó.

—Ya veo —dijo el periodista—. Su nombre no me suena. ¿En qué posición jugaba?

—Dijo que era bateador. Bateador zurdo, si no recuerdo mal.

—¿Bateador zurdo? —repitió Abe, reflexionando.

Sin embargo, Kiriko no le contó toda la historia. No le dijo que, aquella noche, había visto a un hombre que se parecía mucho a Yamagami saliendo del oscuro callejón hacia la calle del tranvía, a unos doscientos metros del escenario del crimen. En realidad, no podía asegurar que se tratara de él, pero no solo había callado por eso. Tenía otro motivo para ocultarlo, tanto ante el fiscal como ante Abe. Explicarlo significaría admitir que había estado en el escenario del crimen y, además, le abriría a Michiko —o más bien a Kinzo Otsuka— las puertas de la salvación.

Kinzo Otsuka escuchó atentamente a Abe y se quedó boquiabierto al saber que Yamagami, el amigo de Kenji Sugiura, había sido bateador zurdo. Eso significaba que era zurdo. Además, era de la ciudad de K.

El abogado no le dijo al periodista que había leído el sumario del asesinato de la ciudad de K, por el que habían condenado al hermano de Kiriko Yanagida, y había descubierto que el verdadero asesino era zurdo. Masao Yanagida había muerto en la cárcel, pendiente del juicio de apelación. Otsuka se sentía culpable de haber rechazado su defensa por cuestiones económicas, y sus remordimientos le impidieron sincerarse con el periodista y contarle todo lo que sabía. Si el acusado siguiera vivo, Otsuka utilizaría aquel argumento y aceptaría defenderlo renunciando a sus honorarios, como había hecho en varias ocasiones al principio de su carrera.

Pero Masao Yanagida había muerto bajo custodia. Su muerte pesaba en su conciencia, así como el hecho de haberse negado a ayudar a Kiriko, la hermana del acusado, cuando esta había viajado expresamente desde Kyushu para implorarle su ayuda. Entendía que la chica estuviera resentida con él, pero a aquellas alturas ya no tenía el valor de revelarle todo lo que había averiguado.

El abogado de oficio de la ciudad de K no había sido capaz de descubrir lo que Otsuka sí había descubierto. Como consecuencia, Masao Yanagida

había sido declarado culpable en primera instancia. Otsuka era el único que sabía la verdad. Y no podía decírselo a nadie. Era un secreto que debía mantener a salvo.

Sin embargo, la pista del asesino zurdo le permitió elaborar una nueva y esperanzadora hipótesis que al principio había pasado por alto.

El asesino de Kenji Sugiura había estado sentado a su lado junto al brasero, a la derecha de Kenji.

Según el informe de la autopsia, Kenji había muerto a causa de una herida que había recibido en la espalda y le había atravesado el corazón. Una persona que estuviera sentada a la derecha de la víctima y quisiera apuñalarlo por la espalda no podría utilizar el brazo derecho. Si su intención era apuñalarlo sin levantarse para evitar que la víctima sospechara, había tenido que hacerlo necesariamente con el brazo izquierdo. Además, le había bastado con un único intento para infligir una herida mortal, y aquello revelaba que el culpable era fuerte y tenía la musculatura del brazo izquierdo muy desarrollada, es decir, se trataba de una persona zurda. Michiko no era zurda. Otsuka vislumbró un tenue rayo de esperanza.

Sin embargo, basándose en su larga experiencia en los tribunales, era consciente de que aquel argumento era demasiado débil para rebatir la exposición final del fiscal, quien alegaría que una persona diestra también podría haber cometido el crimen cambiándose de lado para apuñalar a la víctima con la mano derecha, o levantándose con cualquier excusa y apuñalándola por detrás para cogerlo desprevenido y evitar que pudiera defenderse.

Otsuka casi podía oír al fiscal rebatiendo sus tímidas objeciones.

Aun así, se aferró con fuerza a su teoría. Para reforzarla necesitaba desesperadamente una prueba concluyente que demostrara la inocencia de Michiko.

La fiscalía había basado su acusación en simples pruebas circunstanciales. Así pues, si conseguía presentar alguna prueba que exculpara a Michiko, podría construir una defensa bastante sólida.

Kinzo Otsuka estaba desesperado.

Entonces, un recuerdo le atravesó fugazmente el cerebro: se trataba del mechero que Michiko había declarado haber visto en el suelo, junto al

cadáver. La policía no lo había encontrado en el escenario del crimen, pero Otsuka estaba convencido de que Michiko había dicho la verdad.

Si ella lo había visto antes de abandonar la casa y la policía no lo había encontrado, significaba que alguien lo había cogido. El mechero tenía que pertenecer forzosamente al asesino.

¿Quién se lo había llevado?

Según la declaración de Michiko, Kiriko y ella habían estado juntas en la sala donde se encontraba el cadáver. Después Michiko había salido corriendo de la casa, presa del pánico, y había dejado sola a la joven. ¿Era posible que Kiriko hubiera aprovechado aquel momento para recoger el mechero y guardárselo?

No era ningún disparate. Nada más conocerla, Otsuka ya se había dado cuenta de que aquella joven que apenas acababa de superar la adolescencia tenía un carácter extraordinario. Teniendo en cuenta su excéntrica personalidad, era muy probable que hubiera actuado de aquella forma.

Pero ¿por qué motivo lo habría hecho?

Kiriko Yanagida estaba tramando su venganza personal contra Otsuka, quien se había negado a defender a su hermano por motivos económicos. Ella creía que, como consecuencia, Masao Yanagida había sido falsamente acusado de asesinato y había muerto en la cárcel. Era la excusa ideal, y para Otsuka suponía un buen problema. Él no era el juez que había declarado culpable a su hermano, y tenía derecho a decidir si aceptaba o rechazaba los casos que le proponían. Eso era lo que decía la lógica, pero Kiriko parecía estar convencida de que la sentencia de su hermano era una consecuencia directa de la negativa de Kinzo Otsuka, uno de los mejores abogados penales de Japón, a aceptar su caso. Aquello suponía un duro golpe psicológico para él.

Kinzo Otsuka creía en la veracidad de la declaración de Michiko. Basándose en aquella fe ciega, repasó mentalmente los puntos que conformaban los hechos.

La compañera de piso de Kiriko Yanagida le había pedido que vigilara a Kenji Sugiura, por lo que la muchacha estuvo montando guardia frente al restaurante donde este trabajaba durante una hora y media, desde las siete de

la tarde. Había dos testigos que podían corroborarlo: una anciana estanquera y un tal Yamagami, que había aparecido de improviso.

Al ver que Kenji no salía, Kiriko dijo que se había cansado de esperar y había ido al cine, pero Otsuka sabía que mentía. Kenji Sugiura había salido del restaurante alrededor de las ocho y media y había cogido un taxi para dirigirse a la casa del distrito de XX. Kiriko debió de seguirlo en otro taxi.

Aquello desmontaba la versión que Kiriko había mantenido hasta entonces, según la cual nunca había estado en la casa que Kenji y Michiko utilizaban como lugar de encuentro.

A partir de ese momento, los hechos coincidían con lo que Michiko había declarado. Cuando Kiriko se acercó sigilosamente a la casa para fisgonear se topó de frente con Michiko, que salía corriendo tras haber descubierto el cadáver. Michiko estaba muy alterada y temía que la relacionaran con el asesinato, así que convenció a Kiriko para que entrara con ella y le pidió que declarara a su favor. La joven no la había visto nunca, pero hizo lo que cualquier otra persona habría hecho en aquellas circunstancias. Aunque al principio no tuviera mala intención, durante el desarrollo de los acontecimientos se le ocurrió una idea. Una idea siniestra.

Kiriko accedió a las súplicas de Michiko y le dio su nombre. Michiko no pudo soportar más la proximidad del cadáver y huyó de la casa a toda prisa. Al quedarse sola, Kiriko recogió el mechero que había junto al cuerpo de la víctima, decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Otsuka estaba convencido de que, antes de salir, la muchacha encontró el guante derecho de Michiko y tuvo otra pérfida idea. Recogió el guante, lo colocó junto al cadáver y se fue.

De algún modo, la joven Yanagida debía de estar al corriente de que Kinzo Otsuka mantenía una relación con Michiko Kono y había intentado asestarle un golpe que destruyera lo que más le importaba: Michiko.

En ese caso, Otsuka no podía menos que admitir que el plan le había salido a la perfección. Michiko estaba acusada de asesinato. Otsuka había sido públicamente vilipendiado y su esposa lo había abandonado. Había caído en desgracia.

A pesar de todo, se sentía lleno de coraje. Lo importante era salvar a Michiko, su propia situación le traía sin cuidado. Por primera vez en más de

cincuenta años, ardía de pasión por la mujer a la que amaba.

El mechero del racimo y las ardillas pertenecía al asesino. No le cabía la menor duda de que Kiriko Yanagida lo había escondido. Otsuka quería que se lo devolviera y le contara la verdad sobre lo ocurrido. Luego le pediría que cambiara su declaración y testificara a favor de Michiko. Estaba dispuesto a sacrificar lo que fuera para conseguirlo.

Kinzo Otsuka no dudaría en dejar de lado su honor, su carrera y su edad, postrarse a los pies de la joven si fuera necesario y suplicarle que lo ayudara. No le importaba que ella lo denunciara por acoso ni que hablara mal de él. Se rebajaría hasta el punto que fuera necesario. Soportaría cualquier humillación con el fin de convencerla para que actuara en su beneficio.

Kinzo Otsuka, que había averiguado dónde trabajaba Kiriko gracias a Keiichi Abe, llegó al bar del callejón de Shinjuku pasadas las once de la noche.

La idea que tenía al principio era concertar una cita con Kiriko a través de Abe, pero temía que la muchacha no se presentara. Además, le costaría más hablar con ella delante de otra persona. Así pues, no le quedaba más remedio que abordarla directamente.

Abe le había dicho que el bar cerraba a las once y media. Como ninguno de los dos conocía la dirección de la joven, tendría que hacer lo mismo que el periodista e intentar hablar con ella en la calle, cuando saliera de trabajar.

Kinzo Otsuka recorrió el estrecho callejón en busca del bar Lyon. Era un establecimiento pequeño. Empujó la puerta y entró.

En el interior del pequeño local flotaba una densa humareda de tabaco. A primera vista se percató de que la clientela no era precisamente sofisticada y no tenía nada que ver con el tipo de gente con el que solía relacionarse. Había hombres de negocios de poca monta y trabajadores corrientes. Otsuka, que conocía la mala fama de aquella zona, había tenido que reunir todo su valor para entrar en el bar.

Empezó a buscar a Kiriko nada más entrar. Solo conservaba un vago recuerdo de su fisonomía, pero estaba convencido de que la reconocería en cuanto la viera. Había cuatro o cinco camareras atendiendo a sus clientes. La

escasa luz del local apenas permitía distinguir las caras, así que decidió sentarse en la barra.

El barman, que tenía el buen ojo propio de la gente de su profesión, se dio cuenta enseguida de que Otsuka estaba fuera de lugar. Lo delataban la edad y la ropa de buena confección. Además, tenía el porte de un hombre rico, y pronto atrajo las miradas de los demás clientes. El abogado, cohibido al convertirse en el centro de atención, se distrajo observando los estantes de bebidas que tenía enfrente.

—Buenas noches. ¿Qué tomará? —le preguntó educadamente el barman.

Los estantes estaban abarrotados de botellas de alcohol barato que Otsuka nunca había probado.

—Un whisky con agua —pidió al final.

Mientras tomaba aquel whisky barato, al fin pudo echar un vistazo alrededor. Sentado a su lado había un oficinista borracho con los brazos abiertos encima de la barra. Procurando no estorbarlo, Otsuka siguió buscando a Kiriko bajo la penumbra.

No pasó mucho rato hasta que una chica delgada emergió de entre la densa humareda del oscuro local y se colocó a su lado.

—Buenas noches y bienvenido.

Era Kiriko. Otsuka la recordaba del día en que había estado hablando con ella en su despacho. Con una discreta sonrisa, le pidió permiso para sentarse a su lado, desempeñando su papel de camarera a la perfección.

—Hola —dijo el abogado, que se había quedado sin palabras y no sabía ni cómo saludarla.

—Cuánto tiempo, señor Otsuka —empezó ella.

El abogado estaba confundido. Ella no se había inmutado al verlo, como si su presencia allí fuera lo más normal del mundo. Otsuka, en cambio, tenía el pulso acelerado.

A partir de entonces, se vio obligado a actuar como un cliente más. Había perdido la oportunidad de decirle lo que tenía pensado. El ambiente de aquel bar, tan diferente a los lugares que frecuentaba habitualmente, no contribuía a aplacar su nerviosismo.

Era tarde, y los empleados del local comenzaban a prepararse para cerrar. Kiriko pidió un cóctel.

Cuando los demás clientes empezaron a levantarse para irse, Otsuka hizo acopio de valor y le dijo a Kiriko en voz baja:

—Me gustaría hablar contigo. ¿Podemos dar un paseo cuando salgas?

Ella fijó la vista momentáneamente en las botellas de alcohol alineadas en el estante. Su rostro de perfil reflejaba la misma expresión que la última vez: tensa, mordiéndose el labio, con una pequeña vena azul surcándole la frente. Kiriko asintió sin decir nada.

Otsuka salió antes que ella y la esperó en la calle. Se sentía muy incómodo en aquel ambiente tan poco familiar. Por delante de él no paraban de pasar hombres borrachos, tambaleándose y gritando, y jóvenes de aspecto estrafalario en parejas o grupos de tres que lo miraban de arriba abajo.

Diez minutos más tarde, por fin se encontró paseando a solas con Kiriko por una calle desierta. Él le había dicho que prefería hablar en un lugar discreto y ella lo había guiado hasta allí. El abogado no conocía aquella zona, pues solía desplazarse en coche por las calles principales.

—Verá, señor Otsuka. Cuando lo he visto en el bar ya sabía que había venido a hablar conmigo —empezó Kiriko con franqueza y sin titubear, por lo que a Otsuka también le resultó más sencillo romper el hielo.

—¿De veras? En ese caso, yo también iré directo al grano —repuso, visiblemente aliviado. Desde que había salido del bar no había dejado de pensar en cuándo y cómo sacar el tema, pero ahora ya no sería necesario. — No tiene por qué explicarme nada, ya sé de qué quiere hablarme. Ha venido a pedirme que declare que estuve en el escenario del crimen con la señorita Michiko Kono, ¿verdad?

El abogado se sorprendió de lo mucho que parecía haber crecido la muchacha. La Kiriko que él conocía era apenas una chiquilla inocente e inmadura recién salida de Kyushu. Las experiencias que había vivido en Tokio, así como su trabajo en los bares, la habían moldeado y transformado en la mujer que ahora caminaba a su lado. Lo único que no había cambiado era su fortaleza de espíritu, que le recorría todo el cuerpo como un alambre de acero.



—Así es —respondió Otsuka—. No he venido a reprocharte nada, sino a pedirte un favor. Supongo que te habrás enterado por la prensa de que tengo una relación con Michiko Kono. Puede incluso que ya lo supieras antes —prosiguió sin dejar de andar—. Quiero que me digas la verdad. Sé que me aborreces y que estás resentida conmigo, y entiendo por qué. Intentaré compensártelo como sea para demostrarte lo mucho que lo lamento. Pero te pido que le cuentes al fiscal la verdad sobre lo que pasó. —¿La verdad? —repitió Kiriko—. Ya le dije la verdad al fiscal.

A Otsuka le pareció detectar un deje de cinismo en su respuesta.

—Permítame que discrepe. Llevo muchos años en este oficio, y creo que la verdad es lo que declaró Michiko. Y no lo digo porque mantenga una relación sentimental con ella. Además, tengo sospechas sobre la identidad del verdadero asesino.

—¿De veras? —exclamó Kiriko, levantando la vista hacia el rostro oscuro del abogado—. Si sabe quién es el asesino, debería centrarse en buscarlo.

—Sí, esa es la intención —afirmó Otsuka—, pero no es tan sencillo. Necesitaré pruebas. Pero antes tendré que demostrar que Michiko es inocente. Son las dos cosas que quiero pedirte. El asesino se dejó un mechero en el escenario del crimen, Michiko asegura que lo vio. Pero más tarde, cuando llegó la policía, ya no estaba. Eso significa que alguien lo recogió, y creo que fuiste tú. Kiriko no respondió. Siguió caminando al lado de Otsuka a paso regular. En la calle no había ni un alma, y las tiendas estaban cerradas. Solo pasaba algún taxi de vez en cuando.

—Michiko dice que el mechero estaba decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Si lo tuviera, estoy convencido de que conseguiría revelar la identidad del verdadero asesino. Además, si no me equivoco, es posible que este hombre sea el mismo que cometió el asesinato por el que condenaron a tu hermano. En realidad, hay indicios que así lo apuntan.

Al oír aquella revelación, Kiriko se detuvo en seco.

—¿Lo dice en serio?

—Nunca te mentiría sobre algo así. Lo descubrí revisando las transcripciones del juicio. Sin que tú lo supieras, pedí que me enviaran el sumario del caso desde Kyushu y lo analicé detenidamente. Así fue como

averigüé que tu hermano era inocente y que el asesino tenía que ser otra persona. Ambos asesinatos tienen varios puntos en común.

De repente, una estruendosa carcajada estalló junto a su oído.

—Ahora ya es tarde para eso, ¿no? Mi hermano está muerto —dijo Kiriko con vehemencia—. ¿Por qué no quiso defenderlo cuando se lo pedí? Identificar al verdadero culpable no le devolverá la vida. Me da igual quién sea el asesino, yo solo quería salvar a mi hermano, ayudarlo mientras aún vivía. Por eso me gasté el poco dinero que tenía en venir a Tokio. Usted era mi única esperanza. Pero alguien como yo, con pocos recursos, solo puede permitirse pasar dos noches en Tokio. Le imploré su ayuda. Y el segundo día, usted se fue a jugar al golf y rechazó mi caso porque sabía que no podría pagarle. Sé que también es culpa del sistema judicial, que no garantiza un juicio justo a las personas sin recursos. Pero a usted le sigo aborreciendo. Y no quiero oír nada más sobre el verdadero asesino. Yo no tengo ningún mechero. Haga lo que considere oportuno para ayudar a la señorita Kono, pero no cuente conmigo.

Kinzo Otsuka fue al bufete, pero no había trabajo para él. Los jóvenes pasantes seguían acudiendo a la oficina y trabajaban como de costumbre, pero en el ambiente flotaba un malestar casi tangible. Se hizo evidente cierta desidia en la forma de trabajar de los empleados. Desde que el escándalo había saltado a la prensa, cada vez venían más clientes a retirar los casos que habían encargado al bufete. Otsuka nunca se había encontrado en aquella situación. Hasta entonces era él quien rechazaba educadamente los casos, y sus clientes los que se presentaban en su despacho y le suplicaban que los aceptara. Ahora era al revés. Y, naturalmente, tampoco entraban nuevos casos.

No pasaba nada. Ya no tenía importancia. Lo que Otsuka deseaba por encima de todo era que Kiriko dijera la verdad y le entregara el mechero para poder presentarlo como prueba. No había otra forma de ayudar a Michiko. Aunque esgrimiera toda la lógica acumulada a lo largo de muchos años de experiencia, no conseguiría el mismo efecto que el testimonio de aquella joven respaldado por una prueba física.

Sin embargo, Otsuka había quemado todos los cartuchos. Había leído exhaustivamente todo el sumario y había considerado cualquier posible base donde apoyar su defensa, pero ya no le quedaba ningún otro recurso. Se pasaba el día sentado sin hacer nada, respirando el ambiente decadente que reinaba en la oficina. La luz que irrumpía a través de la ventana le iluminaba los hombros hundidos. Su silueta inmóvil, acurrucada en la silla, parecía estar tomando el sol plácidamente.

Lo mismo le ocurría mientras caminaba por la calle o conducía.

Cuando llegaba a casa, no había nadie que pudiera reconfortarlo. Su esposa había vuelto a casa de sus padres cuando su relación con Michiko había salido a la luz, y ahora se negaba a regresar. Estaba furiosa con él por haberla engañado durante tanto tiempo.

Sin embargo, a Otsuka no le preocupaba. Ahora que su mujer lo había abandonado, se planteaba la opción de casarse con Michiko. Pero aquello era inconcebible en su situación actual. Para empezar, tendría que sacarla de la cárcel.

El abogado creía ciegamente en la inocencia de Michiko. Tenía la certeza de que no había matado a nadie. A pesar de ello, sus creencias y convicciones no le servirían de nada ante el tribunal. Tenía que basarse en hechos, no en teorías.

En casa tampoco hacía nada. Tanto su casa como su despacho estaban llenos de documentación relacionada con el caso de Michiko y llevaba el maletín atestado de papeles, pero era inútil releer los mismos informes una y otra vez. Nunca había analizado de forma tan minuciosa los informes de un caso, línea a línea y párrafo a párrafo.

Se quedaba sentado, inmóvil, balanceando la cabeza. Sabía que estaba mentalmente agotado, pero se sentía consumido por la impaciencia, como si caminara descalzo por una playa de arena caliente.

Aquella noche, cuando ya era tarde, fue al bar Lyon. Abrió la pequeña puerta y entró en el oscuro local. Faltaba más o menos una hora para que cerrara. Se sentó en un rincón de la barra y pidió un whisky con soda.

El barman, la dueña y las camareras saludaron con entusiasmo a aquel cliente que dejaba buenas propinas. Era el típico caballero de mediana edad, tranquilo y bien educado, al que le gustaba tomarse una copa con calma.

Cuando llegaba, la dueña, las camareras y Kiriko salían a su encuentro. Sabían que aquel taciturno caballero venía a ver a Kiriko.

—Bienvenido —lo saludó ella, y se sentó a su lado, muy cerca de él—. ¿Puedo tomar algo yo también?

Otsuka asintió y ella pidió un brandi. Cuando le sirvieron la copa, se la tendió al abogado.

—¿Me haría el favor de calentármelo?

—Sí.

Otsuka sujetó la copa entre ambas manos y removi6 delicadamente el líquido amarillo que contenía. El aroma subió hasta su nariz.

Retuvo la copa entre las manos unos minutos. En el mundo del ocio nocturno, cuando una mujer pedía a un hombre que le calentara la copa se sobreentendía que le gustaba.

—Tiene las manos calientes —dijo Kiriko al coger la copa que Otsuka acababa de devolverle y que conservaba el calor de sus manos—. Es usted muy amable —añadió a continuación, dando un sorbo—. Aunque dicen que la gente con las manos calientes tiene el corazón frío.

Aunque las pronunció sin ninguna entonación particular, aquellas palabras tenían un trasfondo especial.

—No es cierto. Daría la vida por la mujer a la que amo.

El barman oyó aquellas palabras que el abogado había pronunciado en un susurro, pero las atribuyó a las divagaciones de un cliente borracho.

—Es verdad, así es usted. El problema es que no solo se sacrifica usted, sino que deja muchas otras víctimas por el camino. ¿Verdad?

Kiriko miró su rostro de perfil desde su posición de camarera.

—No tengo alternativa. No me queda mucha vida por delante, y nadie me dará una segunda oportunidad. Mi tiempo es muy valioso. No quiero morir apartado a un lado, sin haberlo intentado de verdad.

—Eso tiene mucho mérito. Envidia a la gente feliz como usted. Hay personas que ni siquiera pueden vivir una vida normal porque se les acaba antes de tiempo. Otsuka sabía que la muchacha se refería a su hermano.

Cada vez que iba al bar, Kiriko le sonreía con familiaridad y lo trataba de forma amable y considerada. Tanto, que el personal empezó a pensar que había algo más entre ambos.

A la hora de cerrar, Otsuka pagó la cuenta y se preparó para irse. Kiriko lo ayudó a ponerse el abrigo e incluso le tomó la mano. Al fin y al cabo, era un buen cliente.

—Tranquila, Rie, no hace falta que te quedes a cerrar. ¿Por qué no lo acompañas? —le propuso la dueña.

—De acuerdo —aceptó ella. No parecía nerviosa, más bien se estaba divirtiendo.

Otsuka recorrió el oscuro callejón al lado de Kiriko, que se había apartado de él y le había soltado la mano nada más salir del bar.

—Hablas constantemente de tu hermano, ¿verdad? —preguntó el abogado, acompañado por el sonido de sus pasos—. Me equivoqué. Sé que, por muchas veces que lo diga, no te servirá de nada, pero soy consciente de que no actué bien y te aseguro que estoy arrepentido. Haría lo que fuera por compensártelo.

Kiriko se separó un poco más de él, hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y aceleró el paso. La oscuridad no le permitía distinguir su rostro, pero Otsuka oyó claramente su fría risa.

—Oye, Kiriko. Haré lo que sea para enmendar mi error. Pero Michiko no ha cometido ningún crimen. Se encuentra en la misma situación que tu hermano, debes entenderlo. Es inocente. Te suplico que digas la verdad por ella.

Kiriko no respondió.

—Entiendo tus sentimientos como si fueran míos, pero ponte en el lugar de Michiko. Aunque quieras vengarte de mí, no tienes por qué sacrificarla a ella.

—No estoy sacrificando a nadie —replicó la muchacha en voz baja.

—Pero solo depende de ti que la acusen de asesinato.

—Si tanto significa para usted, ¿por qué no la defiende? Es un abogado de primera, ¿no?

—Sí, naturalmente. Pero para encargarme de su defensa necesito que digas la verdad y entregues el mechero que el asesino perdió en el escenario del crimen. Si tuviera esas dos cosas, conseguiría que absolvieran a Michiko. Por favor, dame el mechero —le imploró de nuevo Otsuka, con tanta vehemencia que parecía a punto de derramar sangre por los ojos y los oídos.

—No sé nada de ningún mechero. Todo lo que sé se lo dije al fiscal —respondió Kiriko, resistiendo contra viento y marea.

El callejón era frío y oscuro, pero Otsuka estuvo a punto de arrodillarse en el suelo para implorarle su colaboración.

Kinzo Otsuka acudió al bar Lyon tres noches consecutivas.

Sabía que Kiriko actuaba de aquella forma por puro despecho, pero no sabía qué más podía hacer. No encontraba la forma de convencerla para que accediera a su petición. Aunque la maldijera por dentro, necesitaba seguir en contacto con ella. Si la dejaba en paz, tanto Michiko como él estarían perdidos para siempre.

En el bar, Kiriko se deshacía en sonrisas y amabilidad. Desempeñaba a la perfección el papel que se esperaba de una camarera como ella. Mostraba una actitud zalamera y coqueteaba discretamente con el abogado.

A pesar de que Otsuka visitara el bar todas las noches, el personal no sospechaba sus verdaderos motivos. Era bastante corriente que un cliente de mediana edad se encaprichara con una camarera joven y empezara a frecuentar asiduamente el local donde trabajaba.

Además, el abogado era un cliente generoso y la dueña lo recibía con los brazos abiertos. Cuando se iba, nunca olvidaba llevarse a Kiriko. En cuanto salían al oscuro callejón, se convertían de nuevo en enemigos acérrimos. No era de extrañar. Otsuka detestaba a Kiriko, pero se veía obligado a seguir implorándole su favor.

—¿Piensa venir todas las noches? —le preguntó ella, caminando a cierta distancia—. No le servirá de nada. No es tan fácil convencerme cuando he tomado una decisión.

Aquella mañana había llovido, y la acera todavía estaba húmeda. Soplaban un viento frío.

—No digas eso. No me queda otra opción que seguir suplicándote que me ayudes. Llevo décadas ejerciendo de abogado y nunca me había encontrado en una situación como esta.

—Muy bien —repuso ella con frialdad—. Después de tantos años, habré ganado cierto prestigio y habré podido ahorrar dinero. Además, seguro que

tiene talento suficiente. Habrá salvado a un montón de gente a lo largo de su carrera. Y todo por dinero... —dijo ella, enfatizando la última palabra—. ¿A cuánta gente le ha negado sus servicios por dinero? ¿A cuántos inocentes ha dejado morir? Los familiares de toda esa gente debieron de vivir un infierno. Usted solo acepta los casos con los que puede enriquecerse, y rechaza los demás. Y lo justifica todo por el bien del negocio, ¿verdad? Pero los familiares de las personas a las que ha dejado morir nunca se lo perdonarán.

—Lo sé. Me lo has dicho muchas veces, y ya te he pedido disculpas. Por favor, hazlo por Michiko. Di la verdad ante el fiscal y entrega el mechero como prueba. Haré cualquier cosa para compensártelo. Me arrodillaré ante ti con las manos levantadas, si es necesario.

—¿Ah, sí? —respondió ella, con una risita burlona—. Eso no tiene nada que ver con lo que yo decía. Estaba hablando de los sentimientos de las personas a las que usted ha dejado en la estacada. El asunto de la señorita Kono no tiene ninguna relación con esto, son dos cosas completamente distintas.

Otsuka cerró fuertemente los puños mientras lo invadía una oleada de rabia, pero logró reprimir la frustración:

—Kiriko, por favor. Te lo suplico —dijo, y le tomó las manos sin pensar.

—¿Se puede saber qué hace? —dijo ella, mirándose las manos atrapadas entre las suyas—. Ya no estamos en el bar.

Otsuka se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la soltó.

—Perdona, ha sido sin querer. No pretendía hacerlo, solo quería pedirte de nuevo. Estoy muy nervioso. Nunca me había sentido atrapado de esta forma. Por favor, ayúdame.

El abogado inclinó la cabeza varias veces delante de ella.

—Esa actitud no es digna de un abogado como usted. —Ya no soy abogado ni soy nada, solo una persona normal y corriente implorando tu ayuda.

—No le servirá de nada —dijo ella. Acto seguido, se volvió y reanudó la marcha. Otsuka la siguió, decidido a jugarse el todo por el todo.

—Espera, Kiriko. Michiko es inocente. Sé quién es el verdadero asesino. Ella se detuvo bruscamente.

—¿Cómo dice? ¿Sabe quién lo hizo?

—Te lo contaré todo. El hombre que mató a Kenji Sugiura también es el autor del crimen por el que culparon a tu hermano. Revisé el sumario del caso y me di cuenta de que el asesino de la anciana tenía que ser zurdo. No se lo he dicho a nadie porque ya es tarde para cambiar las cosas. Lo descubrí leyendo las transcripciones del juicio. El abogado de oficio que le asignaron a tu hermano no lo sabía. Ese crimen solo pudo cometerlo una persona zurda, y tu hermano era diestro.

Kiriko se quedó petrificada mientras el viento la azotaba.

—El asesinato del que acusan a Michiko también fue cometido por una persona zurda. Puedo demostrarlo desde varios ángulos, pero no me basta con eso. Para rebatir las conclusiones de la fiscalía y convencer al tribunal necesito pruebas físicas.

Kiriko empalideció mientras lo escuchaba. Sus ojos relampaguearon en la oscuridad y su mirada se perdió en un punto lejano, pero su rostro permaneció imperturbable.

Ante sus ojos surgió la imagen de Takeo Yamagami, el bateador zurdo.

—Esa persona —prosiguió Otsuka— mató a la anciana de la ciudad de K. Luego volvió a Tokio y mató a Sugiura, también de la ciudad de K. El asesino debía de conocerlo, y probablemente era de la misma ciudad. Por eso tiene lógica que matara a la anciana en la ciudad de K y luego asesinara a Sugiura al volver a Tokio. No sé por qué mató a Sugiura, eso tendrán que preguntárselo cuando lo detengan. Por ahora, desconozco el móvil del crimen. Sin embargo —continuó el abogado—, a pesar de que trabajaba como *maître* en el Minase, Sugiura era un golfo y un matón.

Otsuka hizo una breve pausa, dolido al recordar que Michiko había mantenido una relación con él.

—Creo que el asesino es uno de sus amigos matones. Debieron de tener una pelea, e intuyo cuál fue el origen de sus desavenencias: el asesinato de la anciana usurera. Cuando se cometió el crimen, Sugiura había regresado temporalmente a la ciudad de K. Sabía que el asesino era su amigo, incluso puede que él mismo colaborase en el crimen. El amigo cometió el asesinato y Sugiura fue su cómplice. En el escenario del crimen había dos cojines para invitados. Más tarde, cuando ambos regresaron a Tokio, siguieron en



contacto. Supongo que fue entonces cuando empezaron los problemas entre ellos. Mientras escuchaba la hipótesis del abogado, Kiriko recordó la noche en la que Kenji y Takeo Yamagami habían salido juntos del bar Kaiso y Kenji había amenazado a Yamagami en la calle. A pesar de que habían estado bebiendo juntos, Yamagami se había mostrado muy receloso ante su amigo.

Suponiendo que Yamagami fuera el asesino de la anciana y que Kenji hubiera colaborado en el crimen, desde su papel de cómplice habría podido chantajear repetidamente a Yamagami para sacarle dinero. Pero a Yamagami ya no le quedaba nada. Es posible que, durante un tiempo, consiguiera reunir algo de dinero para pagarle, pero cuando se le acabó, empezó a recibir amenazas por parte de Kenji.

Aunque hacía muchos años que Kenji se había mudado a Tokio, en el momento del crimen se encontraba casualmente en la ciudad de K, y su amigo Yamagami le pidió que participase en el asesinato de la anciana. Más tarde, Yamagami también volvió a Tokio.

Kiriko vio la silueta de Yamagami vagando como un espectro entre los dos asesinatos.

—Kiriko —dijo entonces Otsuka, mirándola fijamente—. Si consigo exculpar a Michiko, encontraré al verdadero asesino. La clave es el mechero. Michiko dice que está decorado con un racimo de uvas y unas ardillas. Sé que tú te lo llevaste del escenario del crimen. Si me lo das, demostraré la inocencia de tu hermano y liberaré a Michiko. Por favor, di la verdad y entrégame el mechero. Hazlo por tu hermano.

—No es justo —repuso ella en un susurro. Otsuka no daba crédito a sus oídos.

—¿Cómo dices?

—No se trata de eso. Me parece estupendo que pueda demostrar la inocencia de mi hermano. Pero él está muerto, mientras que Michiko sigue viva. —Otsuka estaba atónito—. Si mi hermano estuviera vivo, quizá haría lo que me pide. Pero murió en la cárcel. No es justo que Michiko sea la única que salga indemne. Usted se daría por satisfecho, pero...

El final de la frase murió en sus labios.

La siguiente noche llovió.

Otsuka llegó al bar Lyon alrededor de las once, con el pelo mojado y los hombros del abrigo salpicados de gotas de agua.

Kiriko acudió a su encuentro.

—¡Deprisa, entre! Cogerá un buen resfriado. Le ayudaré a quitarse el abrigo.

La muchacha le recogió solícitamente el abrigo y lo llevó junto a la estufa para que se secara. A continuación, trajo una toalla y le secó el pelo y la cara a Otsuka. —¡Pobrecito! Tómese una copa antes de que se resfríe.

Otsuka permaneció callado, con los codos clavados en la barra y la mirada fija al frente. Su pelo había encanecido y tenía las mejillas hundidas.

—¿Un whisky con soda, como siempre?

El barman cogió del estante la única botella de Johnny Walker que había en todo el establecimiento. Tenía la etiqueta roja, pero era de las más caras del local.

—Anda, tome un trago.

Kiriko cogió la copa y la acercó a los labios del abogado mientras le apoyaba la mano en el hombro. A los ojos de cualquier observador ocasional parecían una camarera entreteniendo al hombre que le gustaba y un cliente recibiendo embelesado las atenciones de su chica favorita.

El cliente venía todas las noches, y siempre se iba acompañado por Kiriko. Su relación gozaba de la aprobación tácita de los demás empleados del bar.

Otsuka estuvo sentado en la barra durante casi una hora. Kiriko se quedó todo el rato a su lado, hablándole con coquetería. Otsuka estaba muy poco comunicativo. Nunca solía hablar mucho, pero aquella noche estaba especialmente taciturno. Además, mantuvo la mirada fija casi todo el tiempo. Era difícil distinguirlo bajo la pobre iluminación del local, pero sus pupilas parecían despedir un brillo obsesivo.

A la hora de cerrar, Otsuka y Kiriko se fueron juntos, como de costumbre.

Llovía con intensidad.

Otsuka no llevaba paraguas. Kiriko se levantó el cuello del abrigo y se cubrió la cabeza con la capucha. No parecía preocuparla que el abogado se

estuviera mojando. La actitud que ahora mostraba hacia él no tenía nada que ver con las atenciones que le había prodigado cuando había llegado al bar, quitándole el abrigo servicialmente y secándole el pelo con una toalla.

Recorrieron el camino habitual. Los círculos de luz que proyectaban las farolas iluminaban la intensa lluvia que caía oblicuamente. A un lado de la calle se erigía el largo muro del Jardín Nacional, por encima del cual sobresalían las ramas de los árboles. La acera opuesta estaba ocupada por una hilera de casas, todas con las puertas cerradas, porque era muy tarde y llovía a cántaros. No había ni un alma en la calle, y no pasaban coches. Solo se oía el ruido de la lluvia, que repiqueteaba con fuerza contra los cercanos tejados de zinc.

De repente, Otsuka se detuvo y se agachó en el suelo embarrado. Se puso de rodillas delante de Kiriko y levantó las manos hacia ella.

—Te dije que lo haría. No digas nada, entiendo cómo te sientes. Solo quiero que me ayudes y escuches lo que voy a decirte.

Su voz sonaba amortiguada por el ruido incesante de la lluvia. Kiriko miraba desde arriba la figura de Otsuka, arrodillado a sus pies.

—Kiriko, te lo suplico. Hazme ese favor. Sé que no servirá para aliviar tu dolor, pero no tengo otra opción que seguir insistiendo. A cambio, haré lo que me pidas.

Necesito que declares la verdad ante el fiscal y entregues el mechero.

Kiriko permaneció de pie, en silencio, mientras la lluvia barría la calle con fuerza. No apartaba los ojos del abogado. Otsuka se quedó sin palabras y se limitó a inclinar la cabeza repetidamente, como un animal.

—Está bien —dijo Kiriko al fin—. De acuerdo.

El abogado levantó la cabeza.

—Pero levántese, por favor.

—¿Lo harás?

En la oscuridad, Otsuka intentó distinguir la expresión de la muchacha. Su voz se había llenado de esperanza.

—¿Lo harás? ¿Declararás la verdad ante el fiscal? ¿Lo prometes?

—Lo haré. Y te daré el mechero.

El abogado estuvo a punto de dar un salto de alegría. —¿Lo dices en serio? —preguntó incrédulo, sin apartar los ojos de su cara.

—Sí, lo digo en serio.

—¡Cielo santo! —exclamó él, exhalando un profundo suspiro de alivio.

—Pero levántese, por favor. Así no podemos hablar. —¿Me perdonarás de verdad? No me moveré hasta que me perdones.

—No diga eso y levántese, anda.

El rostro del abogado ardía de esperanza cuando se levantó del suelo embarrado.

—¿Cuándo... cuándo me darás el mechero? —le preguntó Otsuka, apretando fuertemente los puños llenos de barro.

—Mañana por la noche —respondió ella, tragando saliva—. Venga a mi casa mañana por la noche y le daré el mechero.

—Gracias. —Otsuka juntó las manos sucias en un gesto de agradecimiento—. ¿Mañana por la noche? De acuerdo. Iré a donde sea. ¿Es verdad que me darás el mechero? ¿Y que testificarás a favor de Michiko ante el fiscal?

—Se lo he prometido, así que lo haré.

—Gracias, muchísimas gracias. —Las lágrimas le nublaron los ojos—. ¿Dónde vives?

Kiriko le dio su dirección y añadió:

—El bar cierra a las once y media. Mañana no hace falta que venga, vaya directamente a mi casa. Si llega a partir de las doce yo ya estaré allí, esperándolo.

De pie, bajo la lluvia y cubierto de barro, Otsuka se sintió invadido por la euforia. En ningún momento se le pasó por la cabeza lo insensato que era visitar a una joven soltera en su casa de madrugada.

A la noche siguiente, Otsuka fue a la dirección que le había dado la chica. Nunca había estado en aquella parte de la ciudad. Además, era noche cerrada.

Kiriko vivía en una calle secundaria en la periferia de la ciudad. Otsuka empujó la puerta del portal pensando que estaría cerrada, pero se abrió. La chica debía de haberla dejado abierta a propósito.

A mano derecha había una escalera, tal y como Kiriko le había descrito. En el vestíbulo encontró varios pares de zuecos amontonados. Otsuka dudó

entre ponerse unos o subir con los zapatos puestos, y al final decidió seguir adelante sin descalzarse.

Las escaleras eran empinadas. En la planta de arriba había un pasillo pobremente iluminado con puertas a ambos lados, como en un hospital. Kiriko le había dicho que la suya se encontraba al fondo, a mano derecha.

Otsuka se sentía como un ladrón. Procuró cruzar el pasillo con el máximo sigilo, disimulando el ruido de sus pasos. Tenía la sensación de que alguna de aquellas puertas se abriría de repente y saldría algún vecino. Llegó a la puerta del fondo y llamó discretamente.

Una débil voz le respondió desde dentro. Unos instantes más tarde, la puerta se entreabrió y Kiriko se asomó. La luz que salía de dentro la iluminaba desde atrás y le dejaba la cara completamente a oscuras.

—Bienvenido —lo saludó, con la misma fórmula que utilizaba con sus clientes en el bar.

Otsuka entró en el piso, que constaba de un único espacio de seis tatamis. En el ambiente flotaba el aroma de un incensario situado encima de la mesa que exhalaba una fina columna de humo. En la pared opuesta a la puerta vio una cortina cerrada. En el suelo, en el centro de la estancia, había un único cojín.

—Acabo de llegar. Le estaba esperando.

La joven llevaba un kimono. Tenía un color llamativo, pero era la clásica prenda de andar por casa. Trajo una botella de whisky y un vaso.

—No es gran cosa, pero tómese una copa —le ofreció con una sonrisa.

Al abogado le sorprendió lo madura que parecía Kiriko. Puede que fuera por el kimono o por el maquillaje, que no usaba casi nunca. Era evidente que se había preparado a conciencia para su visita.

—No te molestes, no quiero tomar nada —declinó Otsuka, apartando la vista de la muchacha—. Me darás el mechero, ¿verdad? ¿Y testificarás a favor de Michiko?

—Lo haré tal y como le prometí. Pero si le doy el mechero ahora, se irá enseguida. Me gustaría que se quedara un ratito más —le pidió ella, en un tono de voz muy distinto al que solía utilizar. Los ojos se le humedecieron mientras lo miraba—. Tómese una copa, por favor. Puede beber tranquilo, no está envenenada.

Su voz sonaba extraordinariamente madura, y sus palabras eran dignas de una experta camarera.

Otsuka optó por seguirle la corriente. Sabía que la muchacha tenía carácter, y no quería que se sintiera ofendida y cambiara de opinión. Así pues, se armó de paciencia y se llevó el vaso a los labios. El whisky solo le hizo arder la lengua.

—Si se emborracha, no pasa nada —dijo Kiriko, inclinándose sutilmente hacia él—. Tiene un coche esperándolo abajo, ¿no es así? No hay de qué preocuparse. Quiero que beba y se divierta.

—¡El mechero! —gritó Otsuka—. ¡Dame el mechero! —¿Por qué tanta prisa? Quédese un ratito más. ¿Quiere otra copa?

—Ya he bebido suficiente —respondió el abogado, tras exhalar un profundo suspiro—. Solo quiero irme a casa. Dame el mechero.

—¡Qué grosero! —rio Kiriko—. Solo le preocupa el dichoso mechero, ¿no? Tómese otra copa y le dejaré en paz. ¿Le parece bien? Antes de que se vaya, le meteré el mechero en el bolsillo.

Otsuka hizo acopio de valor y se tomó otro whisky. El licor era muy fuerte y, además, no estaba acostumbrado a tomarlo solo.

—Dame el mechero —insistió, alargando la mano.

—Es usted muy impaciente, señor Otsuka.

Los labios de Kiriko se abrieron justo delante de los ojos de Otsuka, que lo veía todo envuelto en llamas. Un llamativo torbellino de color oscilaba dentro de su campo de visión.

—Señor Otsuka.

Ahora su voz sonó junto a su oído, al mismo tiempo que ella lo abrazaba. Más adelante, Otsuka solo recordaría que la muchacha lo había conducido suavemente y él se había dejado llevar, tambaleándose, hasta la cortina que había visto nada más entrar en el piso, la que quedaba en la pared opuesta a la puerta de entrada. También recordaba el ruido de la cortina al descorrerse. Detrás de la cortina había una cama.

El abogado abrió los ojos como platos. La cama parecía preparada expresamente para él.

—¿Qué está pasando aquí?

—Por favor, señor Otsuka.

Kiriko se abalanzó encima de él y lo empujó. Otsuka cayó de espaldas en la cama, con la cabeza encima de la almohada.

Ella siguió estrechándolo entre sus brazos, sin apartarse de él.

—Se... ¿se puede saber qué haces? ¡Dame el mechero! —gritó Otsuka.

—Ya le he dicho que se lo daré, pero antes quiero que me escuche.

—¿Qué quieres?

—Estoy enamorada de usted —anunció la muchacha, al mismo tiempo que sujetaba un mechón de su pelo canoso entre los dedos, le presionaba la cabeza contra la colcha y le lamía con fruición los labios, la nariz, los ojos, las mejillas y todo lo que su lengua encontraba a su paso. Sus labios mordían, y parecía que fuera a arrancarle la piel con los dientes—. Siempre le he querido.

Kiriko se colocó encima de él y lo aplastó con el peso de su cuerpo.

—Siento haberle dicho cosas tan feas. Todo lo que le he dicho ha sido porque le quiero. Lo entiende, ¿verdad? —continuó ella, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Otsuka tenía el rostro empapado en sudor. Intentó quitarse de encima a Kiriko, pero apenas tenía fuerzas para resistirse. Solo veía los labios de la muchacha recorriéndole la cara. Entonces, una nueva fuerza surgió de su interior y le rodeó el cuello con ambas manos. Estaba exhausto, casi inconsciente, como si hubiera librado una dura batalla.

Kiriko empezó a temblar de miedo, pero no se apartó de Otsuka. La imagen de Keiichi Abe afloró en su mente por un instante.

Al día siguiente, Kiriko Yanagida envió una carta certificada al fiscal que investigaba el caso en el que Michiko Kono estaba implicada:

Recientemente, el abogado Kinzo Otsuka vino a verme varias veces para pedirme con insistencia que testificase a favor de Michiko Kono. El acoso al que me vi sometida me obligó a dejar mi puesto en el bar Kaiso, regentado por la hermana del fallecido Kenji Sugiura, y buscar trabajo en otro establecimiento. Aun así, el señor Otsuka me encontró y empezó a visitarme todas las noches. Me esperaba en la calle cuando salía y me pedía que declarase a favor de la señorita Kono. Quería que

dijera que había estado con ella en el lugar de los hechos y que la víctima, el señor Sugiura, ya estaba muerto cuando ella llegó. Además, me acusaba de haberme llevado del escenario del crimen un mechero que supuestamente pertenecía al asesino y me exigía que se lo entregara para poder demostrar la inocencia de la señorita Kono.

Sin embargo, tal y como declaré ante el señor fiscal cuando me preguntó por esa cuestión, yo nunca he estado en aquella casa. ¿Cómo iba a conocer el lugar donde la señorita Kono y el señor Sugiura mantenían sus citas clandestinas? A pesar de todo, el abogado Otsuka siguió presionándome para que testificara ante el tribunal a favor de la acusada y poder demostrar así su inocencia. En otras palabras, quería obligarme a declarar que había estado en un lugar cuya existencia yo ignoraba y me había encontrado con la señorita Kono, a quien nunca había visto.

Ignoro si esa clase de comportamiento es propio de un abogado tan prestigioso como él. El señor Otsuka intentaba claramente inducirme a cometer perjurio, y yo me negué. Todas las noches me abordaba en plena calle cuando salía de trabajar, y empecé a tener miedo. Pero no me sentía capaz de testificar en falso ante el tribunal, y así mismo se lo repetí una y otra vez.

Sin embargo, el señor Otsuka siguió acosándome de forma persistente para salvar a su amante hasta que anoche se presentó en mi casa. Por mucho que intentara quitármelo de encima, él se negaba a irse. Al final consiguió entrar e intentó obligarme por enésima vez a mentir ante el tribunal. Ocurrió pasada la medianoche.

Yo, como siempre, me mantuve inflexible ante sus exigencias. Entonces, me arrastró hasta la cama y me obligó a acostarme con él. Supongo que imaginaba que, si conseguía poseerme físicamente, acabaría claudicando y cambiaría mi declaración. Hice cuanto pude para resistirme, pero no pude evitar que me forzara.

No me quejo de haber sido deshonrada por un abogado astuto y experimentado, aunque eso será una mancha que me acompañará durante el resto de mi vida. Lo que aborrezco por encima de todo son los métodos que utilizó para obligarme a cometer perjurio. Me parece



abominable que un prestigioso abogado utilizara una estrategia tan repulsiva y se aprovechara de mi condición de mujer para obligarme a testificar en falso. El mundo sería un lugar mejor si los hombres como él no existieran.

He decidido poner por escrito la humillación a la que me sometió para desenmascarar a ese ilustre abogado sin escrúpulos. Confío en que, una vez leída mi carta, tenga en cuenta todas las circunstancias expuestas.

El fiscal citó a Kinzo Otsuka y le notificó en privado el contenido de la carta de Kiriko Yanagida.

Otsuka la leyó y tuvo la sensación de que el corazón se le detenía.

—¿Y bien? ¿Es cierto lo que dice? —le preguntó el fiscal.

Otsuka guardó silencio. No tenía el valor de negarlo. Sabía que aquella era la venganza de Kiriko Yanagida, pero no fue capaz de desmentir sus afirmaciones.

También sabía que la joven había sacrificado su propio cuerpo. Era virgen. Aquello también le remordía profundamente la conciencia.

Le habría resultado muy sencillo contarle al fiscal que ella lo había seducido, pero era su palabra contra la suya. No negaría el contenido de la carta de Kiriko ni intentaría demostrar que su propia versión de los hechos era la correcta. No se atrevía a hacerlo. Más que el miedo a humillarse públicamente, lo que lo frenaba era la vergüenza de haber mancillado a una joven virgen.

Kinzo Otsuka no confirmó ni desmintió las afirmaciones de la carta que le había enseñado el fiscal. Empalideció y esbozó una débil sonrisa temblorosa.

Inducir a un testigo a cometer perjurio era una de las mayores deshonras para un abogado, y significaba el fin de su carrera.

Otsuka dimitió de los múltiples cargos que ostentaba en los círculos legales y dejó la abogacía. Lo hizo por voluntad propia, pero los que solo conocían el caso de forma superficial pensaron que el ilustre Kinzo Otsuka había sido inevitablemente condenado por sus propios errores.

El abogado fue a parar al purgatorio, un castigo mucho más severo que la celda de la cárcel donde Michiko Kono estaba encerrada.

Kiriko desapareció de Tokio sin dejar rastro.

## Nota biográfica

Seicho Matsumoto (1909-1992) fue un prolífico escritor japonés. Nacido en la ciudad de Kotura, no recibió una educación formal, empezó a trabajar como periodista en *Asahi*, uno de los periódicos más importantes de Japón. Comenzó a publicar cuando ya tenía más de cuarenta años, pero su carrera literaria no despegó hasta su segundo libro, cuando recibió el premio Akutagawa por *Historia del diario de Kokura* (Aru Kokura-nikki den). *El expreso de Tokio* se publicó por entregas en una revista en 1958 y obtuvo un éxito inmediato, su reedición en forma de libro lo convirtió en uno de los mayores best sellers de la posguerra japonesa. Matsumoto recibió alguno de los más prestigiosos premios literarios de su país y está considerado como uno de los principales escritores japoneses de novela negra. Entre su obra destacan: *La voz* (Koe, 1955) *El expreso de Tokio* (Ten to sen, 1958; Libros del Asteroide, 2014), *El inspector Imanishi investiga* (Suna no utsuwa, 1961) y *La chica de Kyushu* (Kiri no hata, 1961).

«Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía.»  
SENECA

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La chica de Kyushu*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de La chica de Kyushu, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[El complot mongol](#), Rafael Bernal

[Familia](#), Ba Jin

[Montecristo](#), Martin Suter



Libros del Asteroide 

**Seicho Matsumoto**  
**La chica de Kyushu**

Traducción de Marina Bornas